biblioteca digital andina

LA HOGUERA BARBARA I
Vida de Eloy Alfaro

Alfredo Pareja Diezcanseco

Obra suministrada a la Secretaría General de la CAN, Lima, Perú

La hoguera bárbara I

Vida de Eloy alfaro

Alfredo Pareja Diezcanseco

Colección Media Luna

Campaña Nacional Eugenio Espejo
por el Libro y la Lectura

Índice

PRÓLOGO

La Hoguera Bárbara

Así se titula esta gran obra de Alfredo Pareja Diezcanseco que tú, amigo lector, tienes hoy en tus manos. Es una obra escrita con emoción vital, con lucidez absoluta y con una notable forma literaria. Esas tres virtudes se sumaron en la mente y la pluma de don Alfredo para construir este libro, que es, a la vez, la historia de la vida de Eloy Alfaro, la historia de todo el proceso de la revolución liberal y, como si todo esto fuera poco, también la historia del primer siglo republicano del Ecuador.

Es que una biografía bien construida, como ésta, abarca no solo la vida del biografiado sino también la de su espacio vital, su sociedad y su tiempo. Por su parte, la historia cabal de una revolución –cosa que este libro también es– no se puede limitar a contar los nombres, las fechas y las circunstancias del fenómeno, sino que reconstruye el tiempo y el espacio del suceso histórico, desde sus causas originarias hasta sus efectos futuros, y además dibuja y colorea el mundo circundante, con las imágenes de amigos y enemigos, de activistas e indiferentes. Y todo esto es necesario porque una revolución no se explica solo por la acción de quienes la empujan sino también por la de quienes la resisten, la combaten o la traicionan.

Por eso, en esta historia de la revolución liberal, construida alrededor de la imagen de su líder fundamental, hay héroes y antihéroes, personajotes y personajitos, historia documentada y novela histórica, combinados todos estos elementos en un relato de formidable fuerza, que engancha al lector y no lo suelta hasta la última página y el último renglón. En el plano de la ciencia histórica, este libro es un gran ejemplo de reconstrucción teórica del pasado. Durante cinco años, su autor se la pasó recogiendo aquí y allá todos los datos útiles imaginables, leyendo recuerdos y correspondencias privadas, platicando con antiguos protagonistas o rescatando recuerdos conservados en la memoria individual o colectiva. Luego, todos esos datos fueron cotejados medidos, evaluados y finalmente engarzados en una ordenada cronología.

Solo entonces la ciencia del investigador cedió protagonismo a la creación literaria y Pareja se aplicó al "duro oficio" de escribir esa rica historia que había recuperado para el porvenir.

Mas la tarea no era fácil, puesto que a nuestro autor se le bifurcaba la ruta que debía conducirlo hasta el lector. En efecto, él debió inclinarse por estructurar un serio, desapasionado y frío texto científico, siguiendo el modelo de aquellos que había puesto de moda el positivismo, u optar por exhibir literariamente los datos verídicos recogidos, de tal forma que su libro se mostrase grato y cálido, escrito al modo de una novela. Sin saberlo, Pareja inició por su cuenta la invención de la novela histórica o, mejor dicho, de la historia novelada. Su talento literario hizo el resto:

le dio a este libro de historia un gusto a literatura de ficción y lo volvió tremendamente grato para el público lector. Lo que es más: nos legó a los historiadores de entonces y de ahora la lección de que todo texto histórico es también un texto literario, que debe ser trabajado con pulidos recursos estilísticos, a fin de dejar de ser un ladrillo enciclopédico para convertirse en una obra grata y sugestiva, que aporte datos pero sobre todo agrade al lector y lo transporte hacia el tiempo–espacio en que ocurrió el fenómeno.

Trascendencia de la revolución liberal

Hay palabras que se devalúan por su uso equívoco, su abuso o su reiteración. En el Ecuador, so es lo que ha sucedido con la palabra "revolución". Rectamente usada, sirve para calificar a una transformación violenta, profunda e irreversible, que trastoca significativamente la organización política, la estructura económica y la vida social, pero nosotros la hemos empleado con laxitud, para calificar así a cualquier insurrección, transformación o cuartelazo. A consecuencia de ello, nos encontramos con que en nuestro país supuestamente han ocurrido al menos una decena de "revoluciones", la mayoría de las cuales no ha tenido otra virtud que derribar al gobierno de turno y sustituirlo por otro, quizá algo diferente: "Revolución de las Alcabalas", "Revolución de los Estancos", "Revolución de la Independencia", "Revolución de los Chiguaguas", "Revolución Marcista", "Revolución Liberal", "Revolución Conchista", "Revolución Juliana", "Revolución del Veintiocho de Mayo", "Revolución Nacionalista de las Fuerzas Armadas",

etc. Vistos con objetividad los hechos, las únicas verdaderas revoluciones que ha tenido el Ecuador han sido la de la independencia y la liberal, que generaron violentas, profundas e irreversibles transformaciones en la vida del país y en la mentalidad colectiva de sus gentes. En el caso de la Revolución Liberal, su trascendencia estuvo dada también por varias razones adicionales. Por una parte, fue un proceso revolucionario de gran aliento, que empezó manifestándose desde décadas antes, a través de las montoneras liberales de la Costa y culminó con la revolución propiamente dicha, que estalló en 1895 y se extendió hasta 1911, durando un total de dieciséis años. Por otro lado, fue una reforma liberal tardía, que se produjo setenta años más tarde que la boliviana del mariscal Sucre, cuarenta y cinco más adelante que la mexicana, y veinte y cuatro años después que la centroamericana.

Ese carácter tardío la hizo contemporánea de la Revolución Agrarista Mexicana y casi la hizo empatar en el tiempo con la Revolución Bolchevique Rusa, dos fenómenos en comparación con los cuales el liderado por Alfaro aparece como atrasado e insuficiente. Pero la verdad es que esa misma tardanza en su culminación le dio a la reforma liberal ecuatoriana la ventaja de llegar a ser una de las más avanzadas del continente, puesto que incluyó en su programa político algunos asuntos de gran modernidad, que no se habían tratado antes en los procesos liberales de la región: liberación social y nivelación jurídica de la mujer, estímulo a la industria nacional, enfrentamiento del problema de la deuda externa y atisbos de polí-

tica laboral. Otro signo clave de su particularidad fue su origen regional. En un país bi–centralizado, donde todos los hechos históricos fundamentales parecieran haber surgido en el eje geopolítico Quito–Guayaquil, esta revolución se originó y maduró en regiones marginales de la Costa y de la Sierra, antes de asaltar los formidables bastiones del poder conservador y conquistar las grandes urbes del país. Así, pues, fue una revolución burguesa hecha por ejércitos campesinos y dirigida por radicales de provincia, tales como los Alfaro, Sabando, Loor y Bowen de Manabí: los Serrano de El Oro; los Infante, Hidalgo y Figueroa de Los Ríos; los Vargas Torres, Concha, Plaza y Mena de Esmeraldas; los Vela, Galarza, Velasco y Páez de Bolívar; los Pachano y Fernández de Tungurahua; los Román, Dávalos y Mancheno de Chimborazo; los Peralta de Cañar; los Cueva de Loja; los Arellano de Carchi; los Moncayo y Andrade de Imbabura, etc. Tal cual nos muestra Pareja, la revolución del 95 fue también un fenómeno de sorprendente proyección internacional, gracias a la influencia continental de su máximo líder, el general Eloy Alfaro, que previamente organizara a los líderes y partidos radicales de varios países del área. En efecto, este proceso revolucionario atrajo la participación de combatientes colombianos, chilenos, peruanos y mexicanos, que en diversos momentos lucharon bajo las anderas de Alfaro, y además estimuló la acción de los revolucionarios de otros países latinoamericanos, que luchaban por imponer la reforma liberal (Perú, Colombia) o alcanzar a independencia política de sus respectivos países (Cuba). La imagen internacionalista de lfaro

llegó a ser tan grande que los liberales de Venezuela, Colombia y Panamá lo proclamaron líder para la reunificación de la Gran Colombia. De otra parte, esa proyección exterior se manifestó también en el campo de las relaciones internacionales, donde el gobierno liberal del Ecuador se atrevió a convocar un Congreso Internacional Americano, destinado a regular la aplicación de la "Doctrina Monroe", buscando frenar de ese modo el creciente expansionismo de los EE. UU.

El arrastre de Alfaro y sus tenientes

Como analiza nuestro autor, una transformación de tal envergadura debía provocar variadas reacciones de resistencia de parte de quienes veían perjudicados o amenazados sus intereses. Fue así que enfrentó la activísima oposición de los terratenientes conservadores, quienes desataron contra el régimen alfarista una intermitente guerra civil, que causó grandes estragos en el país y dejó una secuela de dolor y muerte, aunque no pudo derrocar al régimen revolucionario. Para ello contaron con el apoyo político y logístico del gobierno conservador de Colombia, que temía una expansión de la ola revolucionaria por los países próximos, y el respaldo del tremebundo obispo de Pasto, don Ezequiel Moreno Díaz, quien envió sucesivos ejércitos irregulares a invadir el Ecuador y combatir al liberalismo. La revolución enfrentó también la activa resistencia diplomática de los EE. UU., que sabotearon la convocatoria del Congreso Internacional Americano convocado por el gobierno de Alfaro y el gobierno mexicano; estaban molestos con el

Introducción a la primera edición

Escribir la vida de Eloy Alfaro vale tanto casi como escribir la historia de la República del Ecuador, a partir de su separación de la Gran Colombia de Bolívar. No he pretendido esto, que será afán de otras tareas. He querido presentar a un hombre, pero su retrato de gran americano se individualiza en los primeros planos de un paisaje histórico de muchos años, y se reafirma entre las innúmeras figuras de un coro trágico.

Ningún hombre, después del Libertador, se empeñó tanto y de manera así de tenaz, como se empeñara Alfaro por conseguir no sólo la reconstrucción de la Gran Colombia, sino la perdurable solidaridad americana. Uno de los pocos americanos de creación, le llamó José Martí.

Toda la historia de mi país es una historia de dolor. Hoguera de pasiones, y no de las peores, por crear un homogéneo espíritu nacional, siempre quebrándose a causa de pecados originales y de las geografías opuestas, no conciliadas por una economía suficientemente desenvuelta. No es, pues, debido sólo a la terrible muerte que Alfaro y algunos de sus tenientes recibieran que he llamado a este libro La Hoguera Bárbara. Hoguera fue por ancho tiempo toda la Patria, bárbaramente encendida en luchas fratricidas.

La perspectiva histórica para esta vida es corta, lo sé. Pero, a más de que el tiempo en estos países tiene otra medida, procuro, con el ejemplo de una vida extraordinaria, servir a los intereses nacionales de hoy, y también, un tanto, al devenir de los pueblos americanos.

Una historia sin pasión deja de serla. La imparcialidad

se procura, pero no se alcanza. Hago esta confesión porque es necesaria. Y porque todo el libro está inflamado, como yo mismo me inflamara al conocer la vida del caudillo. He querido ser austero, he pretendido que la sobriedad no pierda ventajas frente a los hechos, pero son éstos de tan tremenda naturaleza, que sólo con narrarlos se corre peligros.

Cerca de cinco años he gastado buscando en papeles y documentos todo indicio de verdad. Me han servido los relatos a viva voz, me han sido útiles –y mucho– los ataques y las injurias que el viejo luchador padeciera durante su vida. Ya se sabe que cuando el hombre escribe, entrega un pensamiento elaborado y, por lo mismo, alejado acaso de lo cierto. Si esto no siempre resulta verdadero entonces hay que perseguir el estado de ánimo del protagonista del momento. Pero si el documento es oficial, harto difícil, si no imposible, es aprehender la verdad. El desorden bibliográfico de nuestra historia, por otra parte, no me ha impedido leer hasta los folletos perdidos en las bibliotecas particulares. Y si no he desdeñado la lectura de los documentos oficiales, más que nada fueron los privados que me proporcionaron la fuente inédita y sabrosa.

Cientos de cartas de puño y letra de Alfaro han pasado por mis manos. Cartas de amigos y de enemigos, que obtenía él con singular maña, he estudiado.. Y hasta los telegramas de felicitación personal, han sido abiertos en mi mesa de trabajo, noche a noche. Pude vencer así las contradicciones de la información interesada, la obscuridad de los relatos, las mutilaciones oficiales. Una confianza que no sé cómo agradecer se me hizo al entregarme miles de aquellos viejos papeles familiares. Me sobraría retórica de circunstancias para dar las gracias, pero no sería leal, como tampoco lo seria que la gratitud corriera por el libro silenciando cosas que no debían callarse o aumentando el volumen de la grandeza. Consigno sólo los

nombres de esas personas generosas: Esmeralda Alfaro y su esposo, Jerónimo Avilés Aguirre, que ya murieron sin que yo alcanzara a darles este libro; América Alfaro, que me dio cuanto tuvo en sus manos, auténtica maravilla de la historia de aquel viejo sentimental y heroico; Colombia Alfaro de Huerta; Colón Eloy Alfaro; Carlos Zevallos Zambrano; el doctor Carlos Rolando, director de la Biblioteca de Autores Nacionales; el doctor Manuel Tama; el doctor Alberto Hidalgo Gamarra; Darío Egas, y tantos otros...

Y el pueblo con su grito de ¡viva Alfaro!, en las cantinas del suburbio, que aún perdura en las noches calientes de Guayaquil. Y aquellos viejitos del noventa y cinco, que en la puerta de sus casas tienen, como una imagen sagrada, el retrato de don Eloy. Mensaje de la tierra quiere ser este libro. La vida de Alfaro y la vida de mi tierra no hacen más que una sola gran novela.

Guayaquil, septiembre de 1943

Primera parte
El General de las derrotas

I
Montecristi

Hacia arriba y hacia abajo, por las ondulaciones amarillas, secas, el cuerpo echado adelante por el esfuerzo de tirar del barril de agua, o corriendo a un lado para no ser atropellados en las bajadas, los aguadores se acercaban al pueblo antes de que las primeras luces del amanecer descubrieran el secreto de los tejedores de sombreros. El viento traía, envolviéndolo en largas ondas un fuerte y alegre olor de sal. Y el mar, a pesar de no escucharse a esa distancia, presentíase rompiendo altos tumbos contra la playa inmensa y solitaria.

Así, la vida en Montecristi empezaba mansamente todas las mañanas. Detrás de las albarradas, se movían inquietas gallinas o ladraban perros de largas canillas y vientres magros, mientras que en las chozas que circundaban el poblado, la paja, delgada y flexible, se torcía entre ágiles dedos, cuando la hora aún era propicia para que el sol no la tostase. Porque los sombreros finos había que tejerlos de suerte que ninguna precaución faltara: debajo del toldo, hombres y mujeres de piel cobriza y ojillos perdidos entre innumerables arrugas, trabajaban encorvados, ausentes del tiempo. Meses enteros requería dar fin a los mejores, aquéllos tan suaves y ligeros como un pañuelo de seda y que pagaban a buen precio a bordo de las goletas que, de tarde en tarde, largaban anclas frente a la playa de Manta.

Y ocurrió que cierto día, cuando el Estado del Sud, con el nombre de Ecuador, acababa de separarse de la Gran

Colombia, llegó al pequeño pueblo un emigrante español. Llamábase Manuel Alfaro, capitán de guerrillas en la Península, donde, llena su cabeza con el romanticismo liberal de la época, había sido de los sublevados contra el absolutismo de Fernando VII. En sus andanzas por varias latitudes, encontró por Centro América con los famosos sombreros de paja toquilla, y cuando supo que se hacían en el Ecuador, decidió ir al recién nacido país para dedicarse a la explotación de un negocio que le proporcionara la paz con la que podría olvidar el gasto de su ilusión juvenil en las faenas libradas por la causa de la libertad.

Don Manuel, a más de guerrero, era hombre que empleaba largas horas en la meditación, en procura de latas verdades espirituales con las cuales confortar sus desengaños políticos. ¡Tantas veces cómo, en los atardeceres campesinos, de frente a un sol de sangre, puso en el papel los pensamientos que no pudo transformar en acción! Quiera que no, el capitán olvidó espada y uniforme y se fue enraizando en Montecristi, cuyo paisaje severo, pero amable, le comenzó a ganar el alma. A poco, el negocio de sombreros le duplicó los dineros que trajo de España: adquirió una finca y también exportó tagua, el marfil vegetal que abundaba en la montaña. Don Manuel obtuvo, pues, completo éxito en su nueva aventura corrida en este rincón de América meridional, todavía casi totalmente desconocido para el resto del mundo. El trópico no le era hostil en aquel paisaje refrescado por el aire del mar y envuelto en una sequedad, si no tan hermosa, menos dura que el húmedo calor de las regiones verdes. El paisaje humano tampoco le agredió: las gentes vivían aún bajo la influencia de la primera constitución política, que declaraba como uno de los deberes de los ecuatorianos “ser moderados y hospitalarios”. No, realmente, no sentíase extraño en esta República que la ambición del General venezolano, Juan José Flores, ayudado por el

chisme corrosivo de la disgregación, había hecho surgir de la discordia, colmando sus deseos, aunque rompiese los sueños del Libertador, a quien, por más que hubiera sido uno de sus bravos tenientes, jamás llegara a entender porque el corazón no le alcanzaba para eso. Y como Flores tenía que hacerse perdonar su media extranjería –habíase casado con una quiteña de rancio nombre–, hizo que la ley fundamental tuviera espíritu acogedor para los extraños. Tres mujeres quiteñas jugaron en la suerte política de Colombia: la de Simón Bolívar, aquella hermosa y tan inteligente Manuelita, la libertadora del Libertador; la de Sucre, disputada en cierta ocasión, durante un descanso de campaña; y la de Flores, matrona que fue raíz de casta de señores con viejas ambiciones coloniales.

Mas hay que decir que lo que prendió definitivamente en la tierra a don Manuel Alfaro fue su amor por una hermosa quinceañera manabita, llamada Natividad Delgado. Cuando ella díjole que sí, nada le importaron ya el sentido errante de su vida ni las decepciones políticas

Algunos años más tarde, don Manuel y doña Natividad hicieron dar el bautizo al quinto de sus hijos, Eloy, nacido un 25 de junio de 1842.*

Por entonces, había declinado el nombramiento de juez de comercio que el gobierno del general Flores le

---

* Luis Robalino Dávila, en el volumen VII de "Orígenes del Ecuador de Hoy", Eloy Alfaro y su Primera Época, tomo I, cap. I, pág. 13, dice que de los biógrafos de Alfaro, soy el único que no habla de su condición de hijo natural. Recojo reparo de tan mal gusto sólo para repetir lo por muchos años comprobado: que los padres de Alfaro casaron después y legitimaron a sus hijos. De no haber sido así, ¿mermara en algo la grandeza de Alfaro, se alteraría la interpretación y la verdad misma de la historia por tan pequeña cuestión de sacristía? Edit. Casa de la Cul-

otorgara, y continuó enriqueciéndose y doña Natividad dándole hijos, hasta el número de ocho. En el clima apacible, bajo la vigilancia de la madre, dulce y firme como la tierra, Eloy crecía sustentando su cuerpo con el aire limpio que venía desde el mar y con los juegos y carreras por el campo libre, cerca de la casa que su padre comprara para el hogar.

No era ni un niño triste ni un niño alegre. El contacto con la naturaleza dábale ímpetus secretos y proporcionábale cierto placer en sentirse solo. Entre personas extrañas, le aislaba la timidez, que se trocaba en violentas actitudes en presencia de los íntimos. Don Manuel movía la cabeza preocupado, diciendo en veces:

–Natividad, tú me dañas al chico con tus engreimientos. No era un niño incorregible ni más caprichoso que la generalidad, pero padecía de resentimientos prolongados y tenaces o de accesos de cólera, que don Manuel calificaba de "pataletas".

–Va a tener vida alborotada –sentenció alguna vez.

Y le daba el castigo con energía. Los resultados eran útiles, pero sus mejores horas de aprovechamiento las tenía cuando doña Natividad le narraba aquellas luchas que su marido había sostenido en la remota España o las anécdotas del Libertador, cuya figura de héroe mítico evocaba, lamentándose muy de veras no haber tenido la dicha de verle nunca.

Jamás se hartaba Eloy del anecdotario milagroso. Escuchaba, con pasmados ojos, lo que su madre contábale y hacía las preguntas invariables de su edad. Colgado el labio inferior en una mueca de graciosa resolución, terminaba, levantando el índice a la altura de la cabeza:

–Cuando yo sea grande, voy a pelear por la Libertad.

Don Manuel, en cambio, apacible filosofador del pesimismo, pero moralista y, por tanto, práctico, le hablaba de los desastres nacionales, de la época turbulenta que

asistía al nacimiento de la República, su segunda patria, como decía, de la insoportable tutela del general Flores, de quien hasta el gran civilizador, Rocafuerte, había sido administrador... Porque, sentenciaba don Manuel, la única manera de amar a la patria consiste en conocer bien sus males y sus desgracias. Y el niño –¡nada de mentiras, Natividad!– tenía que estar enterado de cómo la libertad ganada en los campos de batalla se la había adulterado en proclamas sonoras y vacías. La soldadesca floreana había hecho del Ecuador un lugar de saqueo para sus correrías de valientes de mala catadura. Soldadesca genízara y analfabeta, la misma que asesinara a los redactores de "El Quiteño Libre" y colgara de un farol al brillante irlandés Francisco Hall.

Después –afirmaba don Manuel– vino la gran revolución de marzo de 1845, el primer esfuerzo por libertar al país de los caudillos extranjeros y de los errores históricos. Pero el mismo marcismo, como se había llamado el movimiento, popular y arraigadamente ecuatoriano, había fracasado: para no perecer, hubo de refugiarse en el militarismo nacional, urgente del odio contra el militarismo extranjero, pero sustentado, en el fondo, con las mismas ambiciones y similares procedimientos. Para concluir su discurso, don Manuel, invariablemente, ordenaba:

–¡A estudiar, y basta de lata!

Porque Eloy tenía un maestro compatriota de don Manuel, que éste, en unión de cierto francés avecindado también por estos lados, había hecho venir de Europa. Hasta los catorce años, Eloy estuvo disciplinándose en gramática, caligrafía –nunca pudo con ella–, un poco de historia y de geografía, y, sobre todo, en aritmética comercial, que a negocios estaba destinado por voluntad paterna. Luego que el maestro retomó a su país, quedó sometido a lecciones prácticas que su padre le daba de contabilidad y comercio. En Montecristi no había colegios de enseñanza

secundaria ni cosa parecida. ¿Y para qué más? decíase don Manuel. Lo demás, se lo dará la vida...

Sólo que la vida era oscura y limitada en el pequeño pueblo. A más del catecismo que enseñábale el cura de la parroquia, ningún otro conocimiento estaba a su alcance. Entonces, don Manuel lo llevó en uno de sus viajes, que frecuentemente hacía por el Istmo y Centro América. Al retorno, la visión del mundo fue más ancha, pero las complicaciones de la adolescencia le habían crecido y amenazaban ahogarlo. Estaba triste, sumido en silencios prolongados. Ni el ejercicio diario, que debía hacer cuando marchaba a caballo a los taguales, ni la presencia bulliciosa de los hermanos lograban extraerlo de sus desconocidas prisiones sentimentales. Y como no era amigo de la confidencia, nunca sus labios decían palabra, por más que las miradas y los gestos traicionasen su tristeza. Además, ¿qué podía decir? El mismo no lo sabía bien.

En veces, un incontenible afán de protesta le crecía en la garganta: la misma casa, el mismo techo de tejas coloradas, el mismo corredor de pilares gruesos cubierto por amplias cortinas de blanca lona, el mismo cerro pequeño y mudo, igual, igual... Afuera del hogar, la vida no tenía otro sentido que el de sus diálogos monótonos con los campesinos y el de lanzarse, aturdiéndose, a raudo galope por los caminos de la montaña. Adentro, en los caminos del alma, ni una sola explicación de sí mismo.

Hasta que le llegó el deslumbramiento súbito. Fue el día más alegre y también el más triste, pero el más completo de cuantos había contado. Se dirigió a la aventura como un sonámbulo, asombrado del enigma que iba a desgarrar. Lo venía temiendo y deseando, pero la contradicción de su carne y de su espíritu lo precipitaba a una lucha sin soluciones. Se enamoró en silencio y en silencio también experimentó el placer y la pena de perder su inocencia. Era una mujer de la tierra: distante y morena, boca

burlona, pero sutil. Para Eloy no fue una aventura romántica de escapada nocturna ni un regocijante pecado de juventud: toda la pasión silenciosa que había acumulado, la vertió sobre ella, compensando los conflictos imponderables.

Ella era la tierra y él también la llevaba en las venas con los raudales de doña Natividad. No se quedó con el tesoro recibido: un hijo le nació, ante las pupilas enormes y las manos temblorosas. Después, don Manuel lo llevó al Perú a comerciar.

Desde los primeros días de viaje, en el velero pausado, la nostalgia de Eloy, orgulloso de ser padre, le cerraba el silencio. Pero ya en Lima, los días distintos le fueron curando la pasión por la mujer del primer encuentro. Empezó a llenarse de vida y acción. Nada más hermoso que salir de paseo, luciendo altos cuellos y levitas largas. ¡Era todo un hombre!

Un día, su padre le mostró en una calle de Lima al general Juan José Flores, quien, desde 1845, vivía su destierro en el Perú. Le contempló largamente. Al cabo, don Manuel preguntole la impresión que le había causado, a lo que Eloy, con soma juvenil, respondió:

–Me han impresionado mucho sus grandes orejas.

Lo había dicho sonriendo, ocultando en la broma el amargo fondo de violencia que los sucesos del país, nárralos por su padre, dejaran en su memoria. Siempre supo ocultar así sus sentimientos cuando no quería o no debía delatarlos. Por eso, la fuente de su fuerza operaba desde fronteras ocultas para todos y crecía para él.

Hallábase justamente en la frontera peligrosa de una edad llena de riesgos. Y ahora, una ambición tejida de metáforas inocentes, desdibujada e incierta pero exaltada, le llenaba de bríos el corazón.

En Montecristi, otra vez, el tiempo pareciole detenido, empero, nada le era más grato ni se conformaba mejor a

su naturaleza, que el paisaje sobrio, los árboles enanos y secos del verano o la lluvia triste y verde del invierno. Junto al paisaje, el diálogo de los cholos marineros, la voz refranera de los campesinos desconfiados y el alma de una tierra que perdió su historia entre la bruma de una leyenda hermosa y rara y que él creía encontrar en el lenguaje mudo de las noches iluminadas apenas por la incierta y taciturna luz de los faroles.

II
La primera insurgencia

Aquel día de San Pedro y San Pablo, ni los tejedores de sombreros ni los cogedores de tagua se habían preocupado de sus labores. Los tagüeros vinieron de la montaña la noche anterior y los moradores de la pequeña ciudad, desde muy temprano no tuvieron otro menester que el de preparar bebidas y dulces para la fiesta. Al romper el alba, ya las mujeres daban los últimos toques a las cintas para los premios a los jinetes o la puntada final a los banderines tricolores que colgarían más tarde de las ventanas. Por el camino del mar, venían a buen paso los pescadores, esperanzados en llegar antes de que el sol les hiciera fatigosa la marcha. Ya en la mitad del verano, la sequía terminaba con los restos verdes que el invierno hiciera brotar de súbito y como por encantamiento a las primeras lluvias. En el ocre hostil de la tierra, moteaban, a largas pausas, puñados de yerbas todavía dulces. A la entrada del pueblo, echado en las faldas de una colina, el pescado salado mezclaba su rancio olor con el aguardiente que los arrieros descargaban en grandes damajuanas del lomo de los burros. Y los vendedores de maní y sal prieta, acomodando su mercancía en charoles de madera, se apresuraban por ganar los mejores puestos de la plaza, mientras ensayaban las voces en el pregón triste y musical.

Por los caminos que venían de la montaña, Eloy y su hermano mayor, José Luis, bien montados, galopaban ya mediado el sol. Vestían alegres ponchos de hilo y cubrían las cabezas con grandes sombreros de paja blanca. Espo-

leaban los caballos porque temían llegar tarde para la fiesta, ocupados como habían estado en vigilar la cogida de la tagua para el cargamento que don Manuel debía embarcar desde el puerto de Manta. Hartos de calor, habían pasado el último día entre los cogedores: partían el fruto acalabazado para dar con las nueces, que luego colocaban rápidamente en la canasta que llevaban a la espalda, arrojándolas con la derecha hacia atrás. Bajo las pequeñas palmas de hojas redondas, muchas yacían esparcidas fuera de la fruta madre, como si un remezón tremendo hubiese sacudido el palmar entero. Y ambos hermanos, ahora, después de la tarea, retomaban a Montecristi para alcanzar los mejores momentos de la fiesta.

El paisaje comenzó a cambiar: de verde jugoso, era ya desértico; de bullicioso de pájaros y árboles, sólo el silencio se podía escuchar entre el viento que alborotaba las crines de los caballos. La primera chozas pajizas se alinearon a la entrada, y luego las casas blancas, azules y amarillas, de tejados rojos, se distribuían alrededor de la plaza central.

Desmontaron. Eloy amarró el caballo a un estante, enjugose el sudor del rostro, se despidió del hermano y se fue en busca de los amigos.

La plaza estaba cargada de gritos y de risas. Cuando la banda del pueblo cesaba de tocar por unos minutos, se distinguían las voces:

–¡Viva el Presidente Negro! ¡El Presidente de Guinea!

Se apretaba la multitud. Una salva de aplausos saludó la aparición de un cuerpo llevado en andas, teñido en negro el rostro, en la cabeza un alto sombrero de copa y alas torcidas hacia arriba. Se le podía ver las grandes sópalas de una roída levita azul, y entre ellas, la verde corbata entre el albo chaleco de rayas coloradas.

–¡Viva el Presidente Negro!

El candidato reía y saludaba con la mano, que restá-

bale libre y cuyos dedos habían perdido toda flexibilidad, enfundados como estaban en ceñido guante de cuero. Una rechifla general señaló la presencia del candidato blanco que, con análoga vestimenta, seguía tras el negro, esforzándose en llamar la atención de sus escasos partidarios. Un chiste obsceno promovió una risa inmensa que se fue perdiendo hasta las últimas calles, como una pelota dando botes en las piedras. La banda seguía tocando pasodobles y aires marineros. Las banderas se agitaban al sol. Y pronto, reventaron los petardos y los torpedos estallaron entre las piernas de las mujeres, que saltaban recogiéndose las faldas y chillando con entrecortadas voces de miedo y alegría.

Hacia el mediodía, la procesión, después de haber circulado por todo el pueblo, retomó al centro de la plaza. Hízose el escrutinio: el Presidente Negro fue declarado electo, por el personero del Comité de los Festejos y la fiesta pareció volverse loca: echáronse a volar por encima de las cabezas los sombreros manabitas con cintillos tricolores; desde los balcones, llovieron serpentinas, flores y carcajadas; y las cometas tocaron un ataque marcial.

Hubo discursos y proclamas, recitaciones, ofrendas al elegido de grandes vasos de chicha, copas de aguardiente, fritadas, butifarras, chicharrones, alfajores, maní tostado... De todo se hartó el Presidente Negro, sin descuidar de hacer provisiones en los bolsillos de la gran levita. El sudor, corriéndole por el rostro, dejábale rayas blanquecinas. Y cuando se inició el baile en la plaza, en los portales, en las tiendes, él mismo bailó lleno de gusto.

Eloy, desde una esquina, contemplaba la fiesta en rueda de amigos. Había llegado a lo mejor: las carreras de ensacados, el palo ensebado, el torneo de cintas... De repente, se escuchó un grito:

–¡Abajo el Presidente! ¡Viva la revolución!

Era que, al declinar la tarde, habían tomado a viva

fuerza al Presidente y colocándole en brazos y piernas un cepo de madera. Completamente borracho, dejábase hacer, moviendo las manos flaccidas y la cabeza vacilante. Cuando los últimos cohetes reventaron, dejáronle libre y cada cual se dedicó a buscar su placer como pudiese.

Si así hicieran –comentó Eloy– con García Moreno, qué bueno que fuera.

La fiesta moría de cansancio. Nadie conocía exactamente su significado. Acaso existía en el alma popular el deseo de castigar en efigie a los usurpadores del poder. Acaso, desde el fondo remotísimo de la leyenda, vivía de esa suerte la reminiscencia de los tiempos del negro Illescas, feroz y astuto caudillo que lograra hacerse nombrar gobernador de Esmeraldas por la Presidencia de Quito y cuyas correrías sangrientas, durante la conquista española, llegaron hasta las tierras manabitas. Era la fiesta, de todos modos, de una realidad tan expresiva en esos días, que el pueblo entero se entregaba a ella con toda su alma, con aquella fuerza contenida que no podía salir a la superficie.

Eloy pensaba en el derrocamiento de García Moreno. Cierto que había salvado al Ecuador de perecer. Cierto que él mismo, igual que toda la juventud de la época habíase conmovido, dos años antes, con las palabras del estadista: “Guerra, guerra sin tregua a los enemigos de la Patria”; y admirado cómo ese hombre fuerte había podido, a sangre y fuego, es verdad, destruir a Franco y erguirse luego como la figura dominante y terrible, indiscutiblemente necesaria en el instante de agonía del país. Pero después... El desengaño de una gestión política extranjerizante y tiránica, la ausencia de raíz ecuatoriana después de aquella primer ahora de nacionalidad... Y teniendo, como tenía, en la memoria los relatos de don Manuel sobre la revolución de marzo y la actitud generosa de liberales como el general Urbina, que había manumitido a los escla-

vos y, por primera vez en la historia ecuatoriana, olvidado los métodos crueles en las persecuciones.

No, la figura maravillosa de su Simón Bolívar no estaba definitivamente muerta. Saltaría, en cualquier momento, de su tumba y de nuevo, sobre el corcel impetuoso, volvería a sembrar frutos prodigiosos en los campos de la libertad. ¡Ah, entonces...!

La tarde tocaba a su término. El cielo gris y apelotonado de nubes se mantenía inalterable sin que pudiera verse el ocaso, pero en el aire que exhalaba la tierra y en el paisaje que comenzaba a licuarse, adivinábase la cercanía de la noche. En la gallera se jugaban los últimos gallos. Los claros clarines se escuchaban desde la puerta de la pista, donde cruzábanse las apuestas a gritos, mientras los galleros, con sus animales debajo del brazo, los exhibían, ofreciendo y aceptando las posturas:

–¡Cincuenta a mi gallo! ¡Cincuenta!

Y a la gallera fueron Eloy y sus amigos. Sea que le ardiese la sangre por el espectáculo, sea por impulso inexplicable, Eloy alzó la mano:

–¡Pago!

Ya estaba de lleno en el juego. Allí el pequeño y bravo gallo de su preferencia, acezante, perdido un ojo, se había erguido, y de un sólo salto quitó la vida al enemigo, exhalando sobre él un bello y agudo canto metálico. Eloy se vio dueño de un montón de monedas. Después, se enredó la disputa, enardecida por el alcohol y la codicia. Relucieron machetes y se blandieron palos. Eloy y los suyos fueron atacados. Pronto, tuvo que defenderse con un puñetazo, se armó con el machete del caído y comenzó a retroceder, mientras decía:

–¡A un Alfaro no se le pega así no más ni por la espalda!

Después, librado de la gresca por la gendarmería, marchó a casa. En la puerta, don Manuel se paseaba con los

brazos a la espalda. Le recibió ceñudo. Duras palabras tuvo que escuchar, al par que era obligado a devolver el dinero ganado, con el que podía entrar a su casa.

–El juego es el peor de todos los vicios.

De nada le valió asegurar que no había jugado por vicio. Tuvo que empeñar su palabra de honor de no volver a jugar en la vida y marchó después a encerrarse en la alcoba.

Hasta muy tarde, sentado frente a la ventana, Eloy estuvo sumido en sus pensamientos y su pena. No tenía importancia lo ocurrido, no tenía ninguna importancia, se repetía. Y sin embargo, un extraño desasosiego le crecía. No era propiamente rabia ni despecho: hallábase sereno, recto, casi inmóvil. Ni tristeza ni llanto: sólo esa cosa inexplicable que le llenaba de preguntas sin respuestas. Llegaban a sus oídos los últimos pregones. Al través de la ventana, se veía a los vendedores arreglar sus mesas bajo los faroles de esperma, los transeúntes se detenían a conversar en las esquinas, la música lejana venía con el viento señalando compases monótonos y oscuros como las callejuelas que cruzaban los extremos de la plaza. Después, uno a uno, los faroles se apagaron, los ruidos, la música y las voces se alejaron para siempre, los pasos de don Manuel continuaron sonando recios en el silencio de la casa.

***

Supo guardar fielmente su palabra: siguió asistiendo,

---

* Carta de Juan Montalvo a García Moreno, del 25 de septiembre de 1860, reproducida numerosas veces en varias publicaciones.

cada año, a la celebración de San Pedro y san Pablo, se divirtió con la jocosa y medio triste, al mismo tiempo, elección del Presidente negro, pero no volvió a jugar un centavo: no jugará más en su vida. El sentido del deber empezó a echar raíces y arboladura, y su alegría juvenil adquirió cierta gravedad. Leía libros que le llenaban el corazón y la cabeza de altos sentimientos. No era extraño a esta afición su padre, quien, merced a sus relaciones comerciales, podía, no obstante la prohibición de introducir libros capaces de alterar el orden garciano de la República, hacer llegar folletos, revistas, volúmenes que predicaban los derechos del hombre, las doctrinas liberales y la cruzada masónica empeñada en transformar románticamente el mundo en estación de paz y de fraternidad. Eloy Alfaro ansiaba en aquella época ser masón, pero en Montecristi no había ninguna Logia y apenas si tenía vagas noticias de que en Guayaquil funcionaba, desde 1857, la Logia Simbólica Filantrópica del Guayas. Para su exaltación juvenil, ser masón, liberal y patriota no era más que una sola y bella actitud, que le dejaba sueños adheridos a cada hora de su vida.

Bien lo dijo y lo creyó: García Moreno era un déspota, sanguinario perseguidor de los liberales, utilizador del clero para sus fines absolutistas. Si Franco había traicionado, también García Moreno había vendido al Ecuador y cooperado con la escuadra del presidente peruano, que bloqueaba el puerto de Guayaquil. ¿Cómo se hubiera podido engañar de las intenciones peruanas un hombre de la poderosa inteligencia de García Moreno? Era absurdo pensarlo. Para su ambición y su fe, allí estaban el Concordato, que sometía el país a la voluntad extranjera de Roma, las ridículas guerras con Nueva Granada y las vergüenzas padecidas en las derrotas de Tulcán y Guaspud, el descubrimiento que acababa de hacerse en Lima de las famosas cartas al Ministro de Francia en Quito, solicitán-

dole un protectorado francés, la vesania en las persecuciones, el flagelamiento del General negro Ayarza...

Los tónicos para decidirlo le venían de todas partes. Un clima de violencia, propicio a la insurrección armada, lo sustentaba, y las admoniciones de Montalvo le llenaban de fuego para mantener encendida la germinante idea de su rebelión. Era la de Montalvo fresca y redentora voz, juvenil también y también audaz. Cómo recordaba las tremendas palabras insolentes de aquella famosa carta de 1860: “La Patria necesita de rehabilitación y usted, señor García, la necesita también... en su conducta pasada hay un rastro atroz, que usted tiene que borrar a costa de su sangre... La acción fue traidora, no lo dude usted...”*

Así, buido el ánimo le sorprendió un día el viaje de don Manuel a Europa. Su comercio quedó al cuidado de sus hijos mayores. Tuvo, de súbito una apreciable cantidad de dinero. ¿Debía disponer de él para ayudar a la causa? Sabía que los liberales de Manabí trajinaban preparando la insurgencia. No consultó con nadie. No pidió consejo a los hermanos ni se atrevió a insinuar sus intenciones a su madre. Una mañana, sin resistir a su demonio interior, dirigiose a visitar a don Manuel Albán jefe de los liberales de la provincia. Sostuvo un diálogo corto, sin palabras sobrantes, al poner a disposición de la revuelta el caudal que su padre le confiara. Poco después enviado por Albán, marchó al Perú a entrevistarse con el general José María Urbina, cuyas instrucciones se esperaban. Retomó con ellas y un día levantó la primera montonera en la montaña.

Esa mañana de junio exultaron de placer desconocido sus veintidós años. Apenas dos docenas de hombres pudo juntar, pero se sabía un capitán. Con la diminuta tropa campesina inició la aventura reinvindicadora. A cortos instantes, envuelto en el vaho húmedo de la montaña, por entre las hojas verdes y los árboles gigantescos, contemplaba el cielo de latas nubes viajeras y echaba a volar

sus soñadas esperanzas: serán cientos, serán miles de hombres que le seguirán. Correrá por los campos ecuatorianos un solo y enorme grito rebelde. Y el tirano caerá. Las posibilidades de sufrir una derrota no contaban para él. Una compañía de artilleros, enviada desde Guayaquil para reforzar la guarnición, debía estar en viaje desde Manta, y preparó el ataque. Distribuyó las escasas municiones entre los que poseían armas de fuego. Lo demás se haría a machete limpio. En una encrucijada esperó hasta que, de súbito, vio la columna torcerse en un recodo, como un pequeño reptil. Nadie se movía. Apenas se susurraban palabras y lanzaban juramentos entre dientes. En el instante

decisivo, se levantó él primero, veloz como un rayo, la gruesa voz llena en el grito de combate:

–¡Viva el Partido Liberal!

Los soldados sorprendidos se derrotaron a poco. Alfaro no perdió tiempo en la embriaguez del triunfo: repartió los despojos abandonados, dejó a la mayor parte de su tropa apostada por aquellos lados, y, al mando de seis hombres escogidos, se dirigió a Montecristi, con un atrevido plan en la cabeza.

El gobernador de la provincia, coronel Francisco Javier Salazar, había aprehendido a su hermano Medardo, para interrogarle sobre el paradero de Eloy. Fue amenazado con cincuenta latigazos, pero Medardo había respondido:

–Hágalo, pero le juro que lo pagará con su cabeza antes de una hora.

Ordenó la libertad del mozalbete y se puso a esperar. Hacia las nueve de la noche, el silencio era completo. El grupo de jinetes de Alfaro atravesó las calles del pueblo, con grandes sombreros y ponchos terciados sobre las cotonas blancas, que dábales aspecto de campesinos. A corta distancia de la casa del gobernador, hicieron alto y desmontaron. Caminaron unos metros a pie, en dos gru-

pos uno de cuatro, otro de tres hombres, hasta juntarse en la puerta. Allí, Eloy sacó su revólver de debajo del poncho e intimó rendición a dos guardias a quienes hizo desarmar. Subió luego las escaleras. Y cuando el coronel Salazar acudió ala puerta, encontró frente a frente con Eloy Alfaro que le encañonaba el revólver:

–Está usted prisionero de la revolución Coronel. Salazar quiso protestar. Entonces, uno de los hombres de Alfaro levantó contra la luz de la lámpara la hoja de su machete, enrojecidos de rabia los ojos, pero Eloy le amenazó con un balazo y un alto estentóreo cortó la escena, mientras el agresor murmuraba que Salazar les hubiera hecho fusilar de buenas ganas, como se lo dijera a un hombre que mandó de espía y que se había pasado a las filas rebeldes.

Después, obligó Eloy al gobernador a seguirle, hasta el caserío de Colorado, a presentar al cuartel general de la revolución. Allí, Salazar, astuto, conferenció con Albán, habló mal de García Moreno, insinuó la conveniencia de que se pensara en Antonio Flores, hijo del general Juan José, ahora jefe del Ejército, rehabilitado por García Moreno, y, por fin, obtuvo su libertad, ofreciendo apoyar la revolución.

Una frase cínica se repitió por aquellos días: "Mi hijo Antonio es el llamado a hacer la ventura de esta patria que me ha costado tantos desvelos", había rezado el viejo caudillo venezolano. Eloy movió la cabeza, tozudo y temeroso, y se opuso con extraña energía de sus veinte años inexpertos. Urbina y sus consejos normaban sus convicciones. ¿Pero qué hacer si Albán mismo aseguraba que era necesario proceder de acuerdo con las instrucciones del general Urbina y esperar, por eso mismo, los levantamientos del centro de la República, que debía acaudillar el general Maldonado? Pero ocurrió que Maldonado fue apresado y el edificio de la rebeldía se destruyó. Eloy,

entonces, discutió con Albán:

–No hay que confiar en las promesas de Salazar... No esperemos más, don Manuel, no esperemos. Créame, don Manuel hay que seguir adelante...

Resultaron inútiles sus razones. En prematuro ceño plegado, Eloy, con aquella voz llena de profunda entonación, resolvió:

–Estamos perdidos si esperamos. Lo que soy yo, me voy, don Manuel; me voy del país en el primer vapor que salga para el norte. No cuente conmigo.

Y se marchó. Presentía el fracaso como los viejos marineros presienten las tormentas y algunos animales se adelantan a la muerte. Un vapor inglés estaba en Manta listo a zarpar. No esperó un día más. Dejó una carta, desbordado el corazón, a su madre, dándole el hijo, Rafael, a su cuidado; tomó pasaje y se embarcó rumbo al Istmo.

***

Durante la travesía, sumido en la penumbra de una tristeza nueva, saboreó la amargura de la derrota. ¡No había nada! Sólo el vacío cercándole y ahuecando la historia atormentada del país. Por algunos momentos, la serenidad dramática le borraba las angustias del rostro y se ponía a pensar. ¡Oh, aquellos dirigentes de la incipiente nación! Rocafuerte fue un civilizador, de extraordinaria inteligencia, sí pero ninguna razón valedera para justificarle que hubiese administrado el plomo y el látigo como pócima regeneradora. ¿Y los demás? Extranjeros de espíritu y

* De éstas y otras crueldades de su biografiado, dice Robalino Dávila: "¿Se ha aplacado su odio?... ¡No tal! García Moreno es víctima de un vértigo de sangre". García Moreno, "Orígenes del Ecuador de Hoy", Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1949, pág. 289.

cultura, desconcertados, cabalgando sobre la espalda del pueblo esclavizado... Acaso Urbina... Solamente acaso, a pesar de la liberación de los esclavos y de su gobierno sin sangre. Pero no se podía olvidar aquellos negros tauras imponiendo su voluntad primitiva... Y era el único con quien se podía contar... ¡No hay hombres!, es el grito sin palabras que le sale del corazón. Don Pedro Carbo posee virtudes cívicas, bien que lo sabe, pero no es guerrero y si no se cuenta con militares... Y los militares... ¡Bah!, dijo, lanzando un puñetazo en el aire y abandonando, a pasos leves, la visión del mar que hacíale, a la fuerte luz de un sol vertical, humedecer los ojos.

III
El coronel Alfaro

No se equivocó: al día siguiente de su partida, el gobernador Salazar violó el pacto de El Colorado y empezó a perseguir a los liberales y a sus propios cómplices, los partidarios de Antonio Flores. Su peligrosa jugada requería del silencio para recuperarse: quedaba ahora fiel a García Moreno, exterminando a los que supieron de sus maniobras.

Le fueron llegando las noticias al Istmo con aquella exacta y repetida lentitud de lo irremediable. Don Manuel Albán, aprehendido y enviado a Quito a ser el compañero de martirio de Juan Borja, el rebelde reducido a la enfermedad y a las cadenas, llagado, canceroso, apenas respirando bajo el peso de los grillos y de los desprecios, obligado a presenciar el fusilamiento del general Maldonado, y abandonado después a la muerte, sin serle concedido un auxilio, ni siquiera el de la presencia confortadora de su madre, sin otra compañía que la suciedad y la miseria de su carne apedazada. La muerte de Maldonado, ejecutado entre lágrimas de los mismos soldados del tirano, frente al dolor de su esposa, a plena luz y en media plaza principal, mientras García Moreno, con sus ojos de búho miraba al vacío, paseándose en espera de escuchar los disparos. Tres de los hombres que le habían acompañado en su aventura de tomar preso al gobernador Salazar, pasados por las armas en Montecristi. Un anciano campesino, que se había refugiado en la montaña, para no verse obligado a cumplir órdenes de espionaje, traído a soga y cobrada su vida a trueque de la desobediencia, y cuando ya el país

estaba totalmente pacificado. Noticias de muerte, presidio, flagelación, destierros...

Ni en Panamá ni en San Salvador, donde se alojara en casa de su amigo de la infancia, José Miguel Macay, emigrado años antes y establecido en negocios en ese país; ni en los viajes, la paz venía a su espíritu. Le exasperaba el exilio. Las ideas le bullían, preparando la acción: iría a Lima, hablaría con el general Urbina, procuraría tomar parte en otra aventura...

Como don Manuel Alfaro regresara de Europa, le escribió lo que había hecho, sin mujeriles lloriqueos de arrepentimiento. A mas, le pidió recomendaciones para el Perú. A comienzos de 1865, se encontraba ya en Lima, donde obtuvo trabajo en una casa de comercio, en tanto esperaba la ejecución de los nuevos planes de Urbina: la lucha, esta vez, era a muerte, bien que lo sabía. Urbina amagaría el golfo de Guayaquil con una escuadrilla, y él, señor capitán, iría a Manta, donde un buque de Urbina le esperaría para insurreccionar la provincia.

Fruto en agraz, no sería cogido aún. Le sorprendió una fuerza del Gobierno. Fue interrogado: repuso que venía por negocios de su padre, alejado de la política. Así le permitieron seguir viaje a Montecristi, informose del desastre que Urbina sufriera en Jambelí, donde García Moreno en persona, dirigiendo la batalla naval, le derrotó y halló placer en fusilar, a horas distintas, uno a uno, extremando el castigo, hijo frente a padre, padre frente a hijo, a más de la mitad de los prisioneros de guerra.*

No tenía otra alternativa que la fuga. Viajó ocultamente a Guayaquil, por falta de vapores en Manta. En Guayaquil hallábase aún García Moreno, fresca la sangre de los caídos en Jambelí sin fórmula de juicio y en el mismo sitio de la victoria, y fresco también el patíbulo con la sangre del argentino Santiago Viola, al que arrebató la vida, en arranque de cólera, por unas cartas encontradas entre

los papeles que Urbina dejara en su huida. La ciudad estaba conmovida. Desde el caserío de la Colina hasta los astilleros del Sur, el terror garciano ponía sombras en los gestos de las gentes y en el aire que circulaba por los alrededores de la casa de gobierno. La audacia de Alfaro al acercarse a los dominios de la tiranía, se vio compensada: viejos amigos de don Manuel le ayudaron para que embarcase escondido. Alguno creyó reconocerle: negó su identidad con firmeza –el pasaporte no era indispensable en aquellos tiempos– y tan impenetrable como era su rostro, pudo llevar al desconcierto al agente del gobierno. A poco, el zarpe del buque le salvaba nuevamente de la cárcel, de la flagelación o de la muerte.

***

No cabe duda que García Moreno era un constructor. Su preocupación civilizadora y a frecuentes ratos, genial, no le era negada, en verdad, por sus enemigos, por esa categoría de enemigos, como Alfaro y como Montalvo, que intuían o conocían su poderosa inteligencia, extraviada, eso sí, en el empeño de dotar al Ecuador de una cultura postiza que lo llevaría al desastre. Nada ecuatoriano, nada americano vivía en el espíritu del gran hombre de hierro. Era, aunque inmensamente superior a los fundadores de la República, extranjero como ellos, siquiera por las ideas y la mentalidad. Sus valiosas obras civilizadoras, necesarias para los basamentos del país, tenían la característica inconfundible de una administración personal y paternal, profunda y avasalladoramente individualista. Antes que nada, su actitud fundamental era la de un

* Esta y otras cartas o partes de ellas que se reproducirán después son tomadas del archivo de la familia Alfaro. Si la fuente es otra, será indicada.

conquistador, dominador de raza y pueblo vencidos. Era señorito, tan orgulloso de su españolidad, como el más encopetado gobernador de la Colonia. Criollo soberbio, harto vigoroso para la imposición de su voluntad, vertía su fuerza en el castigo y en los más graves delitos contra la libertad porque, según pensaría, la libertad era más carga onerosa que provecho para el Ecuador que le había tocado en suerte dirigir. Las formidables energías de que era dueño aplastaban las conspiraciones y las revoluciones. Durante el breve período de dos presidentes de corta personalidad, Camón y Espinosa, García Moreno fue, a pesar de que ambos intentaron dejar su tutela, el verdadero amo del Ecuador. Odiaba a los liberales, a los católicos poco fervorosos, al par que se identificaba día a día con cierto misticismo casi patológico y crecíale una rabia insana contra los que le combatían y osaban expresar su inconformidad. Integrado ya su carácter con le convencimiento de que al Ecuador sólo se lo podía manejar por su mano, merced a un golpe audaz, regresó al poder en 1869, hizo aprobar una Constitución Política que fue llamada, a voces ocultas, la Carta Negra, y pudo lograr con ella lo que tanto había ansiado: la paz y el orden.

Paz y orden desolados. Ya nadie pensaba en posibilidades de cambio. Andaban por las calles con el temor en las miradas, las manos listas para la oración simulada, sin disfrutar siquiera de la libertad de amarse. García Moreno extremaba sus afanes moralistas hasta en la equívoca línea de vida de las prostitutas, por cuya causa pretendiera firmar convenios de extradición con otros países lejanos, por ejemplo, Alemania. En su delirio moralizador, obligaba el matrimonio entre los amancebados, hacía aplicar a los borrachos tratamientos de baños helados en las madrugadas del Panóptico de Quito, enclavado en alta sierra a dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, y pretendía tornar bondadoso todo corazón y austera toda

costumbre, envanecido de que su poder era tanto así de divino.

Don Gabriel está aquí, don Gabriel está aquí, eran las palabras que circulaban, pequeñas y tímidas, cuando visitaba una ciudad. Los transeúntes marchaban recogidos y medrosos, temiendo a cada instante que alguna fuerza siniestra se descolgara sobre sus cabezas. Orden y paz: los había logrado, arrancándolos del aliento del pueblo. La tristeza no era ya un estado transitorio: habíase adueñado de las calles, de los hombres de las casas, de la atmósfera... Don Gabriel está aquí... Don Gabriel está aquí... Lo decían quedo, pasándose la voz como en un claustro monacal y lanzando las miradas al sesgo.

Empero, frente a tan terrible poder, crecía otro, lento, pero firme, imponderable, pero cierto: el de la digna locura por la libertad que, años más tarde, por manos jóvenes, haría caer a machetazos su cabeza.

Las carreteras, las escuelas confesionales, la economía saneada no era bastante alimento para colmar a un pueblo sin cultura política y en su mayoría, analfabeto. Esos años fueron de ausencia para Eloy Alfaro, cerrados como estaban los caminos para la rebelión.

Dedicado al comercio, Alfaro amasó en pocos años una considerable fortuna en Panamá. Era, pues, joven y rico. Amigos, adulaciones, existencia plácida, horas amables, sin más medida que la del tiempo o la del natural hastío. Pero no había llegado a ser dueño de la felicidad. Le sobraba inquietud para saberse satisfecho. Su fortuna exigía ser fabricada de otro metal que nada tenía que ver con le de las monedas: el de los puros sueños, igual que la fortuna de los poetas.

En su cuarto de soltero, en horas de soledad, dábase a sus pensamientos, platicando consigo acerca del problema de la vida del desgraciado país, cuyo destino, desde su nacimiento, había sido señalado con la desventura.

Se compensaba la desazón, ayudando a todo emigrado por causa de la libertad, a todo hombre de América perseguido. Sabía, en su casa, ser dadivoso y fraternal con ellos. Un viejo anhelo, ese sí estaba cumplido: hermano masón, por fin, no era el rito ni los ideales brumosos los que, principalmente, le entusiasmaban, sino que así prestaba sus fuerzas a las razones liberales que regenerarían la Patria.

Correspondía con el general Urbina... Sólo hallaba bajo el misterio de los sobres, planes, vagos proyectos, esperanzas... Urgía la revolución en sus respuestas y autorizaba a su jefe Urbina para que librase a su cargo letras de cambio, que servían para sustentar al general en Lima.

Pocos años hacía que Montalvo publicara “El Cosmopolita”. Hacia 1869, escribió su primera carta a don Juan, que hallábase desterrado en Ipiales, de la vecina Nueva Granada, y desde entonces la amistad con Montalvo fue para Alfaro la sustancia operante de su buen ánimo. Luego pudo conocerlo personalmente en Panamá, cierto día de su llegada en compañía del general Veintimilla y otro liberal, doctor José Mariano Mestanza. Pasaban para Europa. Por las calles de Panamá, el paso menudo y suave de Alfaro anduvo muchas horas junto al ademán presuntuoso de Montalvo. Este, alto, enjuto, de piel morena, boca desdeñosa, mirada brillante. Aquél, pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, grueso de labio inferior, expresión de mando y de amor por la acción como en los ojos profundos y rectos. Mientras Eloy escuchaba y su diálogo era mezquino de palabras, Montalvo lucía la gracia de hablar y de pasear en triunfo las ideas.

Continuó el viaje a París, auxiliado con dineros de él, que giraba con el nombre de Eloy Alfaro y compañía. Siempre le estaría socorriendo para que no dejase de sonar en América y en el querido Ecuador la palabra de combate.

Por entonces, don Manuel rindió la vida. Guardaba sus cartas y consejos como un tesoro inapreciable. Sin haber podido asistir a los últimos momentos de su padre, construyó sobre el dolor un nuevo deber: el de vigilar por los hermanos, el de subrogares en el cuidado y cariño paternos. Pocos años después, escribía "al futuro doctorcito Marcos", que estudiaba abogacía en Guatemala y luego pasó a los Estados Unidos del Norte: "me agrada la cuenta alegre que me haces para el presente año, y, en consecuencia, la apruebo... Me prometo que con este aumento, tu progreso por la senda enredista será cual me lo manifiestas".*

Hizo que otro estudiase medicina, tomó a Ildefonso para sus negocios, protegió a Medardo y prestó ayuda a José Luis, para que enderezase sus quebrantados negocios en Costa Rica.

Su madre y su hermana, en Montecristi, le cuidaban a su hijo Rafael por más que todavía "la madre no lo entrega del todo y hay que esperar un poco para que venga a pasar las noches en la casa". Gran alegría la del recuerdo vivo de su primera aventura. Pero, a más, el problema de los hermanos le preocupaba, Medardo resultaba alocado y derrochador y José Luis no le iba en zaga. En cambio, Ildefonso, a cargo de la vigilancia, decíale en sus cargas que Medardo se despeñaba, y que le emplazaba para que no anduviera generoso de bolsa con Marcos, pues, si no ponía remedio, sería el causante de que siguiera el mismo camino. Pero el espíritu de Marcos era templado y no

* Acuerdo firmado el 2 de mayo de 1876 por Eloy Alfaro, Miguel Valverde, y, como secretario, Rafael Caamaño. Reproducido de Alfaro, el Garibaldi Americano, por un su antiguo secretario (A. T. Barrera), Guayaquil, Imprenta "El Tiempo", 1916, pág. 28.

sucumbió: llegó a ser, por el contrario, el ingenio más agudo y reflexivo, el consejero prudente y siempre oportuno del guerrillero y del estadista incipiente, y hasta cuando ya empezaba a madurar en los destierros...

"La muerte es el mayor bien que Dios concede al hombre: la idea de ella es cruel y aterradora; pero sólo es por falta de reflexión y por no haber practicado todas las virtudes", había sentenciado don Manuel antes de partir al sueño eterno. Y él tendría que ponerlo en práctica, para no temer y para ser grande, sobre la frontera de la vida y de la muerte, por sobre el deslumbramiento de los deseos cumplidos.

En julio de 1871, apenas un año después del fallecimiento de don Manuel, fletó a su costa la goleta "Evangelina", cargola de fusiles y municiones y enviola, al cuidado de Ildefonso, con rumbo a Manta. La "Evangelina" fue apresada por el Gobierno, salvándose a mucho riesgo Ildefonso, y otra vez el fracaso le ensombreció la juventud, hasta que llegó para él la hora de la embriaguez. Se había enamorado, y esta ocasión, para siempre. Escribió una misiva a doña Natividad, rogando su permiso. "La señorita que el destino ha señalado para dulcificar mi vida, se llama Anita Paredes y reúne todas las cualidades que necesita un hombre para ser feliz. Lo que me falta es su bendición para el año próximo ofrecerle. Dios mediante, una digna hija más..." En 1872 casó con doña Ana Paredes Arosemena, su Anita, su Anitilla, como la llamaba, de toda la vida.

Rico como era y perteneciendo doña Anita a la alta sociedad, el matrimonio resultó acontecimiento. Era doña Anita una mujer excepcionalmente bella, mimada y temerosa hasta el punto de creer constantemente en la catástrofe. En las frecuentes tempestades que atronaban sobre la ciudad cálida, pasaba grandes temores, hasta que Eloy corría a casa, donde la hallaba sumergida entre frazadas, sin osar levantar la cabeza.

Y sin embargo, alegrías y dolores eran minúsculos, del tamaño que la felicidad tiene en las aldeas. Ya tenía consigo, conquistado el asentimiento de doña Anita, a su hijo Rafael. El nacimiento de su primer hijo habido en matrimonio, al que llamó Bolívar, le dio harto y bullicioso placer, para que, luego de dos semanas, su pequeño sueño con vida se perdiera entre las angustias de su paternidad así truncada por el destino. No tenía, por entonces, más actividad que las comerciales, aunque provechosas, gravemente perturbadas por la crisis de los mercados europeos. Hacia 1874, empezaba a obtener éxito en otros negocios, los de las minas de plata de "El Corozal", en asocio con su amigo Macay, cuando una sublevación incendió el campamento y todo fue saqueado. Empezarían de nuevo y empezaron... La agitación política en el Ecuador volvió a darle clima. Montalvo había regresado de Europa y, desterrado en Colombia, se erguía en la continuada lucha contra García Moreno. Había escrito, para rectificar las opiniones de un periódico de Panamá, ese conmovedor panfleto, "La Dictadura Perpetua", en todo de acuerdo con las noticias de Alfaro. Enviolo para su publicación a éste y fue distribuido, bajo su dirección, clandestinamente en el Ecuador. La agresiva polémica de Montalvo dio la tónica al movimiento antigarciano. Alfaro correspondía con los liberales ocultos en Guayaquil o en Quito, en Montecristi o en Esmeraldas, y era tanta su fe que negábase a que dieran bautizo a su nueva hija, Colombia, porque quería que se lo dieran en la Patria.

"A ese círculo malvado que tiene su origen en Quito y que tanto mal ha causado, le devuelvo, con usura descomunal, diente por ojo, los perjuicios que me ha hecho con su intriga", escribía. Los negocios flaqueaban un tanto, pero él encontraba fuentes de compra y sitio de consumo en la propia tierra manabita.

Cierto día le llegó la noticia: el 6 de agosto 1875, Gar-

cía Moreno había sido asesinado en la lonja del Palacio de Gobierno de Quito. Las cosas no cambiaron de inmediato: el general Salazar, desde le Ministerio de la Guerra, destruía los empeños liberales. No contó con el pueblo quiteño, que el 2 de octubre, inflamó las calles de la vieja ciudad colonial con su presencia tumultuosa. Salazar, desde una ventana de palacio, ordenó a las tropas disparar, mas un soldado respondió:

– ¡Nosotros también somos el pueblo!

Salazar fugó.

Surgió entonces la candidatura presidencial de Antonio Borrero, afamado hombre de leyes y corazón puritano. Montalvo y Alfaro la propugnaron, al igual que todos los liberales de la época. Era Borrero, liberal católico, el prestigio al parecer señalado para lograr la unión nacional. Y llegó al poder, pero cuando le pidieron que convocara una Asamblea Constituyente a objeto de desconocer la Carta Negra, y reemplazarla por un estatuto de tipo liberal, Borrero se negó. Sordo a los clamores de una realidad que no captaron sus aptitudes de hombre de gabinete, negábase a romper la constitución que había jurado al tomar posesión de su investidura. El trato jurídico era cierto y no podía enturbiar la fuente legal de su origen. Pero la verdad nunca anduvo de buenas con aquella Constitución, y todo se derrumbó.

Al saberse defraudados por Borrero, los liberales resolvieron su derrocamiento: no lucharon por hombres, sino por ideas. ¡Abajo la Constitución del 69!, fue el grito de guerra. Alfaro, así cargado de esperanzas, se trasladó a Guayaquil, donde Marcos dirigía ya una hoja de oposición: “El Popular”.

Esta vez, pudo moverse libremente por las calles de Guayaquil. Había dejado en la querida ciudad colombiana de Panamá, su mujer, su hija, sus negocios.

–Primero el deber, Anita, primero el deber.

***

Era jefe militar de la plaza, el general Ignacio de Veintemilla, con dos mil hombres bien armados. Así y todo, Alfaro se lanzó a la conspiración. Hacia el mes de mayo de 1876, tuvo comprometidos a sargentos y tenientes. Sesenta artesanos esperaban, juntos y escondidos, para tomar las armas, y doscientos montubios aguerridos llegarían, de un momento a otro, para el asalto a los cuarteles. Montalvo, en Quito, lanzaba artículos, manteniendo el fuego. ¿Y el jefe? Alfaro proponía al general Urbina; Miguel Valverde, el escritor que acababa de fundar "El Convencional", prefería a don Pedro Carbo o a cualquier civil.

¡Nada de militares!, era su consejo.

Se reunían en la trastienda de un alto y valeroso ciudadano, Nicolás Infante. Eran jóvenes y sólo una vez en la vida se puede serlo. Leían en sonora voz: "los abajo suscritos, miembros del gran partido liberal, reunidos con el objeto de acordar los medios de contener el régimen terrorista que amenaza apoderarse por completo de la República... Nombrar al ciudadano Nicolás Infante, Jefe del Partido en Acción, investido de amplias facultades, hasta el día en que cualquiera de las provincias del Ecuador regularice la marcha de la revolución y disponga, con entera libertad, lo que tenga por conveniente".* ¿Partido Liberal? No existía ninguno organizado, las ideas hervían en las cabezas y se afanaban por conformarlas, pero ignoraban disciplina y tácticas.

Fueron descubiertos, naturalmente. Algunos marchaban al exilio; otros, fueron encarcelados o se mantuvieron ocultos. Alfaro prófugo, refugiado en casa amiga, asumió la responsabilidad de rehacer las fuerzas. "El militar y la mujer no tienen más que el honor, y una vez perdido, no pueden recobrarlo jamás", dijo Veintemilla en una carta célebre al Gobierno. Pero se preparaba a recibir el prove-

cho de la agitación. Y cuando todo estuvo listo, mandó a proponer a Alfaro que sus fuerzas estaban a las órdenes de la revolución, siempre que le dieran la jefatura suprema, en los primeros momentos, pues luego entregaría el poder a don Pedro Carbo. Veintemilla era tenido por liberal, contaba con la fuerza armada y ¿qué se podía hacer en contrario? El oportunismo político siempre fue norma inevitable en las militancias cívicas. Llamó a Montalvo y ambos estudiaron las posibilidades. El 8 de septiembre se produjo al exaltación de Veintemilla. Carbo no recibió el mando, pero fue designado como Ministro General, y transó. Algunos, descontentos con la quiebra de la promesa, propusieron la contrarrevolución, pero Alfaro y Montalvo se negaron, ilusionados con la presencia vigilante de Carbo sobre Veintemilla. A más, con el nombramiento de Urbina para General en Jefe del Ejército, no cabían rectificaciones apresuradas.

Montalvo, mal político, lanzó por el mes de octubre una hoja suelta, "El Ejemplo es Oro", tratando de convencer a todos de que lo que debía hacerse era llegar a un acuerdo de paz y elegir un presidente por la voluntad del pueblo. Entregó así a la revelación los temores y como las ambiciones no se habían derrotado ni se creían débiles, nadie le siguió. Veintemilla dispuso su destierro. Eloy quiso seguirle, pero don Juan le obligó a quedarse justamente por el peligro que amagaba a la causa.

El anciano general Urbina pidió a Alfaro que le acompañara en la campaña como su ayudante de campo, ascendiéndole, de golpe, a Coronel.

El ejército de Urbina marcharía por el Sur. El otro, a órdenes de Veintemilla, seguiría por el Norte, por la vía de Guaranda.

***

Marchaban por entre las gargantas de los cerros azu-

les, después de haber atravesado, a pleno sol, los brusqueros de la montaña caliente.

¡Presente, mi General! La primera y auténtica batalla le llegaba a sus treinta y cuatro años de edad. Un sombrero de fiel paja manabita no le abandona aún entre los rigores del frío. El poncho le da abrigo y se lo da también el cigarro que fuma constantemente. La levita azul le cae sobre los hombros anchos. Espada y pistola le sirven como insignias. Leguas y leguas de tierra ecuatoriana nunca vistas se van abriendo a sus ojos. Siempre cerca del General, su anciano jefe, espera el momento de combatir, escuchando sus consejos. Reposan en la misma tienda. Y antes del alba, ya se encuentra en pie. La tropa canta su entusiasmo. Procura aprender en las conversaciones cómo se libra y se gana una batalla. ¿Adonde está el enemigo? ¡Presente, mi General! Está buscando posiciones ventajosas en los cerros. Eloy, hay que ganarle el sitio, hay que bajar al llano y después remontar una colina. Veterano de las guerras de la Independencia, sin prisas inútiles, dispone Urbina, día a día, el orden. Es un día lluvioso de diciembre. La cresta de los cerros y las altas nubes grises, no hacen más que una sola mancha arriba. Una taza de café bien tinto y un nuevo cigarro le aclaran la cabeza.

Al amanecer, a las alturas de Galte, se rompieron los legos.

–¡Presente, mi General!

Hundía las espuelas en los ijares de la bestia. Para algo le buen montubio jinete. No se detenía a pensar en la fuerte, viendo caer a los soldados. Una indiferencia pasmosa, después de los primeros instantes que le estremecieron al olor de la pólvora y al sonido latigueante de los fusiles, le llevaba.

–¡Se derrotan, mi general, se derrotan!

Urbina, tranquilo, cargado de experiencias, dio las últimas disposiciones para la persecución y le convidó a

beber fuerte coñac francés.

***

Antes de arribar a Riobamba, un posta llevó la noticia del triunfo de Veintemilla en la loma de Los Molinos, batalla librada el mismo día de la victoria de Galte. La pequeña ciudad les recibió con miedo hostil. Las casas tenían cerradas puertas y ventanas. Ciudad muerta parecía.

En la noche, la oficialidad ofreció un banquete al general Urbina.

–Entraremos a Quito a banderas desplegadas: ya no hay enemigos a quienes batir –brindó Urbina. Alfaro se puso en pie.

–¡Permiso, mi General! Por allí comienza a delinearse uno...

Señalaba con el índice hacia los lados en que se encontraba Veintemilla. Un murmullo rodó de punta a punta de la mesa. Urbina no respondió: le miró largamente con ojillos maliciosos.

IV
Los grillos perpetuos

Las cosas no andaban del todo mal en Quito. Paseaba por la vieja ciudad, descubriendo estrechas calles torcidas, muros subidos que detenían la perspectiva, quebradas abiertas a las inmundicias, bajas casas de adobe y pintadas en blanco, empinadas cuestas que le acortaban el aliento no hecho a tamaña altura. En las paredes frontales de los edificios, hornacinas con la imagen de la Virgen: saludábanle melancólicamente los indios con el mugriento sombrero de lana abatanada. Las campanas de las iglesias batían el aire desde el alba hasta el anochecer y todos los sonidos se iban a perder entre los lejanos cerros neblinosos.

En el centro, por los sitios principales, la ciudad era otra: hermosas iglesias, ricas mansiones de amplios zaguanes, patios empedrados y elegantes ventanas andaluzas, gente de buena ropa por los portales que circuían el Palacio de Gobierno... Pero Quito era triste, impreciso, vagaroso como un recuerdo que le transportara a remotas edades. Si hasta la animación del comercio se doblegaba cuando, al caer la tarde, los comerciantes echaban bendiciones compungidas sobre las cerraduras y los candados. Ya anochecido, se recortaba entre las sombras la silueta emponchada del sereno, farol en mano, escapado de las páginas de alguna perdida leyenda colonial.

Pero las cosas no andaban del todo mal, porque había esperanzas: ya estaban en Quito don Pedro Carbo, en plenas funciones de su ministerio general, y José María Urbina, en las de general en jefe del ejército. Esperanzas...

Poca cosa, en verdad. El fanatismo se lo podía mirar en el rostro de los transeúntes, en la humildad de sus gestos y hasta en el atavío de las señoras, media cara oculta entre las vueltas del fino pañolón, cuyos extremos, por la espalda, caían en dulces pliegues sobre la armazón del miriñaque. En las tertulias, en los diálogos fugaces de las esquinas, en alguna fiesta, en todas partes la omnipresencia del fraile poderoso, muchas veces honesto, muchas, pícaro–¡ aquél los que se levantaban las sotanas para bailar una zamacueca! –y muchas, las más, ignorantes. La moda masculina obligaba el usa de bellas capas negras, de rojo revés, y a sentarse en los bancos de la plaza principal, a la hora tibia del sol, para ensartar ingeniosas ocurrencias o ensayar ironías a costa del vecino. ¿Y la libertad humana? ¿Y los derechos del hombre? ¡Bah?, eran trastornos del orden beatifico y dulces locuras, herejías o boberas... Claro que había quiteños de remozada salud espiritual, a pesar de que se contaban como escasos los que viajaban más allá de Riobamba y el mar se les antojaba como lo fuera a los primeros forjadores de la historia de la navegación.

Los conservadores habían iniciado la guerra contra Carbo, el hereje, y que no era sino Carbo el iluso. Veinte–milla en el fondo, se reía de todos. Alfaro empezó a notar que las cosas andaban mal y que las esperanzas se diluían en la presión clerical y se fue a decir lo que sentía y sabía a su jefe, el general Urbina. A él, al viejo guerrero liberal, lo seguirían todos, pero no a Veintemilla. ¿Qué diría? Le examinó los ojos y esperó respuesta. Simuló indignarse el viejo:

–Tenga usted entendido, Alfaro, que el general Urbina no traiciona.

Ya sabía lo que necesitaba. Estaba, a más, informado que sus palabras en el banquete de Riobamba eran conocidas por el jefe supremo. Urbina –¡razón tenía Montal-

vo!–no era más un hombre viejo escéptico, había dejado de creer en los principios y anhelaba, en quien todavía confiaba buenos y abrigados años postreros a la sombra de Veintemilla.

El Coronel Alfaro fue suspendido violentamente en sus sueldos y no volvió a pasar revista. Cierto día tomó la diligencia para Guayaquil, en busca de un barco que lo condujera al querido hogar de Panamá.

El 1877 lo vivió Alfaro dedicado a rehacer sus negocios y a mantener activa correspondencia con los liberales de oposición. Tuvo quebrantos y dudas. Un intrigante acusó a su amigo Macay, reveló negocios reservados con falsas imputaciones y fue castigado en duelo. Le mandaba Alfaro sus representantes, con una carta en la cual le abofeteaba con estas palabras: “usted merece que yo le dé látigo en la lengua”. Después, se refugiaba en la conspiración. Sabía que los conservadores ofrecían apoyar a Veintemilla, a condición de que destituyera a Carbo, el más inofensivo de los liberales, símbolo de ese liberalismo romántico, sembrado a manos generosas en el aire. Y como don Ignacio se negara, le presionaron con manifestaciones públicas, a los gritos de viva la religión y mueran Carbo y los herejes. Se disolvieron a viva fuerza los motines, pero la campaña continuó desde el confesionario, el púlpito y en las mismas reuniones palaciegas.

Veintemilla no podía gobernar con la Carta Negra, odiada principalmente en la Costa y repudiada por él mismo al sublevarse. Su gobierno era producto de un golpe de cuartel y dos combates: necesitaba de la legalidad. Convocó, entonces, a un Congreso Constituyente, y allí el grito

---

*Juan Montalvo, Los Grillos Perpetuos, en “Páginas Desconocidas”, La Habana, Edit. Cultural, S.A., 1936, págs. 437-445.

ultramontano aseguró que la Convención descatolizaría al Ecuador. Un fraile franciscano se alzó a mayores y el gobierno ordenó aprehenderlo, pero el fraile amotinó el pueblo y llevado en hombros se refugió en la Legación de Francia.

El Viernes Santo de 1877, un acontecimiento trágico vino a complicar los asuntos: el Arzobispo de Quito, Monseñor José Ignacio Checa, al beber el vino del cáliz, se envenenó. Veintemilla, sus ministros y su escolta, habían asistido a la misa. Durante el instante preciso, afirmaron que Veintemilla no había desprendido las miradas del arzobispo y por esta ingenua razón fue acusado de un crimen que no le beneficiaba en absoluto. Los liberales acusaron a los jesuitas porque, aseguraban, el arzobispo veía con buenos ojos las reformas. Los conservadores señalaron a los liberales. Empero, se contaban cosas extrañas y sucias de un canónigo, llamado Manuel Andrade, conocido por el mote de El Colorado. El clérigo había seducido a cierta señorita quiteña: llevola a una casita que hizo decorar con frescos pompeyanos. El decorador, un artista de nombre Pinto, le birló la querida al fraile y se casó con ella. Andrade juró vengarse: una mañana asaltó puñal en mano al pintor; corrió éste por las calles, seguido del clérigo que a voz en cuello le injuriaba y amenazaba de muerte. La novela picaresca había de epilogarse con la intervención del arzobispo, que privó a Andrade del ejercicio de su ministerio y le aplicó otras penas... Durante la famosa misa del Viernes Santo, Dios sabe por medio de qué arte, Andrade ofició de acólito y sirvió las vinajeras... ¡Aquí del criminal!, dijeron. Pretendió Veintemilla encarcelarle, pero el clero le arrancó del poder civil, en virtud del Concordato celebrado por García Moreno con la Santa Sede y hasta entonces vigente.

La lucha se enconó. Declaró el gobierno la abolición del Concordato. Tres canónigos principales fijaron en las

iglesias un decreto de Entredicho. “Quedaréis en adelante privado de visitar los templos! ¡Ya no recibiréis el pan eucarístico!” La maldición divina había caído sobre el Ecuador. Estaba la ciudad consternada por la censura eclesiástica, cuando, hacia el mediodía, entre ruidos tenebrosos, apareció en el horizonte una inmensa nube negra que se acercaba cubriendo el cielo. Quito quedó en penumbra. Las campanas religiosas doblaron a difuntos. La implacable mancha negra trajo, por fin, las tinieblas absolutas. Y venían rasgando las sombras detonaciones furiosas como de artillería pesada. Fina lluvia de tierra cayó. Las campanas, alocadas ahora, se lanzaron a espanto. Largas procesiones de fieles y arrepentidos, con antorchas e imágenes sangradas, invocaron toda la noche la clemencia del Altísimo. La turba frenética quiso atacar el palacio de gobierno y los fusiles aullaron. De repente, cuando se esperaba la mañana como una salvación, una llama loca trepó por el cielo y en zigzags relampagueantes.

A dieciséis leguas de Quito, el Cotopaxi asolaba las llanuras cercanas. Casas, cosechas, animales y hombres fueron arrasados. Las horas de pavor habían pasado, los transeúntes caminaban sobre el lecho de cenizas y los frailes se metieron en sus conventos. Días después, en el Carchi se produjo la primera revuelta, que fue dominada. Luego, el general Yépez, de los fíeles a García Moreno aun después de su muerte, acaudilló otro ejército rebelde y católico, que llegó a batirse en las calles de Quito y resultó vencido por la audacia de un coronel, de apellido Toro.

Don Pedro Carbo había dimitido, para lanzar su candidatura en las elecciones de diputados a la Constituyente. Ganó su curul. Otra le dio a Montalvo la provincia de Esmeraldas. Mas don Juan rehusó asistir, sin dar otra excusa que la de que no le venía en gana. Todos le censuraron y trataron vanamente de convencerle y Alfaro había agotado cartas pidiéndole no abandonase la lucha

parlamentaria, acaso ineficaz, pero de todas suertes, agitadora. Alfaro tenía, a más, otras ideas de progreso en la cabeza, nacidas cuando, por pocas horas, en la campaña de 1876, administrara el incipiente ferrocarril del sur. En aquel diciembre de 1877, escribía a su hermano Marcos: “Yo le escribo a Montalvo que, bajo todos conceptos, debe ir a la Convención. Yo le escribo sobre que Machala necesita agua y el ferrocarril. Montalvo hará mucho por Machala”. Allí estaba la frontera de acceso para una posible invasión peruana. Mas don Juan se tuvo en sus trece. Y la Convención reunida en Ambato, bajo la presidencia de Urbina, no hizo nada por el provecho material ni moral del Ecuador. Montalvo afilaba la pluma desde “El Regenerador”, el diputado Carbo conseguía la declaración romántica de los derechos del hombre, la abolición de la censura de imprenta, la inviolabilidad de la vida humana, con excepción del parricidio. Y Urbina obtenía un regalo de cincuenta mil pesos fuertes, “como recompensa a sus anteriores servicios a la Patria...”.

Hacia abril de 1878, Alfaro volvió a abandonar negocios y hogar en ruta a Guayaquil. Vino a integrar un grupo de agitación, en compañía del escritor Miguel Valverde. Se trabajaba por la exaltación de un hombre público de grandes luces, el doctor Vicente Piedrahita, cuyo nombre era respetado por ciertos conservadores principales La conspiración fue descubierta y Alfaro, expulsado a Panamá.

Una noche de septiembre de 1878, en los campos montubios de su finca, Vicente Piedrahita cayó acribillado a tiros. El crimen le había estado acechando de hacienda en hacienda, de pueblo en pueblo. Pocos días antes de ser asesinado, avisó a sus amigos que era perseguido por una escolta siniestra, al mando de un oficial negro. El asesinato, como el del arzobispo Checa, permaneció entre las sombras, a pesar de las mascaradas de los juicios, las declaraciones y los procesos de ley. De todas

suertes, cómo se regocijaría Veintemilla con la noticia que le limpiaba el camino.

Tenso el clima, acusado Veintemilla de la muerte de Piedrahita, en un barco de carga, ganando después la ciudad en una canoa, merced a la noche, Alfaro arribó a Guayaquil. Había sido llamado por los amigos para que se colocase a la cabeza de la rebelión. Un nuevo hijo le estaba naciendo en Panamá.

–Si es hombre, ponle Olmedo –recomendó a su Anita. Y a la aventura. Habría desconcierto y temor. Tuvo que refugiarse en ciudad vieja, al pie de la Colonia Santa Ana, en casa de don Victoriano Cortés, un español, buen amigo que fuera de Don Manuel. Desde el escondite, agitaba y dirigía. Fue descubierto y conducido al cuartel de artillería, donde se le arrojó a un calabozo. Su prestigio de valiente, conquistado en Galte y en la remota aventura de Montecristi, le valió al amistad de los oficiales jóvenes, que le arrojaron en una habitación desde la que atisbaba la calle y mataba los ocios contemplando la estatua de Rocafuerte, erigida al frente, en la Plaza de San Francisco.

En realidad, observaba el movimiento de las tropas, los cambios de guardia, el almacén de los pertrechos. Convenció al primero, teniente Álvarez, el más joven de todos. El invierno de 1879 caía en lluvias torrenciales sobre la ciudad. Las calles se tomaban negras del lodo. Los mosquitos obligaban a matar las luces. Recostado en la hamaca, con el cigarro en la boca, conversaba quedamente con Alvarez, ahuecando la voz mientras el aguacero se descolgaba a chorros por las canales del tejado.

–Doble dotación de municiones para la compañía del

---

* Eloy Alfaro, el Garibaldi Americano, ob. cit., pág. 41.

mayor Morieta, y el triunfo será nuestro, teniente.

Morieta se había comprometido a última hora. Era ya la víspera de la sublevación. Aquella madrugada, Alfaro escuchó inusitado movimiento en el cuartel. Una cometa aguda rompió el aire y una fuerte voz de mando se oyó:

–¡Formar la guardia!

El general Veintemilla en persona estaba en el cuartel, avisado por la delación. Algunos intentaron alzar los fusiles. Los primeros fogonazos hicieron luz. Fue negocio rápido y fácil: las cuadras del cuartel se empaparon en sangre de soldados y oficiales; por los rincones de los patios eran cazados los artilleros rebeldes; y luego, restablecido el silencio, el castigo infamante de la flagelación hirió los oídos de Alfaro. Los tambores retumbaban veloces, como en la hora de diana... No podía soportarlo... Medía la habitación a pasos alargados, cuando un ruido de la cerradura le hizo detenerse. Tenía en su delante a Veintemilla. Alfaro cruzó los brazos sobre el pecho, apretó los labios y le clavó la mirada en media frente. Dos soldados se acercaron cargando los grillos. Otros, le apuntaban con los fusiles. Sintió la sangre ardida de ahogos cuando le remacharon las cadenas a los tobillos, pero no dijo una palabra. Fue Veintemilla quien habló:

–¡Canalla! ¡Venir a corromper a mis soldados! ¡Usted es el causante de la sangre que ha corrido! ¿Está satisfecha su ansia criminal?

Alfaro intentó dar un paso, pero el peso de los grillos quintaleros lo sujetó.

–Es una cobardía insultar a un hombre encadenado. Ordene que me quiten los grillos y que me den una espada, y atrévase entonces a insultarme.

Un espeso silencio remató sus palabras. Nadie osó quebrar el minuto de angustia. El general Veintemilla había tenido tiempo de reflexionar y su cólera se tomó fría. Desvió las miradas de Alfaro, dirigiéndolas al oficial

que tenía a su lado:

–¡Llévenlo inmediatamente a la cárcel y métanlo al infiernillo!

***

Apenas si podía moverse y apenas si alcanzaba pedazos de luz cuando le daban de comer. Estrecho, inmundo, pestilente, negro, el calabozo le roía un tanto de vida a cada hora. Era robusto. De niño aspiró el aire sin prisiones de los campos, y en su adolescencia, el mar y la montaña le habían curtido de bravura alma y cuerpo. Sentía, sin embargo, las fuerzas físicas destrozadas. ¿Por qué no lo fusilarían de una vez? Se le habrían desorbitado los ojos, la piel la tendría cetrina y húmeda, el rostro sucio y barbado le perduraría con huellas de dolor para toda la vida y los grillos de quintal se clavarían para siempre en su recuerdo.

Un día lo sacaron a la luz. Debía declarar en una comedia de proceso. Pusieron ante sus ojos tres cartas comprometedoras.

–No las niego. Las cartas son mías.

Le fue ofrecida, entonces, la libertad a cambio de un compromiso de no intervenir más en política. Una sonrisa amarga le atravesó el rostro:

–Yo no engaño ni a mi peor enemigo.

Volvió al tétrico infiernillo, la carne sufrida. Si no hubiera sido tan cruel la prisión, hubiese estado alegre y una bien ganada dicha le habría hecho reír.

Juan Montalvo, vuelto de su destierro después de la Convención, supo lo que se estaba haciendo con Alfaro, y publicó un artículo que llamó "Los Grillos Perpetuos". La voz clamaba: "García Moreno tuvo su Juan Borja, Veintemilla quiere tener su Eloy Alfaro... Matar a un hombre de nota y esperanzas, en las barbas de la nación, a ojos vistas del Partido Liberal, creador de Veintemilla; matarlo

a fuego lento; comérselo vivo por los pies, y esto llamándose general y libertador, es burla cuya amargura nos ahoga el alma... No habría juez que condenase a Eloy Alfaro al tormento. Y en el tormento está sin sentencia: calabozo, incomunicación, grillos perpetuos en cuerpo enfermo, disentérico. Esto es atroz". Días antes, había exclamado: "Si Veintemilla supiera con qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por bronco que sea su corazón, se moriría de vergüenza..."*

Alfaro estaba solo, hundiéndose en el abismo de sus fuerzas desfallecientes. Nada sabía de la defensa. Era cierto: Veintemilla se lo estaba comiendo por los pies. Allí los tenía hinchados, deformes, sangrantes.

V
La derrota de Esmeraldas

Guayaquil gozaba de fama como ciudad liberal. Y lo era, sin duda: la inspiración, el dinero y la carne para la metralla salían de la capital comercial del país, rica, tropical y verbosa. Allí se estaba integrando una clase de hombres que, en los años sucesivos, no abandonaría la causa de la transformación histórica y económica del Ecuador. Burgueses comerciantes, marchaban, por instinto y aún a regañadientes, con las ideas del Siglo, cuya tabla de valores les apasionaba porque ofrecíales la conquista de la hegemonía nacional, enraizada en Quito y aledaños, donde beatos agricultores dominaban gobiernos desde las haciendas.

Pero si en la sangre del pueblo mestizo de Guayaquil ardía el corazón, no así en la calculada elocuencia de los dirigentes, seguros al tanto por ciento tabulado de

las ganancias. Cuchicheaban en los salones, se prometían grandes cosas, prevalidos de un nombre que juzgaban aristocrático (les duraba todavía el resentimiento de haber sido tratados como criollos, inferiores, por los gobernadores españoles ciento por ciento), llamábanse de familia prócer, pero llegado el instante de la prueba, el dolor de muelas o el impostergable compromiso anterior dejábalos quietos en casa. Así se habían hecho todas las revoluciones, desde la grande de 1820 contra el poder español: solas, sin la presencia de los prestigios consagrados, con la intervención de extranjeros y la complicidad de batallones, o gracias a la revolución de los jóvenes o de aquellos que llevaban al pueblo en la mezcla de la sangre, como en la revolución del 6 de marzo.

Así también, en este año de 1879, las clases dirigentes guayaquileñas veían con placer la conspiración contra Veintemilla, pero no arriesgaban nada, a más de unos pesos empleados con previsión inversionista. Fracasada la revuelta, no hubo un solo señorón de campanillas que defendiese a Alfaro de las garras de Veintemilla.

Y Alfaro se consumía en el calabozo. Más de treinta días ya. Estaba enfermo, agobiado por dolores reumáticos. Un día recibió la visita del Cónsul de Colombia. Advirtiole, como mediador, que a los demás comprometidos, oficiales y soldados, se los estaba juzgando en Consejo de Guerra y que, posiblemente, serían fusilados. ¿Por qué no firmaba el acta de compromiso que el gobierno deseaba y salvaba de esta suerte la vida de sus compañeros y la suya propia? Alfaro consistió. El 3 de marzo suscribió el convenio para poder salir de la prisión y del país. El mismo modificó la redacción colocando estas palabras “A solicitud del Gobierno”. Porque no pedía gracia, sino una capitulación impuesta recibía, general de fortaleza cercada que la entrega con condiciones. “Una vez que se me asegura que los presos militares han salido ya fuera de la

República, me obligo como caballero, bajo mi palabra de honor, a cumplir lealmente el compromiso de no prestarme personalmente a alterar el orden público constitucional, ni volver al país sin el permiso...”

Amigos generosos le prestaron ayuda para el viaje. Desde 1874, Cornelio Lourido, comprovinciano y rico comerciante, le había adelantado dineros para pasajes y otros gastos. Maltratados los negocios de Eloy Alfaro y compañía, algunas letras fueron protestadas y guardadas pacientemente en la caja de hierro del acreedor.

Un 8 de marzo, día de San Juan de Dios, buscó en el muelle, a su arribo, la presencia de los suyos, pero no vio a nadie. Hizo avisar. Cuando estuvo en casa, rodeado de amigos y parientes, su madre, que ahora residía cerca del hijo, le tendió los brazos.

–¿Y Anita?

Cuando supo la llegada, había salido como loca, sin decir nada y aún no había retomado. El mismo salió a buscarla. Por las calles la encontró, temblorosa, el paso nervioso, y allí mismo se colgó de su cuello como de una esperanza irrevocable. Explicose: las noticias que recibía eran tremendas: fusilamientos, torturas... Devota de San Juan, había hecho un voto a cambio de la vida de su Eloy: antes de verlo, de alcanzar su salvación, atravesaría las naves de la iglesia de rodillas, hasta prosternarse frente a la imagen del Santo. Y por extraña coincidencia –no me digas que no, Eloy– él había llegado en el día de San Juan. ¡Milagro, Eloy, milagro!

Rió, nada más Cierto que los negocios estaban en ruinas, cierto que sus propósitos volvieron a fracasar, cierto que traía el alma roída y el cuerpo fatigado, pero experimentaba el sano placer libre, fuerte y joven.

–No fue nada, Anita, te repito que no fue nada. Exageraciones...

Mas se lo veía ceñudo y silencioso. Cuando le hablaban

del compromiso firmado eludía explicaciones. Por suerte, supo que el gobierno había burlado las estipulaciones, pues que retenía en prisión a algunos de los comprometidos en la conspiración de la artillería. Por algo, además colocó aquellas palabras "de no prestarme personalmente", previsivas, pero en el momento innecesarias ya. Radiante de alegría, escribió al Gobernador de la Provincia de Guayas:... "El gobierno que usted representa en esa provincia no ha cumplido el compromiso que contrajo conmigo, a saber: el de poner en libertad a los demás presos políticos que aún estaban detenidos en esa ciudad. Se me aseguró que tales sujetos habían salido ya fuera de la República. Mejor informado... vengo a saber que solamente dos de los presos han sido puestos en libertad y deportados para la América Central... Yo he sido claro y preciso en esa condición: así lo hice al manifestar al general Veintemilla, por medio del señor cónsul colombiano, así lo expresé al agente de policía cuando se presentó en mi calabozo-infiernillo... Cúmpleme, pues, exigir, en los más perentorios términos, la libertad de los demás presos, cuyos nombres constan en el proceso que se formó...; y a usted le cumple probar, de la manera más irrefragable y pública, que tales sujetos, todos, han sido puestos en libertad o que lo serán inmediatamente de conformidad con lo estipulado..."

Se acercaba a los treinta y siete años, no tenía ningún poder tangible, hallábase pobre, al borde de la quiebra, enfermo y fatigado, pero en la nota al Gobernador usaba de un tono de mando, que le estaba naciendo en el alma, y hacía gala de astucia: no destruía él primero su compromiso; esperaba, seguro, que viniera la ruptura de parte de Veintemilla. Y así vino y todo empezó de nuevo.

***

Los negocios estaban liquidados. Entre aventura y aventura, sus ganancias habían desaparecido. Los últi-

mos recursos, fueron empleados en comenzar a publicar "Las Catilinarias" de Montalvo, que, también exiliado, desde Colombia había fustigado a Veintemilla a latigazos iluminados. Quien fuera rico y dadivoso, tuvo que conseguir empleo secundario en "La Estrella", de Panamá, aprovechando sus columnas para publicar correspondencias subversivas. Sabedor de que Marcos sufría de pobrezas, le escribió alentador al preferido hermano: "Cuando se trata de ganar para vivir, no falta nunca trabajo en nuestros países... Yo trabajo en la imprenta de "La Estrella" como un peón. La ociosidad entierra a cualquiera... Tú, pues, no te abandones: el porvenir es nuestro".*

La causa cobró un ritmo pausado. Sólo cartas políticas y recomendaciones. Dulce y sabia correspondencia con aquellas amigas, familiares de Valverde. "Amiga y hermana", repetía, usando luego como clave los Evangelios. Hermanos y hermanas masones se cursaban ánimos resueltos. "...El capítulo XII del Apocalipsis lo encuentro aplicable a varias épocas y posible es que corresponda a la presente. Sobre este estudio, el doctor es el más competente para conocer las sagradas escrituras..." Y acompañaba una hoja agitadora, graciosamente titulada "El Te Temen". Firmaba el "hermano K". Siempre alentador, "hermana y amiga, es usted buena discípula..." Y agregaba, minucioso como era, "con los dolores de huesos he pasado varios días malos..." ¡Ah, los grillos de Veintemilla! "En la mesa donde yo escribía, puse una carta en medio de unas resmas de papel suelto... y bajando la escalerilla del mismo cuarto, parándose frente a la puerta que da a la panadería, en el techo, a la izquierda, puse otros papeles, entre una hendija que forma el calce de la madera..."

De repente, Macay, que seguía explotando las minas de "El Corozal", cuyo negocio iniciara con la cooperación económica de Alfaro, le mandó llamar a su casa. Eloy había liquidado su parte cuando el siniestro azotó las

minas; nada le quedaba, así, legalmente del negocio. Pero Macay quería sacarlo de la pobreza y le propuso nueva sociedad, sin que aportara un centavo y sólo con los aportes primeros. Una condición: no más política.

–No, Pepe, de ninguna manera. ¡No puedo! Te lo agradezco. La patria está padeciendo...

–¿Estás loco, Eloy?

–Puede ser... Allá tú si lo crees...

***

El Ecuador parecía estar al borde de otra guerra civil, al comenzar el año de 1880. Eloy, sostenido con aquellas cartas que escribía y recibía, aconsejando siempre a los amigos, a la buena hermana de la familia Echanique, parientes de Valverde, decidió volver al país en cuanto se diera la señal. El pacto ya no existía: estaba roto desde que su carta al gobernador no diera frutos, como lo esperaba y deseaba. Por entonces, doña Anita le dio otro hijo, al que llamó Colón, siempre a la zaga del recuerdo de los hombres ilustres ligados a América La muerte le privó del hijo a los pocos días. Y guardó el nombre para, muchos años después, en 1891, llamar con él a otro de sus hijos.

Montalvo conspiraba. Conspiraba todo el país contra "el mudo", mote colocado por Montalvo. El castigo favorito del Capitán General, título comprado a la famosa Convención presidida por Urbina, era el flagelamiento, que hacía aplicar, a veces, en su presencia. A un abogado en prisión, le había amenazado así: "Cuidado, doctorcito, le pongo la muceta en las nalgas". Aseguraban que a cierto médico, luego de hacerle flagelar, ordenó le mutilaran de vergonzosa y cruel manera. Conservadores, deseosos de volver a la época añorada, preparaban levantamientos en el Norte. Montalvo partió a Tumaco, encargado de un negocio de armas. ¡Y no había dinero! ¿Y los jefes militares del liberalismo? La prolongada lucha contra García Moreno los

había exterminado. Pues bien, se dijo el coronel Alfaro, solicitado por cientos de cartas, él sería el jefe de las futuras batallas. Dedicose a leer libros de táctica, a estudiar las campañas más célebres de la historia, pero favorito de las libradas por Bolívar y Sucre, el hermano masón mayor, y, por último, recibió lecciones de arte militar de un viejo coronel francés retirado.

Le atenaceaban los deseos de someter a experiencia sus conocimientos, cuando tuvo noticias de que el coronel César Guedes, al servicio de Veintemilla, se había comprometido a encabezar un pronunciamiento. Consultó a Montalvo y en desacuerdo con sus consejos, marchó a Tumaco, donde los revolucionarios poseían un barquichuelo, "La Estrella". Al mando de veinticinco hombres mal armados, puso proa a Esmeraldas. Vientos contrarios le sisaron el itinerario. En la noche del 17 de octubre, fondeaba frente al puerto. Tomó tierra en la madrugada, ya pronunciada la capital de la provincia por su nombre como jefe civil y militar. Recibió la plaza de manos de Guedes, con un inventario: sesenta y cuatro fusiles viejos, bastantes pertrechos y pocas armas de precisión. "Guedes vende a Alfaro", rezaba un anónimo que recibió. Sospechó, pero a mitad de la verdad, habló a Guedes de sus planes para atacar el Sur, entrando a la provincia de Manabí y recibió por respuesta el ofrecimiento de acompañarle a la campaña. Mas Guedes, antes de partir, pidió lo dejase al frente de la guarnición que conocía, para repeler cualquier posible ataque de las fuerzas gobiernistas.

Ordenó el zarpe el coronel Alfaro. En alta mar, preguntó para cuántas horas de combate alcanzaba el parque y entonces supo la verdad: le habían engañado, robándole antes del embarque, los pertrechos del inventario. Era demasiado tarde para volver a Esmeraldas y le habían asegurado que en Santa Elena abundaban armas y que el pueblo estaba decidido por la revolución. En la caleta

de Ballenita sólo encontró entusiasmo y ni un fusil. Lo de Santa Elena era un nuevo engaño. Una esperanza quedó flotando: Machala y Santa Rosa se habían sublevado, le informaron, y puso proa al canal de Jambelí, para encontrar con nuevas mentiras. Sin agua y sin víveres, le fue necesario avanzar al Perú; en Tumbes se proveyó de lo necesario y retomó a Esmeraldas. Navegaba en las noches a luces muertas y tuvo suerte; pasó sin ser reconocido por las patrullas enemigas. Luego, recaló en Rioverde, inmediato a Esmeraldas. Guerras había hecho la contrarrevolución apenas partió “La Estrella”. Derrotado, sin haber combatido, licenció a sus hombres y enrumbó a Panamá. Era el destino errante y aventurero.

***

En Panamá dio a publicidad una hoja suelta relatando su aventura. “Réplica a un Corchete condecorado”, la llamó con ágil y dura pluma polémica. Pero el comentario maligno se rió de Alfaro. Ya Montalvo no estaba a su lado: había partido a París, a empezar la publicación de los “Siete Tratados”, ayudado por Alfaro, que le consiguió subscripciones en Centro América.

Una tregua le llegó: el nacimiento de una nueva hija, a quien, soñador incorregible, llamó América. De Montecristi, en tanto le escribían que la gente le creía loco. Un ataque súbito, decían, ha enfermado a Eloy Alfaro, y la nueva corrió por los campos, a ratos quejumbrosa, a ratos burlona.

El año de 1881 había transcurrido sin grandes acontecimientos. Rechazó una propuesta para cierta conspiración de Quito, en la que aparecía como caudillo Pedro Lizarzaburo, calificado por García Moreno de Pedro el cruel. Otra vez, le propusieron un triunvirato: Lizarzaburo, Montalvo y Antonio Flores, a lo que también, sonriendo, se negó. A Montalvo le tentaban también, reemplazando el nombre

de Lizarzaburo por el de Alfaro.

Pero las cosas se precipitaron. El 26 de marzo de 1882 se proclamó en Quito la dictadura de Veintemilla, cuyo período presidencial tocaba a su término. El Capitán General había partido a Guayaquil a dar el golpe en aquella plaza fuerte, en tanto sus ministros se encargaban de hacerlo en la capital. El Ministro de la Guerra, general Cornelio Vernaza, comprometido también, según afirmaban, quiso, como quien dice, alzarse con el santo y la limosna. Ya estaba en aquella madrugada arengando a las tropas en la plaza grande. Y todo habría concluido a su sabor, de no haber intervenido una bella mujer: Marietta Veintemilla de Lapierre, sobrina del capitán general. Apenas había cruzado los veinte años. Era soberbia, orgullosa y audaz. Para ella, corazón y cabeza exaltados en una feminidad singular, no había hombre de mayor altura que Papá Ignacio. No dormía aquella noche. Si algo sabía a ciencia cierta no es cosa averiguada. De súbito, sintió ruido de armas. Echose un pañolón a la cabeza y marchó a la plaza. Los soldados exclamaban:

–¡Si es la niña Marietta!

–¡A sus órdenes, mi niña!

Vernaza, sea que tuviera sus planes de elevarse a la dictadura, sea que, simplemente, por convicción democrática, resolviera, a última hora, impedir la violación del estatuto legal, empezó a vacilar. En presencia de la tropa, Marietta le echó en cara su conducta. La confusión reinó en las filas. Marietta regresó a palacio, tomó providencias, calmó los ánimos, dio instrucciones precisas, volvió a la Plaza y con pequeña y blanca mano cruzó el rostro estupefacto de Vernaza.

Pocas horas después, la guarnición militar de Quito proclamaba dictador al general Ignacio de Veintemilla de la Cuchilla, como le apodó Montalvo.

Alfaro esperaba el momento de actuar, cuando llegó

a Panamá Miguel Valverde, expulsado de Guayaquil, y, después de decirle que "nuestros asuntos van perfectamente", quiera que no convenció a Valverde que le acompañase en una nueva expedición a Esmeraldas, donde al comandante Manuel Antonio Franco había proclamado la revolución y replegádose a Pinguapí, donde le esperaba.

Tenía la voz llena de firmeza y en los ojos le brillaba un relámpago de sueños. No se podía discutir con él. Ninguna razón resultaba valedera. Doña Anita hubo de arreglar el equipaje. Y una buena mañana de sol, embarcaron rumbo a Tumaco. Un lanchón con armas y hombres le precedió a Esmeraldas y, en la siguiente madrugada, partió acompañado de Valverde, en una pequeña lancha, abatida por el mar grueso, sin brújula, extraviada en la lobreguez de la noche. Pinguapí, por fin. Y tenía que ser un cinco de junio, claro y enjugado de nubes. Tomó el mando de las tropas, apenas doscientos hombres. Habíase dejado crecer la barba en forma de perilla. Algunas canas le brillaban entre el recortado cabello. Feliz, pero seco, dio las órdenes: Valverde, Secretario General y ministro de la guerra en campaña, cuatro columnas y a estudiar el plan de ataque. ¡Ministerio, gabinete político, allí, frente a la selva más hostil del trópico y con escasos hombres! La pasión de gobernar lo anticipaba al destino.

Había que sorprender a la ciudad de Esmeraldas. Era la táctica de la marcha lo esencial. Utilizaron canoas para pasar el río y llegar a La Tola, donde esperó la llegada de un buque con pertrechos. Cayó con fiebres palúdicas y tuvo que perder algunos días. Campesinos, negros, mulatos se ofrecían a pelear. El 23 de julio, se incorporó en Rioverde el escritor Roberto Andrade y fue nombrado Jefe de Estado Mayor. Luego, a buscar sitio adecuado para atravesar el correntoso río Esmeraldas. Frente a la ciudad y a tiro de cañón de un vapor enemigo, torearon pero no fueron atacados. Y como Alfaro fuera avisado de que en

el vecino caserío de Tachina estaba un destacamento del gobierno, ordenó coparlo con las columnas “6 de abril” y “Esmeraldas”.

Los muchachos de la “Esmeraldas” eran bisoños y el derramamiento de sangre fue inútil, porque pudieron haber sido apresados los enemigos sin casi resistencia. Nada tenía ya qué hacer por esos lados. A buscar el enemigo, ahora, y a conquistar la capital de la provincia. En la misma margen del río, en Puebloviejo, el 29 de julio ordenó tocar zafarrancho de combate. La avanzada había roto los fuegos hacia la isla de Tontavaca. Desde el caserío de Las Quintas, la “Esmeraldas” se hallaba lista. En la isla los veintemillistas ofrecían buen blanco. Los disparos partían calmosamente, uno a uno, en cacería precisa. Las cometas mandaron avanzar.

–¡Allá están las canoas, mi coronel!

–¡A tomarlas, muchachos!

El primer botín fue abundante de fusiles, municiones y un botiquín de campaña. Organizada sobre el campo, con nuevos voluntarios, otra columna, “La Colombia”, no tuvo sino que proseguir el ataque antes de que las fuerzas enemigas se rehicieran. Empezó la marcha, hasta la hacienda “Propicia”, luego de atravesar el estero de Tiaone, bajo una persistente lluvia que les mojaba las armas. Un día perdido en limpiarlas. Pero la estrategia de Alfaro no era sólo militar. Reunió a los íntimos y dioles el secreto que se venía amañando, a la sombra húmeda de los árboles.

–Estoy bien informado de que la guarnición de Esmeraldas está resuelta a proclamar a don Pedro Carbo si yo la apoyo con mis fuerzas. ¿Por qué no mandamos un parlamentario?

–¿Con qué instrucciones, mi coronel?

–¡Ah! –respondió, sonriendo–, eso es lo difícil. Mandaremos a exigir la rendición de la plaza. Con la simple amenaza, sabremos la verdad.

El capitán Sarria, con bandera de parlamento, partió. Cuando le vieron regresar, se adelantó ansioso de noticias. Un batallón, al mando del general Robles, había llegado a reforzar la plaza, y todo posible arreglo, mezcladas las tropas, se hizo imposible.

–Bueno, bueno –comentó Alfaro, moviendo la cabeza–, atacaremos a la madrugada. La sorpresa y rapidez nos compensarán la diferencia del número.

...A trote largo se lanzaron cerro abajo. El mayor Marchan, que debía tomar la vereda de la izquierda, sin echarse a camino abierto, encontró súbita resistencia y se lanzó, precipitadamente, en acción temeraria y loca, sin seguir las estrictas órdenes prudentes. Alfaro lanzó una tremenda interjección y vio todo su plan perdido. No había más que atacar lleno de bravura y se fue sobre el enemigo. De un lado a otro, rabioso, rápido, contenía la desorganización. Tenía aún intacta la retaguardia, cuando le informaron que el enemigo le rodeaba. Dio la vuelta, púsose, como un simple teniente, al frente de sus hombres, y eliminó el peligro. Ya sabía la causa del fracaso: el coronel Matovelle, extraviado en el bosque, fue descubierto y rompió fuegos contra el centinela, lo que echó a perder la maniobra de Marchan Ninguna columna alcanzó su objetivo. Ahora, nada más que a salvar lo que restaba, la mitad de la tropa. La columna “Columbia” sufría lo más arduo de la lucha, introducida en la cuña de dos fuegos. Su segundo jefe, joven de veinte años. Clemente Concha, hacía esfuerzos desesperados. Herido en una pierna, se incorporó y volvió a caer, rodeado de enemigos. Un negro atlético, de nombre y gestos pintorescos– Pío Quinto Nazareno, y salta como un loco –se lanzó a machete limpio, penetrando, por dos veces, como un fantasma, a la trinchera enemiga. Tajos terribles los de su mano.

–¡Mi niño! ¡Mi niño Clemente!

Se estremeció, templando las venas del cuello, amar-

gada la boca, los ojos brillantes y fáusticos... Regresó llorando a su niño... ¿Y el capitán Proaño? Está hecho pedazos por los cañones. Marchan se desplomó hace un rato. Alfaro, con el rostro de piedra y los ojos ausentes, ordenó al cometa tocar la retirada.

Organizados hicieron la marcha, disparando, sin dar la espalda, recogiendo los heridos, manteniendo a los perseguidores a distancia. Por los brusqueros calientes, trepando los cerros, extenuados, arrastrándose, con el sol montado en las nucas... Nueve horas sin un minuto de reposo... En las orillas del Tiaone se arrojaron cara al agua como bestias heridas.

La tarde se vino encima. Luego, el fugaz crepúsculo y ya los había cogido la selva, la trágica y desconocida selva de Esmeraldas. Durmieron en la manigua y despertaron al alba para seguir el curso del río Viche. Valverde, con fiebres, se quedó al cuidado de dos amigos... Todos se iban quedando... Todos...

Desfile de sombras por media montaña. San Rafael, San José Monquilve, Timbre, el Peñón de Chula, Estero de Meribe, Estero de Chontaduro... Pedían bajas algunos y les eran concedidas. Hablaba con monosílabos, cuando eran indispensables, cuando hubo de proveerse de balsas para navegar el río Onzole... Dos días en el agua... Es una vuelta inmensa, que lo conduce nuevamente a corta distancia del caserío de La Tola, ocupada ya por el enemigo. Los puntos de tránsito a la costa están resguardados. ¿Qué queda para fugar?

---

* Eloy Alfaro, La Regeneración y la Restauración, vol. I, Panamá, Imprenta del "Star & Herald", 1884, pág. 11.

** Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 12.

–No queda más que ganar la sierra.

–No llegaremos, no llegaremos jamás.

Lo decían espantados, pero Alfaro se impuso con dos palabras. Víveres y canoas fueron conseguidos a salto de mata, y a subir el río Cayapas. Los indios desnudos, de gran melena untuosa, pintados de achiote, fueron generosos.

–¿Pero a pie, a pie, mi coronel? ¿A pie? ¡Si ya no los tengo! ¡Ni los siento siquiera! Están llagados... ¡Mírelos, pues, mi coronel!

Alfaro, por toda respuesta, se descalzó, y, despacio, volvió a ponerse las botas. ¡Oh, aquéllos ya no eran pies!, y nadie más volvió aquejarse. Ni un quejido para aliviar las heridas purulentas. Veintidós hombres es todo lo que resta de la montonera. El cielo no se ve; las ramazones exuberantes se trenzan arriba, como las inmensas melenas de un dios verde. Hay un encanto tenebroso por entre el calor que sale de los árboles, por entre la brujería de los silbidos de los reptiles, por entre las luces cloróticas de los cocuyos, por entre el amargo y agudo grito indescifrable. Homo a medio apagar, húmedo, pegajoso...

La comida era cazada entre la loca gritería de los monos y el agua, bebida de las pozas que dejó la lluvia.

Fue llegando poco a poco, momento a momento, hora tras hora jadeando; fue llegando un aire renovado, mientras el camino se iba rompiendo en luz. Menos manigua. El instinto les conducía a buscar los escalones de los Andes. Y así, el 17 de septiembre, luego de los últimos siete días de marcha por las gargantas heladas y los despeñaderos grises, arribaron a un pueblucho, cerca de Ibarra. No sabían –no podrían recordarlo jamás con detalles geográficos– cómo cruzaron la cordillera. Cerros abruptos, caminos fragosos, azotados por la lluvia y el granizo, a veces vertical el ascenso, a veces por dulces recodos, todo lo atravesaron como autómatas, turbados los senti-

dos y ganados por el coraje del caudillo. Los páramos de Piñán les hicieron temblar, solitarios frente a los cactus vestidos de cenizas.

Repuesto de fatigas, oculto entre los indios, noticiado del fracaso que sufrieran también los revolucionarios de Tulcán en Yurac–Cruz, con los cuales había mantenido esperanzas de unirse, un día atravesó el puente Chiles y penetró a territorio colombiano.

Así terminó la primera y auténtica aventura de Alfaro. Pero ya regresaría y entonces...

---

* Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 27

VI
En Guayaquil se puso el sol

Mientras Alfaro llegaba nuevamente derrotado a Panamá, Miguel Valverde, restablecido de sus dolencias, desoyendo consejos de amigos, tomó un disfraz de indio y creyó fácil embarcar así con rumbo al Perú, pero fue descubierto, y enviado a Guayaquil, incomunicado y cargado de cadenas. Veintemilla en persona le visitó cierta noche en su calabozo del cuartel del batallón "Yaguachi" y le cubrió de injurias.

–Lo que siento es –dijo, temblándole los labios– no haberle puesto grillos en la lengua. ¡Estúpidos! No me quisieron como amigo: ya verán qué clase de enemigo soy. ¡Me vengaré de Alfaro! ¡Me vengaré de usted! ¡Me vengaré de todos!

Luego, salió para volverse de la puerta y ordenar al centinela de vista:

–Si ese carajo te dirige la palabra, pásalo con tu bayoneta.

Seis días más tarde, a la madrugada, un oficial patibulario y el sargento herrero del cuartel, entraron a la prisión de Valverde, le quitaron los grillos y lo llevaron al patio. La tropa encontrábase formada. Un toque de atención hizo tender los nervios en cuerda. La voz de un coronel, ridículamente marcial, se alzó:

–De orden de su Excelencia, el Jefe Supremo de la República y Capitán General de sus ejércitos, para escarmiento de los montoneros de Alfaro, revoltosos y traidores, los prisioneros capturados en Esmeraldas van a ser castigados con la pena de ochocientos palos.

Sobre la cabeza del escritor, a horcajadas, un soldado le agobiaba. Otros cuatro, le maniataron manos y pies y le arrancaron los vestidos. Tambores y cometas rompieron el aire con los breves acordes militares. Alto el látigo, se curvaba sobre las espaldas, silbando. Un médico, gordo y abotagado por el alcohol, tomaba el pulso a Valverde, haciendo, con sus ojillos, señas de que aún podía soportar...

Tocó después el turno al capitán Mano Oña, prisionero en el combate de Esmeraldas. Satisfecha la venganza, ambos fueron arrojados en sus calabozos, a pudrir los huesos, como decían los sayanones del dictador.

Cuarenta semanas estarían sepultados.

***

¿Noticias de Quito? Aja... Había dinero reunido para vencer a Veintemilla. Poeta sin palabras y sin música, la pulcra ambición no le dejaba sitio a la trapacería tan común a los caudillos de la época Vivía sobre el dolor, como un navegante sobre mares conocidos. ¿Aventuras femeninas? ¡Bah! O no existían o eran tan misteriosas que nadie las señaló. La historia de sus daños juveniles, el hijo Rafael llevado al hogar. Y aquel siniestro día en que el muchacho, de penas de amor contrariado, reñido por la severidad paterna, desilusionado, de sensibilidad enfermiza. se había pegado un tiro en la cabeza. Alfaro guardó el secreto, avaro de dolor. Decían que era firme, valiente y tenaz como él. Sus lágrimas –¡mi hijo querido!– las regó en la penumbra, sollozante a veces y otras seco y duro como un árbol plantado por milagro en mitad del desierto.

La política era el refugio, la fuga para aquellas angustias reprimidas. Y el flagelamiento de Valverde y Oña le precipitaron a la acción sin resolverse a esperar los veinticinco mil pesos ofrecidos desde la tierra. Le visitó

Luis Vargas Torres, trájole dinero de su fortuna privada y frescas noticias de Guayaquil. A comprar armas y a iniciar operaciones sobre Esmeraldas...

Vargas Torres fue de avanzada. Más tarde, le siguió el armamento en buque de vela, al cuidado de Medardo Alfaro y otros liberales. Eloy esperaría aún el dinero de Quito. El 6 de enero de 1883 se rompieron hostilidades en Esmeraldas. El 20, Alfaro recibía de Vargas Torres el parte oficial del combate y de la ocupación de la plaza. Siete días después, partió, acompañado de varios camaradas. Allí donde tocaba su barco, se incorporaban luchadores, y encontró en el camino con Manuel Semblantes, portador de parte del dinero ofrecido de Quito.

Seguía rumbo a Esmeraldas, cuando le contaron lo que había ocurrido en la capital el 10 de enero.

***

Era, más que historia, un sabroso acontecer de leyenda. Apasionadamente atento a la figura de la bella Marietta, Alfaro escuchaba. Porque Marietta, aunque sin éxito esta vez, había defendido la dictadura de Papá Ignacio, cuando, también ausente en Guayaquil, asaltaba a mano armada, el Banco del Ecuador para sostener su boato y atender el pago del ejército. ¡A pelear, pues!, se dijo Marietta y peleó.

Al amanecer, cuando las tropas de la restauración, como se llamaban los conservadores, descendían por el Pichincha y el Panecillo, Marietta asumió el mando del ejército. Como un experto general veterano, organizó la defensa de la ciudad. Y luchó como el más joven teniente ansioso de cubrirse de gloria. Los soldados levantaban los fusiles a su paso, sonrientes y enamorados:

–¡Viva la generalita! ¡Es más valiente que nosotros! La generalita, en todas partes, hermosa, los cabellos al aire, sus menudos pies sin descanso, el pañolón caído

sobre los hombros de manzana, las manos nerviosas y delgadas, la voz llena de entonaciones tan viriles, convincentes y emotivas que sus soldados las escuchaban emocionados. Se sabía bella, coqueta y amaba la vida pero, por lo mismo, la derrochaba a cada segundo de peligro, llena como estaba de ella y sin temor de perderla. Los pasos entrabados en la larga falda negra, cuando vio la gravedad de la batalla, se dirigió hacia la batería de San Agustín a dirigir el fuego de los cañones. Allí entre sus brazos dulces y blancos, murió un oficial joven, acariciado, trémulo, mirándose en los ojos iluminados de la mujer increíble. Así murieron muchos extremando el valor, un poco dueños de ella, sueño saboreado oscuramente en las noches de vivac.

En la tregua que dio la lluvia, no descansó. Ordenaba a los jefes, indicaba las posiciones, reunía pertrechos, con terrible movilidad de diosa antigua. Conducía un cañón para la defensa de la angosta calle de San Francisco, auxiliada por la noche. Sin luces vivas en la ciudad, se marchó a buscar una compañía perdida.

–¡Van a matarla! ¡Van a tomarla prisionera! La compañía entera había caído en una celada, y hecha prisionera en el patio de una casa, al que dieron por el portal. De súbito, abrieron fuego sobre ella y los pocos oficiales que la acompañaban. Quisieron hacerla huir, pero la detuvo un herido quejumbroso... Marietta auxiliadora, se transformaba en un nuevo ser hecho de llamas, de incendios que la poseían con una gloriosa penetración nunca antes probada.

Y así, se multiplicaba, recuperaba dos cañones, desafiante, sin un paso atrás frente a la cortina de fuego, con altanera sonrisa... Ya no le decían la generalita. De entre las filas de los soldados tulcaneños, en cuya tierra hay una montaña llamada Mayasquer, surgió el bautizo: a ellos, los enemigos, en tono peyorativo, les decía los mayasqueros.

Desquite sordo, el grito subió entre el humo:

–¡Viva la mayasquera!

La bella y joven mayasquera se moría de cansancio, como una danzarina sobre la punta de los pies. A la siguiente madrugada, el Palacio de Gobierno fue entregado, tuvo que replegarse hasta el convento de los jesuitas y allí sobre un montón de cadáveres, quedó prisionera. Después, la prisión, el insulto, la venganza de tropas enfurecidas. Alguna vez la visitó un coronel borracho, espada al aire, ante ella, arrojada en un jergón tendido en el suelo. Preguntó, mascando las palabras, por la prisionera. No fue respondido. Insistió. Ella permanecía inmóvil.

–¡Levántese usted! Levántese, digo! Ni siquiera le dio la gracia de una mirada. La espada se levantó por tercera vez... Intervino un oficial. Desde la puerta, el coronel, desvanecida su cólera, tuvo un gesto, medio de derrota, medio de ironía:

–Heroína ecuatoriana, duerma usted tranquila. Ocho largos meses habría de estar en la prisión, antes de salir al destierro, sin trajes de brillo ni joyas sobre el cuello de impalpable almidón ni canto de pájaros en la voz apagada.

***

–¡Qué mujer! –exclamó Alfaro. Quedóse luego profundamente caviloso para decir, al cabo de unos minutos:

–Si en Quito han vencido a Marietta los restauradores, yo tengo que vencer al tío en Guayaquil.

...Empezaba febrero, cuando Alfaro puso pie en tierra esmeraldeña. Quinientos rifles más y cincuenta mil cápsulas fueron transportadas por el coronel Centeno desde un velero, a punta de canoa. Pinguapí y La Tola, otra vez. Alguno se perdió en avanzada, fugando hacia la playa en la Punta de Mate. El estero de Ostiones, Rioverde. Después, en Esmeraldas, recibía, al mando del comandante

Marín, otro buque cargado de pertrechos.

Lo primero, organizar gabinete. Era el jefe supremo. Los conservadores, vencedores en Quito, se aprestaban a marchar sobre Guayaquil. Alfaro, por aquella circunstancia, tenía ahora por aliados tácitos a sus enemigos de siempre. ¿Qué mejor que organizar un gobierno que respaldase los propósitos liberales? Ministro de lo Interior, de Relaciones Exteriores, de Hacienda Pública... Hizo lo más urgente para arrastrar consigo a los pueblos: suprimió el diezmo, dejándole subsistente sólo para el tabaco y el cacao, en virtud de la escasez de recursos para la campaña.

Conquistar, en nombre de la libertad, su tierra manabita, era un sueño largamente acariciado por Alfaro. Iría, a su camino, dictando providencia liberales, haciendo pequeñas –las posibles en un estado de guerra– reformas progresistas y ganando partidarios. Su hermano José Luis partió en descubierta con una columna. Dejó autoridades en Esmeraldas y en la mañana del 24 de febrero partió hasta el Esteren de Daule, donde desembarcó y siguió por tierra hasta Pedernales, marchando entre el fango. Nuevo embarque: Cabo Pasado, donde encuentra con Centeno y le ordena marchar sobre Bahía. Vargas Torres amagaría por mar. No hubo resistencia. ¡Pues a nombrar gobernador de Manabí y a conceder amnistía a todo aquel que depusiera las armas! La política le obsesionaba y la va practicando a medida que avanza, conquistando partidarios, ofreciendo empleos, perdonando, conciliando

* Eloy Alfaro, ob. cit., vol. III, Panamá, Tipografía de M.R. de la Torre e hijos, 1884.

opiniones divergentes en tan solo frente de regeneración nacional. Quiere ganar batalla como Bolívar, no sólo en lucha de armas sino también con la fuerza sutil de la política. Por eso, aunque negado de la virtud maravillosa de la palabra que poseía el Libertador utiliza, empero, el estilo de sus proclamas para afirmar su dominio de los hombres.

El enemigo había abierto operaciones sobre Rocafuerte. Y como no hubo ataque inmediato, despachó al coronel Centeno hacia Cahrapotó a provocar. José Luis a Manta y luego, envolviendo, a unirse con Centeno en Cahrapotó. Dejó una pequeña guarnición en Bahía y salió en persona a obligar al enemigo a batirse, pero ya se estaban retirando los veintemillistas de Rocafuerte. Todavía no había combatido y la fuerza de la opinión popular ponía en desorden a las fuerzas del gobierno. En una hacienda, el general Ampuero, con toda su tropa, se rindió, sin otra condición impuesta por Alfaro que la de la entrega total del armamento.

Portoviejo. Allí recibió una carta del general conservador Mariano Barona, que hallábase en Babahoyo. Proponíale una entrevista con el general José María Sarasti, que venía al mando del ejército interiorano de los restauradores. ¡Ah, y le mandaba el despacho de general de la República, otorgado por el gobierno provisional de Quito! ¿Someterlo así, para que reconociese jerarquía? Ladino, repuso en breves líneas: “...puesto que tenemos que vemos pronto con usted y con el señor General Sarasti, excusado es escribir, cuando la palabra nos ofrece generosamente su facilidad sin límite. Además, las atenciones

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, su Vida y su Obra, Quito, Talleres Gráficos de Educación, 1942, pág. 27.

del ejército y los afanes de la marcha, me obligan a ser lacónico... Mi ejército estará en marcha sobre Guayaquil; y espero de usted y del señor general Sarasti continuos postas señalándome el lugar de la entrevista antes del ataque. Avisaré a usted... que el ejército de Veintemilla en Manabí no pudo resistir la presencia de mi ejército acompañado con todos los pueblos de Manabí y Esmeraldas, y capituló sin otras condiciones que la generosidad liberal".* Nada dijo acerca del nombramiento de General, pero al llegar a Montecristi, donde estableció su cuartel, escribió una proclama: "En las actas populares, vuestra generosidad me ha discernido el grado de general; os lo agradezco de corazón. Tengo, ante todo, el deber de dar ejemplo de abnegación y desprendimiento, y lo hago con entusiasmo... Respetuosamente, pues, renuncio el nuevo título militar que me habéis dado". De la designación del gobierno de Quito, ni una palabra. Estaba por encima y se cubría días venideros, astuto calculador, don político que tenía. De todas suertes, seguirían llamándole general y con este trato entraría definitivamente en la historia.

Si en algunas actas populares se había proclamado un triunvirato, compuesto de Pedro Carbo, Sarasti y Alfaro, en todas se le investía del mando supremo hasta que los otros tomasen posesión. Pero él era el gobierno: el sortilegio del poder lo tomó y ya no le abandonaría jamás. Un empréstito forzoso le fue necesario para más armamento. Guayaquil estaba bien fortificada y guarnecida por soldados veteranos y numerosos, y Guayaquil tendría que ser suya.

---

* Carta a su hermano, Francisco Montalvo, en Páginas Desconocidas, ob. cit., págs 460-461.

** Roberto Andrade, Vida y Muerte de Eloy Alfaro, Nueva York, 1916, pág. 97.

Si él hubiera sido el único en alzar armas, el camino no le fuera interceptado, pero los conservadores también marchaban sobre Guayaquil y le proponían alianza. Debía aceptar, y después tomarles la delantera. Cierto día, recibió una carta personal del general Sarasti, miembro del gobierno plural del Quito, jefe en campaña, a quien llamaban liberal, a pesar de comandar fuerzas conservadoras. “Los esfuerzos patrióticos de usted me han llamado siempre la atención... Debemos obrar de consuno... Hoy marcho a Babahoyo con el objeto de resolver si abro o no operaciones sobre Guayaquil...”.**

Había que apurar, entonces, la organización del ejército y resolvió la ocupación de Daule, vecino a Guayaquil Una nueva carta de Sarasti en que le avisaba que volvía a interior, le decidió a llevar la guerra sin más demoras a le provincia del Guayas. La entrevista se postergaba indefinidamente, y no por su culpa. Con un norteamericano, di nombre Kelly, contrató mil rifles más y cien mil cápsulas dejó a Centeno para que organizara la gente armándola con los fusiles que llegarían pronto, y partió a Jipijapa donde puso en pie de guerra a dos divisiones y un regimiento de caballería para marchar sobre Daule.

Cuántas cosas supo allí. El general Barona habíase mostrado hostil contra él y contra el mismo Sarasti. El llamado Pentavirato de la Capital abrigaba intenciones absorbentes. Graves horas vacilantes le llegaron. Un enemigo al frente y otro a las espaldas, ambos poderosos, pero había que batir primero a Veintemilla y se puso a tratar de conseguir que los buques de la dictadura se pasasen a su lado. Uno solo, el Quito, consiguió, y con éste no era posible redimir a Guayaquil. Nueva carta de Sarasti le pedía no iniciar la campaña con sólo sus fuerzas. Siendo justas las razones militares invocadas, Alfaro cedió, mas reservándose la resolución de ofrecer al enemigo la oportunidad de una batalla. Pero Veintemilla no salió de las

defensas, y Alfaro hubo de satisfacerse con el prestigio moral de tener encerrado al dictador.

No le quedaba más que esperar a Sarasti. Acampó en Pascuales con mil quinientos hombres, casi todos jóvenes, rústicos sembradores campesinos o mozos apuestos de los salones, hombro a hombro. Él los revistaba, con su traje sencillo: pantalones de montar, americana azul, delgado lazo negro de pocos centavos, sombrero de toquilla y, por todo distintivo, un par de presillas en los hombros. La palabra siempre directa y con la expresión adecuada a los soldados montubios.

Allí tuvo, en Mapasingue, los cerros de la ciudad a la vista. A la derecha los pantanos de la tembladera, asegurado en tres colmas, la ribera del río Daule a la izquierda –por allí esperaba un ataque de la flotilla enemiga–, y frente a frente la gran sabana hasta el cerro Santa Ana, en cuyas faldas opuestas empieza Guayaquil.

Consejos militares, opiniones de lanzar el ataque sin demoras, cartas de Sarasti que le detienen y clandestina correspondencia de Guayaquil que le pide esperar Los cañones venían con el otro ejército y eran necesarios. Por sobre todo, la batalla política cobraba cada vez más aliento.

El 11 de mayo –tanto tiempo gastado– tuvo la entrevista con Sarasti en la hacienda San Antonio, Alfaro lo escuchó y a su turno dijo:

–Mis condiciones son estas: usted conserva el mando de su ejército y yo el del mío; determinaremos de acuerdo las operaciones militares; una vez tomado Guayaquil, deja-

---

* Isaac J. Barrera, Epistolario de Montalvo, Quito, 1927.
** Juan Montalvo, Carta a su hermano, ob. cit.

remos al pueblo en libertad para que resuelva lo que juzgue conveniente. Si decide adherir al Gobierno de Quito o al que yo presido, o si opta por un gobierno propio, tanto usted como yo acataremos y apoyaremos su decisión.*

Sarasti le había ofrecido la jefatura única del ejército, pero Alfaro, desconfiado, y cometiendo acaso un error, rehusó.

Había perdido la batalla.

***

Lentos preparativos. De concesión en concesión, le van venciendo con intrigas. ¿Va a venir el general Salazar? Impugna su presencia, pero le aseguran que ya no es el mismo de antes y no hay otro remedio. Y acepta. Lo acepta todo, menos el no ser el primero en ocupar las posiciones más peligrosas en el combate que a diario se planea y a diario se posterga. Ardía la pampa. En las mañanas, el sol hacía temblar el aire. Conferencias, falsos amagos del enemigo. El ejército restaurador ya estaba junto a él, aguerrido y numeroso. Alfaro se dedicó a evitar los rozamientos entre oficiales de ideas políticas tan opuestas. Jóvenes que llegaran con Sarasti iban, en las noches, a saludar a ese hombre de baja estatura que tenía lleno de ardor al pueblo. Y supo que el general Salazar habíalos amenazado con el fusilamiento si repetían los paseos. Después se arreglarían las cuentas...

Un nuevo plan de ataque tuvo que ser postergado por el anuncio de que el armamento contratado con el norteamericano Kelly estaba a punto de llegar. Trescientas bayonetas-sables cedió a Sarasti. Hacia el 30 de mayo, sostuvo un cañoneo con vapores enemigos. Seiscientos manabitas voluntarios engrosaron sus filas. Ya tenía más de dos mil hombres, bien armados. El 1 de junio se dio a los comandantes generales, entre los que se hallaba un hermano de Alfaro, la orden de marcha. Dos días

después, las posiciones convenientes fueron ocupadas. Sarasti permaneció en Mapasingue. Una nueva escaramuza en Puertolisa diole oportunidad de probar la calidad de sus defensas, entre el manglar milenario. Invitó a Sarasti a recorrer las líneas, hasta la cumbre del cerro del Carmen. Hallábase después descansando de la ascensión, cuando sonó un tiro, venido desde un centinela enemigo, y el fuego se generalizó.

–¡Cargar! ¡Sobre el puente y el camino del Corte! El mismo dirigió la puntería de un cañón. Pero en el cerro Piedrahita estaba Sarasti y de allí se callaron los fuegos. ¿Qué podía ser? Sarasti bajaba apresurado.

–¿Qué es esto, mi general?

–Aprovecho de la sorpresa –repuso Alfaro. Sarasti, airado, le censuró. Habían convenido esperar hasta la mañana siguiente.

–¿Qué es lo que desea, general Sarasti?

–Que ordene usted suspender los fuegos.

Las cornetas hirieron el campo de tristeza. Había podido triunfar, pero –¡malditos celos!– le robaban la ganancia que él quiso adelantar. Nuestros planes, nuevas esperas. Las ventajas iniciales se perdieron En esa misma noche, el enemigo destruyó el puente del estero Salado. Las murmuraciones flotaban de ejército a ejército. En Quito, el Pentavirato se aprovechó de la maniobra alfarista para publicar un boletín, que decía: "Quién podrá detener los pasos del Ejército, a quien impulsa el patriotismo y el favor del cielo?" ¡Bah!, el cielo está conmigo, se dijo mordiéndose de rabia. Ellos lo querían todo, ellos afirmaban o sugerían que la línea del Salado era cubierta por el ejército restaurador... Y entre el chisme y la discor-

---

*Eloy Alfaro, ob. cit., vol. III.

dia política, tuvo que atender a los enfermos, visitándoles y confortándoles.

La táctica del palomeo era lo único que rompía la monótona espera. Bautizo montubio, éste de cazarse y soltar un tiro de rato en rato. Cien muertos, mi general, de la pura fiebre y sólo en dos días. A la intemperie, con agua y víveres escasos, la impaciencia le estaba volviendo loco. Relevos de tropas, ofertas de reemplazo de los restauradores que no se cumplieron, excursiones en canoas por las aguas verdes del Salado, intrigas del Cura del Morro que detuvo las embarcaciones... Catorce chatas con aparejos de vela y muchas canoas que hizo embalsar. El 12 de junio, había terminado la faena. Con la marea de la tarde, principiaría el paso del Estero, la tercera división a vanguardia.

Ración de carne asada para dos días, y a partir, cuando los barcos enemigos le bloquearon la maniobra, ahora a la defensiva en Puertolisa, donde los de Veintemilla intentaron desembarcar. Pequeño el triunfo y desconsolador en el fondo.

¡Cuánta pausa para pelear! El carácter costeño, de suyo apurado y violento, no era para tales demoras, y ahora salían con la nueva de que el cuerpo consular ofrecía sus buenos oficios, con mediación de los comandantes de tres barcos de guerra –uno inglés, otro italiano y otro francés– para concertar la paz. Delegados, instrucciones, capitulación de la ciudad como base de todo arreglo. Naturalmente, el acuerdo no se hizo pero se perdió tiempo. Alfaro desconfiaba de los manejos ocultos del Pentavirato para pactar por su cuenta con Veintemilla, según le aseguraban, pero puso llave a su protesta. Y de repente, tuvo en sus manos un decreto del gobierno plural de Quito, expedido desde el 31 de mayo: "Se autoriza plenamente a los Excmos. señores General José María Sarasti, doctor José Ma. Plácido Caamaño y General Pedro Lizarzaburo,

para que, ocupada la ciudad de Guayaquil por las fuerzas restauradoras, arreglen el estado político del litoral, celebrando pactos y estipulaciones, o dictando las correspondientes órdenes y providencias gubernativas, todo en representación del gobierno provisional".

Así, el convenio entre Alfaro y Sarasti estaba roto. ¿Qué hizo Alfaro? Nada, porque nada podía hacer. La derrota política le amenazaba. Sólo la batalla le daría su oportunidad. Había que probarlo.

***

Ya lo tenían resuelto para la madrugada siguiente, a petición del general Salazar, pero a última hora adujo que no había terminado la construcción de una trinchera en el cerrito Pelado, donde colocaría su artillería. Alfaro se estremeció de rabia por la nueva demora, por ese ir y venir que ocasionaba murmuraciones en las tropas. Convocó a sus oficiales y les expuso la situación desnuda: quince días más y se lanzaría como fuera. Quinientas bajas se habían producido en las marchas y contramarchas. Y las tribulaciones no terminaron. Un posta de Jipijapa, le trajo la noticia de que Montecristi había sido tomada por los veintemillistas, pero antes de despachar tropas supo que los manabitas habían batido al enemigo, luego de heroico y prolongado combate. Los prisioneros, amigos de Alfaro, habían sido asesinados. Mandó entonces la caballería, al mando del coronel Moncayo, en persecución de los derrotados, con órdenes terribles mas la indignación pública se adelantó: el jefe militar y civil de la provincia hizo juzgar a los cabecillas de la masacre y cuatro fueron pasados por las armas. Entre ellos, cayó el comandante Francisco Sánchez, aquel que sirvió de enlace cuando el asesinato de García Moreno.

***

Pero amaneció el día de la batalla. El último dolor ya había pasado, cuando el pequeño combate del 6 de julio, día en que desembarcaron los enemigos en Puertolisa y coparon la escasa guarnición. Tuvo la convicción de que de Mapasingue habían avisado a Veintimilla el número y posición de sus fuerzas en aquel sitio, y así lo dijo a Sarasti con ruda franqueza.

Largos años de vida azarosa le aguzaron los sentidos. Le habían propuesto un plan, que aceptó. Alfaro expuso los detalles de su ataque, y lo miraron con extrañeza: maestro consumado en el arte de la guerra pareció. Dijéronle, entonces, que se quedara con ellos –Sarasti y Salazar– para lograr unidad en las órdenes. ¡Eso sí que no!

–No es necesario. Ya acordado el plan, hay que cumplirlo fielmente. Yo prefiero estar donde combatirán mis tropas para atender mejor a mis deberes.

A las nueve de la noche, montó a caballo. Algunos metros había corrido, cuando varios jóvenes del lado conservador, del Escuadrón Sagrado, le pidieron –entre ellos se contaba un hijo de Sarasti– pelear bajo sus órdenes. Emocionado, los aceptó y se puso alegre.

En una hamaca, dentro de la tienda, dormitaba esperando la señal: un cañonazo a la una de la mañana. Ya estaba en pie, casi simultáneamente con el estampido. El Vengadores de Piedrahita a la primera línea. El general Vera comandaba la vanguardia. La división de la derecha, con el coronel Franco, evolucionó de suerte que vino a situarse frente al extremo del Santa Ana y de la trinchera del manicomio. Atrás, con el Vengadores de Valverde, Alfaro se quedó.

No era aún el alba, cuando los fuegos empezaron. Alfaro volvió la cabeza: ejercitan la puntería por su espalda. Tres fueron los disparos traidores. Envió dos ayudantes a reconocer en las líneas conservadoras el origen del tiroteo y avanzó preocupado por la vanguardia. Dieron excusas

por el error. Pero ya la batalla estaba generalizada. Los primeros asaltantes cayeron. Trepaban el cerro, jadeantes, brincando sobre los cadáveres, los oídos tensos con las cometas vencedoras, enderezando las bayonetas a los vientres, despeñándose... ¡Arriba! ¡Siempre arriba!

Alfaro vio la batalla ganada. Liberales y conservadores se disputaban el sufragio de la bravura. Hizo llamar a Lizarzaburo:

–General, la línea enemiga está rota: lance usted sus fuerzas en esa dirección.

No perdía un detalle, gran gustador de la pelea, tensos los músculos, apretadas las mandíbulas, alborotada la sangre. Los jóvenes del Escuadrón Sagrado pasaron a la carrera aclamándole. Se arrebató, entonces, y olvidándose de que sólo le estaba reservado el papel de director de la guerra, se lanzó al galope con ellos. Experto jinete como era, no se detuvo al pie del cerro. Las malezas, ya ganada la mitad de la cumbre, le hicieron desmontar. Dio el caballo a un soldado y avanzó sobre sus cortas piernas anchas... Los clarines descubrían las cortinas de la pólvora cantando la victoria. Todo el campo de batalla estaba a sus pies. Encuentros al arma blanca, avance cauteloso, a rastras, incorporándose y volviéndose a echar, los fusiles humeantes y un quejido sordo, de empuje bronco, no turbado por la presencia de la muerte. Allá un cañón, acá los jinetes, alto el brazo, tendida la rienda... Por la ceja de un potrero, el ataque ganaba palmo a palmo terreno. La pequeña flotilla cumplía su deber.

–¡Avanzar por la línea del manicomio! Y como en la altura occidental, un cañón los barría, su voz se levantó, bronca y dura voz sobre el estruendo:

–¡A tomar ese cañón y flanquear el manicomio! una sola compañía del Vengadores de Valverde, al mando de Vargas Torres, lo tomó. Ahora, sobre las defensas enemigas, la lucha cuerpo a cuerpo se enardecía. Se echaban

adelante, afirmados en la pierna derecha, con una curva diabólica, felina y saltadora. La cortina de fuego envolvía el paisaje. Los soldados de Alfaro tenían ya puesto pie en la cumbre que protegía el avance. La retaguardia conservadora, a trote largo, avanzaba por media pampa, a reforzar el combate entre la Atarazana y la Pólvora. Y cayó la trinchera de manicomio y, por encima, dos banderas señalaron para que no siguieran disparando desde el cerro. ¿Victoria? Sí, pero todavía el temor de combatir en las calles le hizo reorganizar las filas. Primero, el ataque al Cementerio, a batir las guerrillas, y, al mismo tiempo, el Puente del Salado y Los Baños. Fáciles y rápidas maniobras ya, se ejecutaron con limpieza por hombres de ambos ejércitos, ahora unidos, hermanos ante la muerte y la esperanza. Alfaro abrazaba a los muchachos del Escuadrón Sagrado. Después, con violenta refriega, el cuartel de la Artillería fue rendido. Y se olvidó de las operaciones militares, corrió en busca del calabozo de Valverde temblando por su vida; por fortuna, no había tenido tiempo más que para asesinar a uno: el comandante Luscano. Valverde y Oña, salvados por la fuga precipitada de los de Veintemilla, tenían los grillos remachados. ¡Un herrero! ¡Afuera las cadenas! Los apretó en sus brazos, húmedos los ojos, cegado, cegado...

Los demás cuarteles fueron encontrados vacíos de hombres. Río abajo, Veintemilla escapaba. Tan sólo en la Pólvora hubo resistencia: cosa de minutos. Después, la Batería de las Cruces, al sur de la ciudad, con ligera refriega. Pero éstas no eran sus tareas: acompañó a Valverde

---

* Eloy Alfaro, La Revolución – Campaña de 1884, San Salvador, 1885, obra reproducida en "Obras Escogidas" de Alfaro, Ediciones Viento de Pueblo, Tomo I, 1959, pág. 159.

a su casa, y luego quiso perseguir a Veintemilla, pero no tuvo embarcación disponible.

El pueblo lo aclamaba, era cierto, pero la oportunidad se le había escapado. Lo seguían por las calles, cantando canciones de libertad. La voz de ¡Viva Alfaro! se levantó como un encantamiento. Pero había descuidado la retaguardia política, los aliados conversaban a voces ocultas y ocupaban los cuarteles abandonados mientras él se ocupaba de operaciones últimas de limpieza. Error inexcusable. Caía la tarde. Los esteros del norte reflejaban un cielo gris. Crujían al paso de los borrachos los tablones del romántico puente de Cangrejito. Los faroles echaron sobre el agua y las piedras las luces amarillas de velorio montubio. Estaba taciturno. Un viejo amigo le ofreció su casa. Andaba tímido, como un colegial cogido en falta. ¿Por qué le faltó la última decisión en el instante crítico? El mismo públicamente, habría de castigarse con palabras raras en boca de un caudillo político:

“Después de la victoria, me conduje como un recluta”.*

VII
La política de los sesudos

Lo había dicho, en su proclama de Panamá, antes de partir a la aventura, como un presentimiento:

> "Después del triunfo, la hidra de la anarquía se presentará reclamando el botín de las aspiraciones vulgares. Por mi parte, la designación de magistrado, conque me han honrado los habitantes... servirá de base para dar ejemplo de abnegación y patriotismo: llegado el momento oportuno, propondré resignar el mando en el territorio que se halle bajo mi jurisdicción en un ciudadano que, por sus preclaros antecedentes, merezca la confianza de la República..."*

¿Y ahora? Tarea cumplida, tarea perdida. Montalvo, desde París, escribía: "¿Conque se viene abajo el malhechor? Esperando estoy el telegrama que me anuncie su fuga de Guayaquil o su muerte a manos del pueblo... He aconsejado a Alfaro que si cae en sus manos esa facineroso no deshonre la noble bala en cuerpo inmundo; le he dicho que lo haga ahorcar... Sé que Quito se halla en poder de la revolución triunfante; ahora seguirá la disputa entre los dos partidos, si Guayaquil hace pronunciamiento liberal. En este caso, he suplicado a Alfaro haga lo posible por ajustar un convenio con el partido que domina el interior de la República: la decisión por las armas sería grave pecado de una y otra parte... De Alfaro no temo: su patriotismo, su ánimo generoso, su corazón de madre, le

impulsarán al fin más humano, como sea decoroso para su causa. De los conservadores temo. la insignia de ellos es García Moreno, y por falta de cordura perderán quizás una feliz ocasión de paz v concordia entre los ecuatorianos“.*

La unificación nacional era, como debía ser siempre, el pensamiento recto. Alfaro, a pesar de su natural ambición de poder, estaba listo a transar. ¿Podría sacrificar el partido liberal? Al anochecer de ese mismo 9 de julio en que había entrado triunfante a Guayaquil, llamó a su Ministro de Gobierno y, con su parecer, expidió una proclama:

> “¡Guayaquileños!... Vuestras autoridades las elegiréis vosotros, como las eligió Quito, y asimismo os adheriréis al gobierno del litoral o al interior; y si por ninguno de los dos os decidís, crearéis uno por separado, para que los tres convoquen a todos los pueblos a una Convención Nacional...”**

No entregaba todas sus armas. Sin cuarteles, quemaba sus últimos cartuchos al aguzar el sentimiento localista de la orgullosa ciudad porteña. Le acusarían de regionalista y ambicioso. Sonreía: el sentimiento de la ciudad había sido herido con certeza. El 10 de julio las calles fueron estrechas para contener al pueblo, a la juventud, a los estudiantes, alto el grito por Alfaro. Los conservadores, entonces, acordaron conferenciar, pidiéndole que asistiese solo.

–Formemos el Sextavirato con usted –le dijeron los tres delegados del gobierno de Quito–, Así no habrá más que un gobierno y la unidad nacional se sostendrá hasta que se reúna la Convención.

Proposición política tan absurda no era creíble. ¿Sería tan ingenuo de fortalecer un gobierno numeroso, por ello mismo incapaz de acción provechosa, poseyendo una

sola voz entre seis? Luego lo irían desplazando, hasta quitarle todo el resto de poder político y militar que le restase.

–Sólo tengo –respondió por mi parte que acatar las condiciones que acordamos en nuestra primera conferencia de San Antonio con el general Sarasti.

Le replicaron que el Pentavirato no aceptaba la existencia de dos gobiernos en el país. Era el ultimátum. Alfaro sonrió y permaneció terco.

–General Alfaro, póngase usted en mi lugar: ¿qué hago? –le dijo Sarasti, mesándose la espesa barba negra.

–Écheme usted abajo –secamente, le respondió Alfaro–. De mi parte no saldrá el primer tiro; pero en cambio, tenga usted la seguridad de que cumpliré con mi deber.

La conferencia había terminado. Aún existía entre Sarasti y Alfaro buena armonía personal. ¿No sería Sarasti una víctima de las maquinaciones de Quito?

Veinticuatro horas más tarde, quedaron definitivamente apartados. El inestable equilibrio político acabó por lanzarlos uno contra otro, siguiendo la ley de contraerse cada uno a sus fuerzas. Empero, el arreglo urgía y, así, se publicó un decreto, firmado por Sarasti, Alfaro, Caamaño y Lizarzaburo, en el que se convocaba al pueblo guayaquileño a votación directa y popular para nombrar gobierno que lo rigiese interinamente. Alfaro ganaba, pero le dejaban hacer con traviesas intenciones. El 15 de julio fue elegido Jefe Supremo de la Provincia don Pedro Carbo. Aparentemente, se satisfizo, porque tenía fe en las puras virtudes republicanas de Carbo. Montalvo, en cambio, iracundo, que había proclamado a Alfaro como el salvador ilustre del país, dejó correr la pluma: “A Eloy Alfaro le sobran las virtudes del soldado y del héroe, pero le faltan los defectos del hombre de Estado, del político. A nuestro don Pedro le propondremos al Pontífice Roma-

no para su canonización; pero, por Dios, no le molesten ustedes otra vez encargándole una revolución... Ese 'no conviene' de los sesudos será la perpetua ruina de los liberales... Alfaro me escribía, me comunicaba todo, pero en nada estaba de acuerdo conmigo: no se equivoquen ustedes. Un sesudo cualquiera le conviene mas que yo... Digo que Javier (Salazar) hizo nombrar a don Pedro Rancio Jefe Supremo, y que esto fue lo que todo lo echó a perder. Hallándome yo presente, no dudo que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no deseaban sino mi ausencia... No podía yo ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaba así... Alfaro se equivocó solamente cuando pensó que la guerra y la política son una misma cosa..."*

El resentimiento de Montalvo, por no haber sido llamado él para tomar la situación en sus manos, era evidente, pero acertó en sus juicios sobre Carbo, porque la clase social a que pertenecía, detrás de él y a su costa, hacía el juego al más fácil ganador. ¡Ah!, palabras amargas de Montalvo! No le consolaría ni cuando, poco después, pidió para Alfaro los sufragios de la Convención Nacional que habría de designar presidente de la República. Más que severo, injusto, porque Alfaro nunca puso obstáculos al regreso de don Juan o a la intervención en la política de su admirado amigo. Nunca Montalvo se había irritado con él, ni cuando viose obligado a postergar la publicación de los "Siete Tratados". Explicaba, cariñoso y cordial: "...Las campañas de Eloy han perjudicado a esta empresa

* Eloy Alfaro, La Revolución – Campaña de 1884, ob. cit., pág. 178.

literaria: lo que se hubo conseguido para ella, lo invirtió en su expedición anterior a Esmeraldas. Yo aplaudí este noble abuso: la libertad primero que la literatura. Después, empleándolo todo en la revolución, nada ha podido mandarme, y mi obra está cautiva“,**

Y era que tampoco podía olvidar la generosidad de Alfaro. Por eso, en cierta vez, regaló un piano a la hija de su amigo, Colombia. Mueble venerado habría de ser por muchos años. En tanto, los sueños se le derrumbaban en el corazón de quien ya era el “hombre ilustre que estaba haciendo temblar a los tiranos” según las palabras de Montalvo, sino un vencido, un mal jugador inexperto. Quiso reponerse acumulando elementos de guerra en un buque, el “Santa Lucía”, en el mismo que había huido Veintemilla y que hallábase libre en Paita. Un coronel Ullauri fue enviado a buscarlo, pero lo trajo a órdenes del general Salazar... ¿Todos, así, se burlaban de él? Salazar significaba dinero, influencias, poder. Alfaro, nada más que entusiasmo popular y un grupo de hombres jóvenes que tomaba el nombre de Partido Liberal, cuando en verdad éste no existía más que como aspiración. En no teniendo partido firme de estructura, la acción política era débil. Y los otros eran los tradicionales dueños del país, fuertes, organizados y ricos.

Las tribulaciones cayeron sobre él. Una atroz campaña de calumnias le asedió. Cartas anónimas o de firmas irresponsables aparecían en Quito, denunciando que Alfaro había tirado por la espalda a los conservadores durante la batalla. “La perfidia de la división de Alfaro”, eran palabras cotidianas. Se defendió, publicando cartas firmadas por altos jefes conservadores, mas la semilla de la difamación estaba sembrada. Naufragaba su espíritu en lucha sórdidas, y vino la fiebre amarilla y se le llevó a uno de sus más fíeles amigos: Manuel Semblantes, su ministro de gobierno, clara inteligencia, viejo luchador contra García More-

no. Allí lo miraba ahora, vencido por la fiebre, estriados los ojos por el amarillo verde del derrame, las entrañas perforadas por el morbo voraz e implacable. Semblantes no era militar, pero Alfaro dio a su cadáver el despacho de General de la República y le enterró con pompa.

"Devuelva don Eloy Alfaro el millón de pesos que se sustrajo de Manabí", rezaba un aviso permanente publicado en diario conservador, a grandes titulares negros. Había sido prolijo en su administración, publicaba su periódico oficial, en cuyos números aparecieron sus cuentas claras. Los conservadores no habían detallado, en cambio, los gastos de campaña, pero le acusaban de ladrón. El triunfo, primero, después la honra. ¿Debía, entonces, lanzarse a la revolución? Don Pedro Carbo le aconsejaba que no, hasta esperar los resultados de las elecciones de diputados para la próxima Convención. A más, el armamento que poseía era inferior al de los enemigos. Una matanza sin posibilidades ciertas, hubiera sido el resultado de su arrebato. Horas duras soportó en el Guayaquil romántico, peleador y caliente de los barrios populares, donde hervía la ciudad de soldados montubios, de tránsito vocinglero por los puentes de viejo guayacán, de mujeres bronceadas con altas caderas de guitarra, de zambos de mechón en la frente, borrachos, gritando ¡Viva Alfaro! en las cantinas de la Tahona, ante el río nutrido de canoas pintadas de mangos y naranjas o al filo de la sabana matonil y aventurera.

Ni un centavo de gastos secretos en los libros de la Comisaría de Guerra, publicados a diario. Esperó hasta que la Convención Nacional estuvo reunida, para enviar un mensaje, detallando nuevamente sus gastos y los dineros que había recibido de amigos para la campaña. Pudo hacer reclamos considerables y justos, arruinado por la libertad de la patria. "Nada, absolutamente nada he pedido ni pediré y al contrario, deseo que en el Ecuador el

patriotismo no se convierta nunca en motivo de lucro ni de vergonzosa granjería, como antes de ahora desgraciadamente ha sucedido". Palabras de un amargado, pero quemaban. Ordenó a sus ministros que presentaran sendas memorias al Congreso. Hízolo así Miguel Valverde, a quien llevara a su gabinete después de su libertad, pero se resistieron a darle lectura en la Asamblea, y ya nadie más quiso recibir el desaire.

"Publiquen los terroristas las cuentas del Pentavirato, bien detalladas como lo he hecho yo con las que me correspondieron".* diría más tarde desde Panamá, prosiguiendo su defensa, que nunca le vedó el anhelo constructor: había propuesto a la Asamblea la forma federalista de gobierno, que juzgaba conveniente a la geografía nacional y necesaria para hacer posible la unión. Los señores feudales del altiplano le atacaron, llamándole regionalista y disolvente. Era, acaso, un nuevo error político haber hablado de federalismo, pero así lo pensaba como buen liberal de la época, y no traicionaba su pensamiento, porque ya todo lo tenía perdido por el momento, y de nada le hubieran valido simulaciones tácticas.

Un día partió a Manabí con su ejército. Carbo permanecía aún en Guayaquil ejerciendo las funciones del gobierno. El pacifismo inocente de Carbo producía la derrota definitiva. Sólo un tónico llegó a sus heridas: la Cámara de Diputados de Colombia expidió un honroso Acuerdo:

> "La Cámara celebra la caída del dictador Veintemilla, vencido definitivamente y arrojado del territorio ecuatoriano por las fuerzas victoriosas del general Eloy Alfaro... La Cámara hace votos porque este hecho de armas sea fecundo en buenos resultados para la causa que representa el general Alfaro, a quien los Representantes de Colombia felicitan sinceramente".

En tanto, los discursos proclamaban la libertad de sufragio y una escolta de policía destruía en Quito la imprenta del periódico liberal “El Siglo”; la Junta Liberal, que sesionaba en casa de una señora respetable, fue atacada en la noche por garroteros, al grito de ¡mueran los masones! y ¡viva la religión!, y se perseguían a los liberales por todos los agujeros, como animales apestados. Sólo muy contados liberales ganaron asientos en la Convención: entre ellos Francisco Montalvo, hermano de don Juan, Marcos Alfaro, el coronel Vargas Torres, el coronel Graneo y algunos más. Poco después, José María Plácido Caamaño fue elegido Presidente interino. Hijo de un prestante ciudadano, de nombre azul, no gozaba de otros méritos personales que una humorística reputación de pícaro y el ser cuñado de los Flores.

Trece votos tuvo Alfaro. Se le felicitó por los servicios prestados y fue confirmado en el grado de General de la República, con diecinueve votos conservadores en contrario. De esta suerte, según los Flores, Alfaro, el montonero manabita, quedaba eliminado.

En querida tierra chola recibió la noticia. Ante los amigos exaltados, con las miradas limpias, habló despacio:

–La campaña no está terminada. Esto es sólo una tregua. Los liberales no debemos consentir... Por ahora, hay que esperar... Retomó a Guayaquil, después de haber licenciado su ejército, tomó un buque para Panamá y se hundió en los recuerdos.

***

Tenía a su Anita, tenía a la nueva hija que dejara apenas tomada en sus brazos. Y recordaba el embrujo de aquella vez, cuando, riendo, había dicho:

–¡Qué linda es mi hijita Esmeralda! Y doña Anita había exclamado:

–¡Ya me le puso ese nombre a la chica!

Siguió riendo él, renegando ella, pero el nombre de la tierra que por primera vez le había proclamado caudillo fue el de su hija. Y, ligada la memoria a esos pequeños aconteceres de su corazón, había pensado en Esmeraldas, la provincia heroica, porque, al partir de Manta derrotado, les dejó su palabra ardiente y cordial: "...De vuestras filas han surgido mártires esclarecidos, y desde las bocas del Mira hasta las márgenes del Guayas, vuestra sangre se ha ofrendado con abnegación... Habéis llevado a cabo una campaña asombrosa... ¡Soldados!... Estad seguros de que si las libertades peligran, estará siempre con vosotros vuestro compañero y amigo..."

Era la promesa del regreso.

Había partido con más deudas, necesarias para comprar su pasaje. Sólo llevaba consigo una pequeña maleta y una gran tristeza.

Por los salones conservadores, comenzó a correr un chiste cruel: si hablaban de Alfaro, le llamaban: el General de las Derrotas.

VIII
Jaramijó

Cuarenta y dos años, pobre, difamando, vencido, sólo doña Anita le devolvería lo robado: sus alegrías y sus esperanzas. Cierto que no había dinero, cierto que en Panamá la vida le resultaba dura, pero la casa es que vivían habíala heredado doña Anita y sus parientes próximos la ayudaban. Los hijos no carecían de pan ni de escuela. ¡Ah, si él quisiera dejar la política! En Panamá encontraría provechosa ocupación, y todo, de nuevo, marcharía como en los viejos tiempos de la abundancia... Lo insinuaba doña Anita, y él se retiraba a un rincón: hogar o patria, tenía que escoger. El ansia del desquite no le daba sosiego sino que le llevaba a la superficie razones irrevocables. ¿Cómo dejar abandonados a sus partidarios? Sin que doña Anita, hosca en tales momentos, se lo preguntase, él mismo se ponía a explicar y explicar, justificando ya su próxima salida de don Quijote de la libertad. ¡Que bien que ella lo sabía! Temerosa, se encolerizaba ligeramente y luego se abatía como una cansada gaviota sobre aquel mar tempestuoso. La belleza de doña Anita había ganado en serenidad impalpable y tangible al mismo tiempo, dándole fuerzas ocultas y, aunque vencidas, colaboradoras del destino. Mujer de poderosas intuiciones, sabía que su marido jamás rendiría su amor

* Eloy Alfaro, La Revolución – Campaña de 1884, ob. cit., pág. 191.

a la libertad por el amor de ella. Y allí sus celos encendidos. ¿Y qué? En veces, se resignaba mansamente; en otras, alzaba las miradas altaneras y sostenía su lucha. Su rival, por no ser de carne y hueso, la vencía. No otra cosa que empapar de frescura los recuerdos amargos era su rutina.

Amigos de Quito escribieron a Alfaro proponiéndole la revolución. Se negó. Acaso era la fatiga, acaso pensaba que no era llegado todavía el momento, pues el gobierno de Caamaño, designado ya por el período constitucional de cuatro años, acababa de iniciarse, y quería, antes que nada, cogerlo en falta. "Soy enemigo de la guerra, mientras no se agoten los recursos de la paz", afirma por entonces.

Pero muy pronto todo conspiraría para que se levantase en armas, sin pensarlo dos veces. La insistencia de sus partidarios y los desmanes de Caamaño le decidieron. ¿Por qué le habían elegido? Era un disfraz. Otro –Rafael Pérez Pareja– había tenido igual número de votos. Sortearon los nombres y Caamaño ganó la rifa, como quien se saca el premio gordo de la lotería. Poseía alguna fuerza? Sí, la del floreanismo, la de los Salazares, la de los terratenientes de la sierra y de la costa. Caamaño, él mismo, no era más que un comerciante afortunado ahora, que especulaba con el Estado, sirviéndose de parientes y amigos. "La Argolla" motejaron a su círculo, y así perduró bautizado. Afirmaban que los contrabandos de mercaderías del exterior le enriquecían y que si habían elevado las tasas aduaneras era para proteger mejor su ilícito comercio. Los liberales, los ex combatientes alfaristas, eran perseguidos, encarcelados, o echados del país al abrigo de cualquier acusación de sobremesa. A don Pedro Carbo le pagaron los servicios acusándole de haber malversado caudales públicos. ¡Don Pedro Carbo! Era inconcebible la audacia de "La Argolla". Don Pedro Carbo, el puritano, honesto y

excesivamente confiado... La indignación crecía y la rabia no hallaba otra salida que la de llamar a Alfaro, cuyas fugaces, pero serias obras eran anuladas, como la creación de los colegios Bolívar y Olmedo, en Jipijapa y Portoviejo. Ambos centros de educación, creados durante la campaña, constituían un orgullo para Alfaro. Nada de la obra del hereje, parecía ser el mandato. El diezmo, suprimido por él, fue restablecido con gran regocijo de frailes, mientras la prensa liberal era amordazada y sus redactores, como Emilio Estrada, editor de “El Federalista”, encerrados en prisión; o como Vela, de “El Combate”, tratado de sobornar. Caamaño, de un extremo a otro del país, pasó de boca en boca con el apodo de “Treintamillas”, sucesor corregido y aumentado de Veintemilla. Alfaro volvió a los años mozos.

***

“Como soldado de la República, mi deber era claro”.* Y se puso a escribir cartas a los comités revolucionarios de Quito y Guayaquil. Varios jefes le pedían acelerar la iniciación de hostilidades, pero no venía dinero. Otra vez, acudió a Vargas Torres, que le llevó a Panamá una gruesa suma, mayor que la ofrecida. Así pudo atender a los primeros gastos de movilización.

Un buque le era necesario. El general guatemalteco, Rufino Barrios, líder liberal de la unión centroamericana, y el Presidente Rafael Zaldívar de El Salvador, acordaron ayudar a Alfaro con veinticinco mil pesos: mitad por mitad. Zaldívar, en tránsito para Europa, llegó a Panamá y avisó a Alfaro que había descuidado de girar a cargo de Barrios, pero que dispusiese de su firma para levantar los fondos necesarios. Una carta de crédito a orden de Alfaro fue suficiente. La tomó en calidad de préstamo, no obstante el ofrecimiento incondicional. Hacia octubre de 1884, envió a Federico Proaño a Costa Rica, donde, siguiendo instruc-

ciones de Alfaro, compró el buque "Alajuela" por treinta y cinco mil pesos, entregando en pago la carta de crédito y un giro por diez mil pesos, librado por Alfaro a cargo de un viejo deudor mejorado de fortuna. Doble fraude, diría más tarde Antonio Flores. La deuda no se pagó, es cierto. Meses después, los dos presidentes amigos, se declararon la guerra. Barrios murió en una batalla, luchando por la unidad centroamericana. Zaldívar cayó del poder, se arruinó y no pudo cubrir su crédito. Los vendedores del buque perdieron y clamaron por su dinero inútilmente porque no había cómo pagarles.

Pero tenía el barco, y era todo lo que importaba. Vino el buque, fue apresado por unos revolucionarios colombianos, hubo que rescatarlo, por válidas influencias, aunque con la máquina estropeada. Así, no pudo salir en la fecha acordada. El "Alajuela" fue varado en Taboga. Día y noche se trabajaba, limpiando la quilla, reparando la máquina. Más aprisa, más aprisa... Un general colombiano le procuró artillería. Destruyó las maquinaciones del cónsul del Ecuador, ayudado por el secretario de la Gobernación de Panamá, hasta que el buque salió del varadero.

Trescientas toneladas de desplazamiento no eran muchas, pero sí el coraje. La hélice, eso sí, era nueva. Ordenó colocar sobre el tajamar una alfagía para reforzar la proa. Y a zarpar, al filo de la madrugada.

Hecho en secreto el embarque, sólo le acompañaron el coronel Vargas Torres, el comandante Castellá y el mayor Sepúlveda. La tripulación, a buena paga, ofreció ir hasta Tumaco. Navegaban al rayar la aurora, cuando se acercó una embarcación a toda marcha: era una lanchita que les traía el cañón y las culebrinas. Pocas horas más tarde, le daban alcance al comandante Andrés Marín, nombrado capitán del barco, y diez ecuatorianos más que lograran salir ocultamente del puerto. Y ahora se dijo, hay que organizar la gente. Se rió. Por algo había que empezar... Un

cañón de a 20 y dos culebrinas de sistema antiguo, montadas en cuerdas apropiadas para luchar en tierra, pero incómodas para un combate naval... Una ametralladora, una tan sólo... Con el aire solemne que asumía en los momentos necesarios, convocó a todos y les habló:

–Desde ahora, compañeros, nuestro buque se llama "Pichincha", en memoria de los héroes que nos dieron la independencia de España en la gloriosa batalla librada por el ínclito Sucre. Su espíritu nos acompañará a la victoria.

Luego, las palabras indispensables para distribuir las funciones. Jefe de Estado Mayor –Vargas Torres–, comandante, contramaestre, primer maquinista... ¡Cómo quería al gringo, a ese irlandés valiente, James Power, que manejaba la máquina con tanta confianza!

–¡Servicio de baterías! –gritó– Mayor Sepúlveda, el cañón de cubierta, con los tenientes Campaña y Santa Cruz y el subteniente Recalde. La ametralladora del castillo de proa, a su cuidado, comandante Castellá, con el capitán Flavio Alfaro y el soldado Santana. Capitanes Fierro y Leoro, a la culebrina de babor. La de estribor, al mayor Vergoechea, capitán Osejos y teniente Sarmiento...

Sólo restaba el capitán Garrido, su cometa de órdenes. Desde el rincón del entrepuente, partió una voz:

–¡Viva el general Alfaro!

***

La revolución había estallado en Manabí. El 15 de noviembre, al grito de Libertad o Muerte. Los liberales de Charapotó se pronunciaron y partieron a Montecristi, Medardo Alfaro fue nombrado jefe civil y militar accidental, y comandante general, el coronel Centeno. Portoviejo fue ocupada sin resistencia. Y en Esmeraldas, el cuartel asaltado. Dos provincias ya y tan rápidamente. Mas el gobierno había despachado tropas, artillería y ametralladoras.

Alfaro tenía instruido acosar al enemigo con guerrillas, evitando comprometer una batalla hasta su llegada. Mas el entusiasmo juvenil hizo lo que no aconsejó la prudencia. Los gobiernistas entraron a Montecristi. Apenas dieciséis voluntarios, desde una colina, hostilizaron a los de Caamaño hasta que les obligaron a replegarse, creyendo que se trataba de fuerzas superiores. Luego, al notar que no eran perseguidos, volvieron caras y saquearon la población. Pequeños combates, sin orden, sin plan, sin mando unificado, día tras día. Medardo Alfaro y Centeno rivalizaban por distinguirse en los tiroteos, Medardo, encendido de rabia, al ser el blanco de los tiros enemigos, habíase quitado el sombrero manabita, agitándolo en el aire y gritando a los contrarios, golpeándose el pecho:

–¡Aquí, maricones! ¡Este es el pecho de un hombre! Después, con el rostro crispado, se lanzó al ataque:

–¡Adentro, que me nada el cuero!

Pero así no se ganan batallas serias. El objetivo dispuesto por Alfaro no se había cumplido. Un día, corrió la noticia de que Alfaro había llegado a Bahía de Caráquez. Y la fe creció como los incendios en las montañas.

***

Tenía el propósito de eludir encuentros en el mar hasta dejar en tierra el armamento. Pero cierto amanecer, a la altura de Tumaco, divisó el humo de un vapor. Ordenó maniobrar para un reconocimiento. El “Santa Lucía”, a las diez de la mañana, se pudo ver claramente.

–Al norte, a toda máquina.

Fueron perseguidos. Con menos andar, pensó en el fuerte casco de su buque y resolvió embestir. Esperó el momento. La distancia entre ambos buques era ya sólo de quinientos metros. Llamó al comandante Marín y le dijo:

–¡Póngale la proa, comandante!

El “Santa Lucía”, advirtiendo la maniobra, presentó su costado de estribor, ¿Una andanada? ¡A barrer la cubierta enemiga con la ametralladora! Se cruzaron los fuegos casi simultáneamente. ¡Mar gruesa que movía el blanco!

–¡Otra embestida, comandante Marín!

El enemigo burlaba todas las maniobras con sus máquinas poderosas. Alto, muy alto el fuego, pasaba por encima de la arboladura del “Pichincha”. Marín era experto: guiñaba la embarcación de uno a otro lado, en tanto que la nave contraria se acercaba al puerto manteniéndola a distancia merced a su artillería. Así, le quitaba el refugio. Otra vez, a toda máquina. La voz ronca y el ademán de furia se levantaron entre el humo y el trajín del zafarrancho. Si le estaba negada la fuga, uno de los dos buques habría de destrozarse. Pero el reto no fue aceptado: despejó el camino y a todo andar pasó disparando su batería de babor. Dos horas de angustia habían transcurrido. Era una solución, y la mejor de todas. Ordenó disminuir la velocidad y se le ocurrió la broma de pitar largo rato, chuleando al enemigo.

El armamento estaba salvado. Sesenta y siete mil pesos oro era su precio. Y sólo ocho mil pudo pagar... su crédito en una casa comercial fue empeñado para garantía de la operación con la casa Remington.

Tomó descanso en Tumaco, pero le pidieron cortésmente que abandonara las aguas colombianas, y pocas horas más tarde tomaba altura. ¡Las bombas, mi comandante! No funcionan... El barco se está hundiendo. Algunas piezas dañadas con mala intención: soborno acaso. Pues a la costa, a reparar. Con todo, el 23 de noviembre dio puerto en Esmeraldas.

¡Oh!, se dijo he sido declarado pirata oficialmente, y se puso a reír. El y todos los tripulantes quedaban fuera de la ley. ¿Pero qué importaba aquello si Palanque se había pronunciado y Nicolás Infante era el jefe civil y militar, y

Vinces había sido tomada en vigoroso asalto? En el Carchi también las armas daban qué hacer en manos de un grupo de valientes. Apurarse, entonces. El 20 debió haber estado en Manabí, y aún paraba en Esmeraldas. Dejó al coronel Vargas Torres en Esmeraldas, organizando una división, e hizo destruir parte de la cámara para lograr espacio en popa y colocar su cañón de a 20. Al fin, estuvo en Bahía, en el fondeadero de La Poza, esperando la pleamar. La guerra en la provincia había sido desastrosa, y tomó providencia. Medardo y Centeno debían reconcentrarse en Charapotó. Dieciséis voluntarios, con sendas alforjas de cápsulas, fueron enviados a Centeno que no tenía parque ya Otro combate de Centeno tuvo más suerte, obligando al enemigo a refugiarse en el pueblo de Charapotó. ¿Y eso? Humo, llamas y estampidos... Inmensa hoguera trepó los aires. Fuego amarrado con las nubes, llevándose los hogares de inocentes campesinos. El jefe militar del gobierno, Reynaldo Flores, lo había ordenado: reducir a cenizas la población, si se opone, con un solo tiro, al desembarque de las tropas. ¡Al ataque!, gritó Centeno, fuera de sí. Y todos, el fusil en la derecha, partieron a la carrera y pelearon como buenos, contra hombres y llamas. Iluminados personajes de un infierno, se batieron calle a calle, a la vuelta de los estantes, entre las paredes deshechas, sobre el vientre de los carbonizados, tosiendo y jadeando, empapados en sudor, seca la garganta... Pueblito, querido pueblito perdido en la montaña... Casi todo era un montón de escombros, negros, pardos y malolientes.

Pálida era la sonrisa que velaba el rostro de Alfaro cuando se puso en marcha hacia Charapotó. Anochecía, y él llegaba frente a frente de los escombros. Movía la cabeza entristecida y escuchaba los lamentos. Le pedían venganza, con esas largas miradas de los náufragos. No dijo nada más que palabras de consuelo, frágiles pala-

bras que se enredaban entre las cenizas esparcidas con el viento. Vino Medardo y habló a solas con él. ¿Qué se dijeron? Hicieron el recuerdo de las tropas: doscientos sesenta hombres. ¿Qué es lo que has hecho Medardo? Sí, él también se había demorado, pero no se cumplieron sus órdenes. Ahora, silencio y a trabajar para rehacerse. Jefe de Estado mayor, el coronel Dueñas. Una columna volante a caballo, o–tra más con los voluntarios de Centeno, escolta para la ametralladora... Tres ayudantes de campo para él, señor general. Y también secretario privado, el doctor Adolfo Pinillos.

Seiscientos cincuenta enemigos le esperaban atrincherados en Portoviejo. Seis leguas de camino para sorprenderlos. Ocupó Picoasá. La avanzada del camino del Negrital le había sido sorprendida. Pero no había que mostrar la quilla, se dijo, y mandó orgulloso y hábil intimación:

> "Deseoso de economizar el derramamiento de sangre ecuatoriana, voy llevando con lentitud las operaciones de la guerra, y llevándola conforme a las leyes de la humanidad y la civilización. Por tanto, intimo a ustedes la inmediata rendición de esa plaza, ofreciendo garantías a todos los empleados civiles y militares... y pasaportes a todos los que quieran salir de la provincia. Si no se admite esta intimación, exijo que sean colocados fuera de peligro los ciudadanos que están ahí como presos políticos... Aun durante el combate, usaré de clemencia y generosidad, y, por tanto, no fijo plazo para la rendición de la plaza para que cada cual opere como lo tenga por conveniente".*

Le respondieron que se sometiese al gobierno. En tanto, había ganando veinticuatro horas preciosas reconociendo el terreno, A las diez de la noche, formación para la marcha. Una patrulla a distraer al enemigo, desde una

altura, y él, con el grueso de las tropas, en avance por el otro lado. Con tal estratagema, se puso muy cerca del pueblo. Al frente, una línea de potreros, por la que envió dos patrullas a flanquear la avanzada enemiga. Luego, dispuso el orden del combate. A la vanguardia el batallón Pichincha, con los coroneles Medardo Alfaro y Sabando. De frente, por el camino real, el escuadrón de jóvenes rifleros, al mando de Centeno, a hacer diversión sobre el enemigo. Él, con lo principal de las fuerzas, partió seguido por el Esmeraldas. En terreno limpio de hierbas, entre el cementerio y la primera línea de edificios, se detuvo a observar la pelea. ¡Qué bien ataca atacaba el Pichincha! La columna Rocafuerte, desde elevada posición, lo reforzaba. Ya se apagaban los fuegos de una trinchera enemiga hacia el centro de la plaza. Y ahora, ocupaba la entrada de la ciudad. Casa por casa, pequeños avances, calculados, cruzando fuegos y maldiciones...

–Mi general, su hermano ha sido herido de gravedad. No se inmutó. Marchó rápidamente a la línea que mandaba el coronel Alfaro y dio la dirección por la que el coronel Sabando debía avanzar. ¿También herido el mayor Sepúlveda? Buen amigo chileno que era. El entusiasmo embriagaba a las tropas, que desafiaban el cañoneo.

–A tocar diana. Estamos venciendo.

Había prendido su cigarro y lo chupaba con satisfacción, cuando le informaron que por el otro lado las fuerzas de Centeno eran arrolladas. Arrojó el cigarro, ajustó los puños y se lanzó para hacer reforzar aquel línea.

–General, me mataron el caballo –díjole su ayudante Solórzano.

–¡Búscate otro y no me molestes!

Ya montado, Solórzano, cortado el aliento, volvió:

–¡Mi general! ¡Mi general! Nuestras fuerzas se desbandan por el centro y están ganando la orilla del monte.

–¿Qué cosa? ¡Maldita sea!

A galope, suelta la rienda, las espuelas reventando sangre. Llegó cuando aquel sitio estaba abandonado: sólo el capitán Andrade, sin ayuda, dejaba la ametralladora en el terreno y el ayudante, capitán Palacios, yacía herido, arrastrándose. Volvió las miradas: el ala izquierda se había doblado en peligroso seno y retrocedía en desorden hacia el cerro.

–¡Esto se pone serio, Solórzano! ¡Al cementerio! Su secretario Pinillos se batía a la cabeza de un puñado de valientes, allí entre las tumbas.

–¡Retírese! ¡Retírese al camino de Rocafuerte! Apenas había empezado a cumplir la orden, cuando dio una vuelta medio en el aire, llevándose las manos al pecho. Le quedaron fuerzas para entregar a un camarada su revólver, su reloj y una carabina. De entre los matorrales, apareció el cometa de órdenes capitán Garrido.

–Toque reunión. Hay que reorganizamos. Levantó con ambas manos la cometa, pero apenas si pudo juntarla a los labios. Inclinó la cabeza, batiéndolo el pecho de fatiga, la voz cortada por la carrera que había hecho:

–No puedo, mi general... No puedo... Un momento...

Alfaro se cuajó de amargas sonrisas. Nada más doloroso que dictar disposiciones para salvar una retirada. Su voz, entonces, adquirió un tono de queja apagada, vacilante como de temblor pequeño o de lejano río subterráneo.

Pudo, con todo, salvar buena parte del parque, a lomo de mulas, pues no lo habían descargado totalmente. Hacia la tarde, entró a Charapotó, envuelto en silencios.

No acababa de explicarse tamaño desastre. Prácticamente, el enemigo estuvo derrotado. ¿Por qué la súbita huida despavorida? Recogió noticias: la falsa voz de que el coronel Centeno había sido aniquilado, luego, aquel soldado que, echado en media calle, disparando como ante los conejos del tiro al blanco, recibió un balazo en el capote, por la espalda. Desde una casa le habían apunta-

Segunda parte
Ganador del destino

I
La voz de la tierra

Por aquella época, el Ecuador no era, como ahora se dice, en tono que vela faltas, un país pequeño. Cierto que sus tres vecinos –Colombia, al norte, dando cara a ambos océanos y avanzando el brazo de Panamá hacia Centro América; el inmenso Brasil al Este; y al sur, el Perú, cubriéndole buena parte de la frente a Bolivia– eran mucho más grandes. Pero en las escuelas se enseñaba a los niños que el territorio patrio comprendía más kilómetros que Francia, que los héroes ecuatorianos –salvados Bolívar y Sucre– no tenían par en América, y que la batalla de Tarqui, ganada por Sucre en los lejanos días de la Gran Colombia, en la cual se había derrotado al Perú, pertenecía a la categoría de las epopeyas casi míticas.

Rivalidades, siempre las había habido, pero las principales eran sostenidas entre los orgullosos costeños y los herméticos y seguros serranos. Hombre más alegre –aunque siempre sumergido en la común tristeza del hombre americano–, el costeño se ingeniaba maneras para recibir y entender la marcha del mundo. Montubios y cholos, los primeros con algo de sangre negra, los segundos con india sangre marinera en las venas, no trepidaban en alzar miradas retadoras, así de ágil tenían el alma, no obstante la presencia dominadora del patrón. Eran valientes, pero díscolos. Activos, pero sensuales. Sabían conmoverse con ardor, pero carecían del sentido de organización y desconocían en absoluto el ahorro. La geografía caliente de la manigua había trabajado su talladura espiritual de

tal suerte, que el montubio era como ella de aturdido, brillante y pendenciero. El cholo, en cambio, tenía del mar la conformidad con el destino, y del viento de la pampa, el austero silencio de sus ojos burlones.

De este material humano había surgido la alfarada, la invadida de amor por una nacionalidad quebradiza, vacilante. Con esos hombres, Guayaquil construyó el gesto del 6 de marzo de 1845. Ahora se sumaban dos fuerzas poderosas: la juventud, educada en los principios del librepensamiento –muy pocos nombres aristócratas–; y la burguesía mercantil que, en Guayaquil, sobre todo, vislumbraba el provecho de una transformación política y económica. El movimiento, que venía gestándose subterránea y seguramente, contaba con la fuerza de las organizaciones masónicas, encandiladas por románticas, pero positivas, actitudes de la historia europea. Así se explicaba que, a pesar de las contradicciones profundas de las dos geografías principales del país, algunos hombres de la sierra, enamorados del progreso, estuvieran poseídos del anhelo regenerador. En el fondo, no era más ni menos que la inquietud por crear la nacionalidad, nunca en realidad comenzada con firmeza, a pesar de la estructura política del Estado.

Al pie de los Andes, el pensamiento político no tenía la expresión bullanguera y clara que en la costa. Allí el señor feudal, allí el cura, allí la burocracia gobernante. Un gran prelado –y gran ecuatoriano, al mismo tiempo–, Federico González Suárez, dejó estas terribles palabras: "En el Ecuador, los frailes son los dueños absolutos de la sociedad, y en manos de ellos está la vida o la muerte

* Federico González Suárez, Memorias Intimas, Quito, Edit. Gutenberg, 1931, pág.41.

del pueblo ecuatoriano".* Era la religión el más eficaz instrumento para mantener al indio esclavizado. ¿Para qué escuelas? ¿Para que todas las monsergas del credo liberal, si la tierra estaba trabajada por los indios y no costaba nada, las cosechas eran abundantes, los salones sociales bien provistos y las familias decentes vivían en paz? Buenas acciones, oraciones compungidas y nada más para la salvación del alma, que era lo único importante. Dale del consejo divino, y lejos de las palabras incitadoras a curiosidades pecaminosas. Tránsito no más era la vida: plena concepción medioeval, clavada en un clima propicio: gris, dulce y frío, erizado de montañas y profundo de valles verdes y tristes. Las campanas daban normas al alma: hora del rezo, hora de la misa, hora del difunto, hora del descanso. El señor cura intercedía: limosnas para ganar indulgencias, inversiones para cobrar en el cielo, y mucho fervor en la fe. El sexo era cosa perversa, y por eso andaban con las manos apretadas y las miradas sesgadas. Golpes de pecho después, y acaso las deudas se pagaban.

Mientras el terrateniente guayaquileño gastaba las rentas del cacao en el París frívolo, la dirección de los negocios públicos permanecía inalterable en las manos de los criollos del altiplano, sucesos del conquistador español en el disfrute y en el ocio. Guayaquil intervenía, claro está, y se le escuchaba: era la fuente del oro con su comercio exterior. Pero se la temía y se la toleraba hasta cierto punto. Sólo que nadie reparó en que la clase media despertaba y quería el poder. Y junto a ella, el pueblo intuía que se hallaba próximo a la verdad ecuatoriana. Daba, entonces, su sangre sin tacañerías.

***

Eloy Alfaro no es un estadista, decían. No se ha recibido en ninguna Universidad, agregaban en los círculos llamados progresistas. Tampoco ha vivido en París y no

está relacionado con la gente bien, murmuraban en las comidillas de los salones. ¿Cómo se atrevía a pretender la Presidencia de la República? ¡Eso sólo le faltaba al país! Pero el pueblo no pensaba del mismo modo. Lo amaban, y eso era bastante. Cierto que no se había distinguido aún como estadista y no abrigaba fama de poseer sólida cultura. Acaso, por eso mismo, llevaba, dentro de si, como ningún otro, virgen de postizas influencias, la pasión de la tierra, por su pobre tierra abandonada, sin cultura, sin historia y sin claro destino. Sus mejores tenientes los encontró en los campos, en los caminos atezados de sol, en las calles suburbanas, en los rudimentarios talleres de obreros, durante el fragor de una batalla o al paso clandestino de una fuga por la montaña inhóspita. Y lo que nadie sabía, lo que, por su placer acaso, escondía, era que aprendía en cada rato libre de pelea, fijos los ojos en las páginas de la historia o de la filosofía, llenándose de fe, de equipaje espiritual, de humana ciencia perdurable. Luego, soldados, campesinos que mandar, corazón de la montaña, sorda vida de la tierra mestiza.

Sabía que por esos lados se encontraba el Ecuador.

***

Don Plácido Caamaño no alcanzó la tranquilidad ansiada en su gestión de gobierno. Ni su poder era bastante para lograr un frente nacional ni la crisis política que surgiera a causa de las montoneras liberales podía salvarse a sangre y fuego. El Ecuador de entonces vivía como en sueños: desarticulado e incoherente. En lo alto, se mantenían los privilegios. Abajo, el sordo rumor del descontento integraba el alimento espiritual de los jóvenes. Y una fuerza oculta golpeaba a diario en la fortaleza aparentemente inamovible de la legalidad conservadora.

Eloy Alfaro era un hombre que venía luchando por más de dos decenas de años. Su fácil nombre sonoro circula-

ba en boca del pueblo. ¿Se quería realmente un cambio en la vida ecuatoriana? Sólo Alfaro era capaz de conseguirlo. Era idea ésta que adquiría cuerpo físico cuando se pensaba en ese hombre de pequeña estatura, barba en punta, sencillo y sin literatura, y, sobre todo, bravo hasta la temeridad. La batalla naval de Jaramijó le consagró como el héroe nacional por excelencia. Ser alfarista equivalía a ser valiente, a ser algo que desafiaba lo establecido, a ser una especie de iniciador, de poseedor de algún secreto de felicidad común. Y todo el mundo –el mundo de los jóvenes de clase media y de los hombres descalzos de los arrabales– quería ser valiente, desafiante y dueño de aquel secreto. La psicología de inconformidad que caracteriza al pueblo ecuatoriano no encontraba mejor expresión que cuando, en cualquier momento de expansión o de embriaguez, a la luz de un débil farol parpadeante, en la desembocadura de una callejuela o durante la celebración de un velorio campesino, el brío y la altanería se compendiaban en este grito:

–¡Viva Alfaro, carajo!

¡Santo Dios!, decían las matronas. ¡Qué barbaridad!, los señores. Criminal, anarquista, ha corrompido al pueblo. Y muchos decían esto de Alfaro creyéndolo sinceramente. Venían a veces polizontes y se armaba un lío. El zambo, con el mechón en la frente, guiñado el sombrero de mocora, forcejeaba, lleno de rabia, y repetía a cada golpe que daba o recibía:

–¡Viva Alfaro, pésele a la cobarde envidia! Tantas veces había regresado después de sus derrotas, que lo

---

* Decreto del General Reinaldo Flores, Comandante de las Fuerzas del Litoral, 23 de diciembre de 1884.

esperaban siempre. Ya vendría, y cobrarían deudas. La fe crecía y alguna vez llegaría a arrebatarlo todo. Allí se cogerían de los frutos en sazón. Allí vendría el viento bueno y borraría los días de cárcel y garrote, que nunca fueran diques para la violencia de aquellas aguas profundas, porque un inmenso aliento de libertad había tocado a los hombres en el alma, y esa alma, que andaba saliéndose de los ojos del pueblo mestizo e insolente, era la misma voz de la tierra.

***

Alfaro estaba lejos y le era muy difícil reorganizar una revuelta, poner orden a la agitación. El gobierno había cerrado el comercio marítimo y terrestre de las provincias de Manabí y Esmeraldas. El estado de sitio ahogaba la vida de esas tierras. Los bienes de los partidarios de Alfaro fueron confiscados. El terror había tomado del cuello las provincias del litoral y amenazábalas de muerte "hasta que se presenten a la obediencia los cabecillas, cómplices y auxiliadores del movimiento pirático del 15 de noviembre y subsiguientes...".* El general Sarasti era ahora Ministro de Guerra de don Plácido y ordenaba al jefe de operaciones en las provincias del litoral, Reynaldo Flores –¿quién mandaba a quién?, se preguntaba la gente con ironía– "tomar medidas enérgicas y eficaces para sacar de los recursos de los revolucionarios todo lo que haya menester para el sostenimiento del ejército... ya exigiéndoles en especies, con víveres, caballería, etc., ya en dinero para atender a las necesidades de la tropa...".* Saqueo organizado, que es contribuciones de guerra. Después

* Comunicación del General José María Sarasti, Ministro de Guerra, al General Reinaldo Flores, diciembre 20 de 1884.

de la muerte, el despojo. Sólo un diputado al congreso, el doctor David Rivera, protestó por los asesinatos y acusó de ellos al Vicepresidente y al general Sarasti. El primero había estado encargado del mando y gravitaba sobre él la responsabilidad legal. Su voz naufragó en el hostil silencio de los esbirros. Pero había un tónico para los oprimidos: el nombre de Alfaro. Confiaban y esperaban, en tanto que "la argolla" destruía toda posibilidad de nuevas rebeliones.

Demasiado cerca vivía el caudillo. De Panamá habían partido todas sus expediciones. Amigos poderosos, liberales de otras naciones, le auxiliaban. Era allí el cuartel general de la revolución. Cierto día –pronto circuló la noticia en el Ecuador– intentaron asesinarlo. Momentos antes del almuerzo, en nombre de una familia amiga, le llevaron el obsequio de una bandeja de dulces. Por suerte, doña Anita no permitió que los niños la tocasen antes del almuerzo y, en tanto, mandó a devolver la bandeja vacía a los amigos. Él estaba en su despacho, cuando doña Anita entró, sobresaltada:

–Eloy, no nos han mandado nada... ¿No será que?

–¿En qué estás pensando? ¡Tonterías!

–Eloy, ese cónsul es un perverso... Me convenceré. Dio los dulces a un perro, el animal entró en convulsiones y murió.

Doña Anita alzó los brazos al cielo.

–¡Mis hijos! ¡Qué horror, Dios mío!

Alfaro repetía que no podía creerlo. Después, ante la insistencia de doña Anita para hacer investigaciones policiales, respondió:

–Nada de eso. De este asunto no debe hablarse más. Se hará un escándalo que perjudicará a la nación y nada obtendremos... Y que los niños no se den cuenta...

Ella sí averiguó, temerosa y encendida de celos por sus hijos. Un matrimonio de campesinos ecuatorianos, sirvientes del cónsul, tenía que ver con el asunto. Y más

tarde sus temores se confirmaron: un daño en la planta eléctrica les privó de hielo y mandaron a buscarlo. El hielo resultó envenenado y la pareja de domésticos volvió a aparecer.

Doña Anita desesperaba. He aquí los resultados de la política decía y se quedaba mirando a su Eloy. ¡Cómo pudiera cambiarlo!

Quería paz. Lo matarían, sí, lo asesinarían... La tercera tentativa la sacó de juicio. Se lo fueron a contar.

–¿Por qué no me has dicho nada, Eloy?

Él encogió los hombros. Era verdad. Al cruzar una calle, desde un coche, ya caída la tarde, le hicieron varios tiros de revólver. Se agruparon los curiosos. Alfaro no dijo una palabra. Siguió caminando, con leves movimientos de cabeza, con aquel gesto habitual a sus preocupaciones. Jamás lo habían herido en combate. ¿Lo iban a matar, así por sorpresa, en una encrucijada cualquiera? Las autoridades de la ciudad se enteraron. La vigilancia policial le cuidó. Nunca más se supo nada.

En la tierra, estos hechos levantaban su figura de héroe popular. Una rabia sorda se iba apoderando del pueblo, porque querían arrebatarle por todo medio su caudillo, y eso era como arrancarle el propio corazón.

***

La vida y la honra, ambas cosas para destruir. Le imputaron como crimen sus gestiones para reunir nuevamente el Ecuador en la Gran Colombia. Sueño de Alfaro, miraba a la distancia, visionario del futuro continental de América. Boliviano de corazón, comprendía que la única posibilidad de grandeza que tenían los pueblos americanos era el cumplimiento de los ideales del Libertador. Alfaro, austero, simple, no era menos idealista y su espíritu, amargado por las derrotas, se sostenía con los sueños. Quisieron –tontos– hacerle daño y reprodujeron una carta

que cierto cabecilla conservador de Colombia dirigiera en 1883 a Víctor Proaño: "Se propone usted persuadirme de que, como miembro del partido conservador de mi patria y como periodista, debo apoyar la causa que usted defiende en el Ecuador, la que encabeza el señor general don Eloy Alfaro, y trabajar, además, por la reorganización de la antigua nacionalidad colombiana bajo la forma federal... Indudablemente, el Ecuador, no saldría favorecido con la unión a Venezuela y Colombia; pero tampoco éstas sacarían provecho de ella; las tres saldrán perdiendo. De propósito, me abstengo de entrar en consideraciones económicas para demostrar cuánto se aumentarían los gastos públicos y. por supuesto, las contribuciones que pesarían sobre los pueblos con la creación de un nuevo gobierno federal... Básteme decir que el asunto está estudiando y decidido cincuenta años hace, a solicitud e instancias del partido liberal, por las autoridades que ustedes consideran competentes en la materia: la prensa independiente, los caudillos populares y los gobiernos constitucionales. Aquel partido, encabezado por el general Santander, fue quien decididamente trabajó por disolver la Colombia de Bolívar... Aquello de unir las tres Repúblicas en la antigua Colombia para hacer frente a los Estados Unidos de Norteamérica, me parece delirio del patriotismo y fruto de un concepto exagerado de nuestro poder y valimiento... Detengámonos ya, y renunciemos al prurito de intentar renovaciones siempre peligrosas, contrariando las tradiciones históricas, la opinión de las mayorías, las costumbres y los sentimientos populares..."

¿Acaso Alfaro no había meditado profundamente en el peligro que significaba para el Ecuador su débil estructura nacional, frente a un país más grande y de mayor vigor interno, como el Perú? ¿No habría sido otro el destino de la América India de haberse colmado el ideal de Bolívar, el mayor visionario de su época? La obra libertadora cru-

jía en sus cimientos, ¿y no era esa la manera adecuada de restablecer el equilibrio histórico, a punto de romperse a causa de la ceguera conque se había procedido ante las relaciones económicas de esta parte del Pacífico? La Gran Colombia era el primer paso del sueño de Bolívar, nada más. La estructura de un gran estado indo–americano –alto pensamiento del Libertador– equilibraría sus posibilidades con el crecimiento de los Estados Unidos del Norte. Antes de que fuera demasiado tarde: sí, había prisa, había que adelantarse y a la formación nacional cerrada de los países pequeños y despoblados de la América del Sur y del Centro. Nadie le entendía, es decir, no le entendían los trepadores, los amos provincianos elevados a jefes de Estado. Delirios, nimiedades, pretensiones absurdas... Así calificaban los afanes de Alfaro. Así se rieron y burlaron de los afanes de Bolívar. Para debilitar aún más el salvador pensamiento de Alfaro, se adulteraron sus planes con los pequeños y ambiciosos de una invasión de tropas colombianas para ayudarle a alcanzar el poder. ¡Ah, traidor! Se lo podrían decir, torciendo la derecha maravilla de su pasión. Verdad que en 1883 había existido un pacto secreto entre liberales colombianos y ecuatorianos, pero entonces los ideales eran comunes y con una común ideología era como se podría llegar a la restauración de la Gran Colombia. No se había perdido aún, a pesar de los intereses que jugaban con certera habilidad, especialmente de grandes países en crecimiento, el sentido de la solidaridad americana. Si era muy fácil: colonias agrícolas, nada de industria; materias primas, y la economía detenida. Así convenía a los grandes capitalistas, a los imperialistas industriales de Norteamérica. Sirvientes de causa ajena, lo denunciaron con sórdida venganza: el presidente provisorio del Estado del Cauca había firmado ese pacto de ayuda mutua con el hermano de Eloy, José Luis Alfaro, delegado del Comité Liberal ecuatoriano. La

argumentación oficial de “la argolla” insinuaba la intención traidora allí donde la ambición era más alta y más blanca, preguntando por los poderes de ese Comité, por las credenciales, por la razón legalista...

Otras razones de puro sentimiento guiaban a Alfaro. Colombia era su segunda patria y en ella también se luchaba por los mismos ideales que las fuerzas retardatarias de ambos países calificaban de disolventes. Alfaro amaba a Colombia por ser hija de Bolívar, por haber vivido en ella los destierros, por ser tierra de América, por haber encontrado allí la paz de doña Anita y porque allí nacieron sus hijos. Sus dolores eran suyos. Su sangre conducía las mismas maravillas de la raza. ¡Quién le diría que aquel mismo año de 1885 presenciara la intervención de la marinería americana en Panamá! El Ministro de Colombia en Washington solicitó el envío de tropas para sofocar agitaciones políticas interiores, producidas por el litigio de un ferrocarril. Alfaro no tenía más que un deber que le torturaba: contribuir a la creación de América, formar patrias allí donde la historia se ocultara entre penumbras. Su corazón de luchador, no pudo ser contenido por reflexiones amigas. Panamericanista sin retóricas, las fronteras entre los países de idéntico espíritu y de idéntica lengua dulce, no valían nada frente a frente de la pungitiva angustia del futuro. El llanto de Colombia fue su llanto.

Una mañana, sin decir nada a doña Anita, caminó hasta llegar al despacho del general Aizpuro, jefe civil y militar del istmo. Sin un susto sobrante, le ofreció su espada.

–Yo repeleré a los invasores. Daba su primera lección de americanismo. Aizpuro le abrazó. Ambos temblaron de esperanzas. La vieja tradición heroica de Colombia los unía. Pero vino el rapaz arreglo diplomático, el enredo, la palabrería libresca y necia, y a la primera ola de indignación, sucedió el temor. El hubiera luchado en las selvas, sus guerrillas habrían tenido en jaque al poderoso enemi-

go no hecho al clima y hasta los insectos y las víboras le habrían ayudado... Sabía lo que pensaba. Cubierto de gloria, el camino para entrar al poder en su patria quedaría libre.

Negado su concurso, realizada la capitulación, el gesto le condujo a un nuevo fracaso. Caamaño tomó la oportunidad. El Cónsul del Ecuador, Orfila, gestionó su expulsión de Colombia. A Centroaménca, a buscar a los viejos amigos. Le arrancaron del suelo colombiano, por peligroso, por liberal y por entero. Partió a Guatemala. Había caído en una trampa sin que nadie se la hubiera tendido, mas no sentía arrepentimiento alguno. Otra vez, doña Anita le despido con la voz quebrada y la angustia contenida en un racimo de dudas.

–Si, Anita, sí, no fue una falta ni un error, pero esto me alejará del Ecuador... Tenía que hacerlo. Todo pasará bien pronto, no lo dudes...

Se habían despedido tantas veces, que la ausencia, para ambos, les era cuotidiana. Después de todo, iría a cumplir con su destino. Andaría por tierras de América, cuidaría de sus ilusiones como un adolescente enamorado de la primera novia y el mensaje de los pueblos hermanos le haría crecer.

II
El robo honrado

Diariamente llegaban al puerto las grandes canoas de pieza, cargadas de cacao, y Guayaquil empezaba a ganar su lucha contra el pantano. A una vara, cavando, se encontraba agua. Difícil y costoso parar las casas y más difícil aún el pavimento y aquello de sanear, mejor ni pensarlo. Esteros, puentes, lodo, innúmeros mosquitos y denso aire húmedo. Mas la “pepa de oro” enriquecía a los propietarios agrícolas, el dinero circulaba en pesadas piezas de metal rubio y el espíritu de la ciudad tropical se transformaba merced a la fiebre del negocio. Por las calles céntricas, el tránsito se hacía sobre empedrado pulido. En elegantes y acojinados coches, sonando las campanillas al trote acompasado de los caballos percherones, las mujeres, un poco pálidas, de grandes ojos románticos, miraban, la cabeza ladeada bajo las alas del sombrero, hacia los portales, donde los señoritos bebían refrescos sentados a las mesas, protegidos del sol por blancos cortinajes de lona. Guayaquil era –no cambiaría nunca– la ciudad de los portales: lluvia y sol así quedaban fuera. Todavía el color colonial lucía en los amplios corredores de puro guayacán, en los tejados rojos, en la famosa casa donde bailó Bolívar, allá por el puente de Cangrejito. El barrio de La Tahona se perfumaba en las noches con las chirimoyas de Puna y temblaba el aire dulcemente con los pregones musicales. Hacia las ocho de la noche, frente a los farolillos de esperma, se daban cita las familias para comprar chirimoyas y escuchar el

canto picaresco de los barquilleros. ¡Ah, los buenos barquillos de canela! Cantaban y ofrecían su mercancía, guiñando los ojos:

–Allá arriba de ese cerro
tengo un palo colorao
donde pongo mi sombrero
cuando estoy enamorado.

Alegre la copla y dulces los barquillos. Por cinco centavos, un puñado y una canción. Después, la velada continuaba hasta las diez, unas veces valsando, otras, bebiendo jícaras de espumoso chocolate, y los viejos, siempre, jugando al tresillo, en tanto que la señora de la casa bostezaba disimuladamente tras el abanico de plumas.

Calles afuera, la ciudad era otra. Se amontonaban las casuchas pajizas, formando vericuetos, hundidas en el pantano, cargando la atmósfera de malas palabras, de olor de zambería y de picante "claro de jora!". En el invierno –así llamado por las lluvias torrenciales, a pesar del calor sofocante–, se transitaba por improvisados puentes, cuidando no caer en las aguas cenagosas. Por las noches, las covachas se llenaban de humo de cigarros para ahuyentar a los mosquitos. Y para olvidar el bochorno abrasador, chicha fermentada de maíz o puro aguardiente de caña, aunque minutos después estuvieran ardiendo. En el verano, sin lluvias y con frescas brisas del Sur, la sarteneja del lodo seco hería, los pies descalzos Por sus contornos, la yerba sobrante del invierno, en la que ramoneaban pollinos y vacas enflaquecidos por la sequía. Y siempre, en aquellos barrios calientes, donde la guitarra sonaba triste v el zapateo de los jaranistas alcanzaba la madrugada, un clima de violencia, de rijosa pasión, estallaba de repente, como una fuga, como una maldita manera de escapar a la miseria. Cierto que la vida era fácil y el alimento, enton-

ces, barato. Pero no en vano se vivía sobre el fango v se tenía que usar, para el amor o la muerte, el mismo jergón hediondo sobre tablas húmedas y carcomidas.

La esperanza, distante, pero firme, sostenía. El sueño de una vida mejor para el pueblo ni siquiera había llegado a los espíritus más finos. El caudillismo criollo nada sabía de esas cosas. Tenían la piel blanca –no mucho, a veces– y se creían puros, de raza superior, herederos y amos del progreso. No eran malos ni eran buenos. Daban vueltas y vueltas como libélulas atraídas por la luz de Europa, la falsa luz férrica de los salones y de las prostitutas con apariencia de grandes damas desenvueltas. Nada de la tierra y nada del pueblo les había tocado en el reparto de la sombría oquedad del espíritu de la época. El partido conservador sabía proteger su hacienda, pagaba tropas para cuidar el orden, se enfurecía cuando alguien hablaba en nombre del pueblo y se había, empero, acomodado, sin poder contar lo inevitable, a soportar el juego de papeles falsificados del sufragio. En la costa el montubio, v en la sierra el indio nada significaban. Los hombres de calidad, los de cultura, los de inteligencia señalada, daban lustre a su viejo partido y al prestigio, en cierto modo, de la patria en sus relaciones externas, pero no comprendían la dialéctica interior de un país atormentado. Y hasta los más probos y rectos conservadores cumplían su destino de señores, enteramente sordos al tiempo y a las verdades populares. Si los liberales hablaban de sus derechos, eso era anarquía y libertinaje. Entonces, protegiéndose de la mala propaganda, apelaban a la iglesia, a los oradores sagrados, que lanzaban oportunas maldiciones y enseñaban cómo era de terrible el infierno para los masones y rebeldes.

Pero todo pueblo, alfabeto o no, posee intuiciones, aquella formación de sabiduría sin diccionario, que nadie osa explicar, pero que vive hacinada y de súbito aparece

como las tormentas en los mares desconocidos. Así estaba el pueblo de sombrío contra el gobierno de Caamaño. Así comprendía la razón de las persecuciones. Y así, por ello, su esperanza no desfallecía. El hombre que acuñaba toda la esperanza hallábase lejos, pero sus noticias venían y la espera se tonificaba. Cien veces habían caído y otras cien, levantado. Lo verían al frente de las huestes libertadoras. Protegido de Dios, afirmaban unos. Igual que una oración llena de coraje salía de los labios morenos su nombre sugerente.

Sabían de su vida en Guatemala. Sin un compatriota a su lado, su fama de héroe de la libertad le había granjeado admiración de amigos influyentes. Cierto día –la noticia ocurrió por el Ecuador como otro espaldarazo–, la policía guatemalteca descubrió a un presunto asesino. Llamábase Pinzón, y en su valija descubrieron las pruebas. El agente diplomático de Colombia se ocupó del asunto. Se trataba de un ex presidiario en Panamá. Nuevamente, un silencio piadoso, al que no fue ajeno Alfaro, que sabía obtener partido tanto del ruido como del silencio, cubrió el delito. Alfaro sólo había tenido un comentario, hecho en una conversación de sobremesa:

–Me asesinarán, pero mi sangre los ahogará y cimentará la idea liberal.

Alfaro era ya un peregrino glorioso para el corazón popular. Estaban llegando al Ecuador sus folletos La Regeneración y la Restauración, y una ola de entusiasmo conmovió hasta las mismas armazones de los conservadores. Eran claros y duros aquellos párrafos sobre la campaña de Guayaquil de 1883. Después circuló La Revolución – Campaña de 1884. Estilo simple, directo, breve, que

* Roberto Andrade, ob. cit., pág. 179.

narraba la aventura rematada por el combate naval de Jaramijó. Fustigaba al gobierno de "la argolla" y prometía volver, dejando en el pueblo la semilla de la insurrección. Alfaro usaba de una pluma ágil y incisiva, sin epítetos, pero inflamada de pasión, aunque sobria. La leyenda pasó cortinas transparentes sobre aquellos hechos. Sacrificios innúmeros, decisiones de hombres bravos hasta la temeridad. Aquellos chapulos que se levantaron un día, poco antes de la llegada de Alfaro en el Pichincha, en la provincia de Los Ríos, y que vieron morir estoicamente a Nicolás Infante. Peleaban a caballo, la bolsa de tiros colgada del cuello, el fusil levantado sobre la cabeza. Las conspiraciones empezaban en Guayaquil, en la casa de la señora Gamarra de Hidalgo, y se hacían verdad terrible en los campos montubios. Allí comenzó, en la misma hacienda de Eduardo Hidalgo, el Chapulo, con Emilio Estrada, Marcos Alfaro, Infante, Gabriel Moncayo, Rafael Anda... En Palenque –el nombre era repetido con ansiedad en aquellos momentos– hizo la proclamación Nicolás Infante. Muertos en Manabí, muertos en el mar, muertos en la montaña de Los Ríos, temerarios chapulos, el primero de todos Nicolás Infante. Estrada y los otros a la prisión, hostilizados, negados de todo, y después el destierro... Alfaro era parco por naturaleza y no perdió la pluma recordando pintorescas hazañas: daba fechas y nombres, hechos, acontecimientos, nada más. Era el pueblo y la juventud que llevaban el secreto rabioso de las luchas y sabían contar de las audacias y de los crímenes. Por entre le inmenso coro de las montoneras, la figura de Alfaro, central y austera, se levantaba como una seña perdurable.

Estaba ahora en El Salvador, donde, en su juventud, había hecho fortuna en asocio de Macay. Se repetían las anécdotas de su vida, que la llevaba en el Hotel Alemán, acompañado de un ecuatoriano que fuera su ayudante de campo en la revolución de Esmeraldas y haciendo la

tertulia con el historiador centroamericano. Lorenzo Montúfar, antiguo ministro de Estado. Amigo personal del Presidente de la República, vivía rodeado de consideraciones. Así, no dejaba de pensar en la nueva expedición. Era a comienzos de 1886. Llamó a Roberto Andrade, recién en libertad, y se pusieron a trazar planes y proyectos. En los surcos de la frente una grave serenidad se le había grabado. Hablaba poco, mientras los dedos de la derecha acariciaban la barba todavía negra. Escondía los diarios centroamericanos que elogiaban sus hazañas. Cierta vez, Andrade leyó en alta voz un artículo.

–No siga usted –le interrumpió Alfaro–. “Son exageraciones; me comparan con los patriotas de la Guerra Magna; en todo, debe respetarse la verdad“.*

Otra vez, recordando Jaramijó, regaló a Andrade el chaleco que llevaba puesto cuando se salvara.

–Ya que tanto entusiasmo tiene usted por esa jornada... Estas pequeñas historias se conocían en el Ecuador, y mantenían el ánimo propicio a la rebelión. Hacia febrero de 1886, Caamaño viajaba a Guayaquil y fue asaltado en Yaguachi. Su edecán, comandante Jaramillo, murió defendiendo la vida del Presidente, que tuvo que arrojarse al río para salvar. Al día siguiente, ya en Guayaquil, en tanto que las bandas militares tocaban en honor del Presidente, el pueblo empezó a gritar ¡Viva Alfaro!, ¡Viva el Partido Liberal! Bastaron los primeros gritos, para que se lanzaran a embestir la casa en la cual se hospedaba Caamaño. El intendente de Policía, desde su caballo, ordenó el ataque. Fue desmontado de un tiro certero. Era el coronel César Gedes, premiado con el cargo porque había traicionado a Alfaro cuando su campaña de Esmeraldas de 1880. ¡Paga la deuda!, le enrostraron cuando agonizaba. No importaba caer en diciendo la verdad y en satisfaciendo el corazón.

Y cayeron muchos. Pueblo desarmado, tuvo que abandonar las calles.

Estas noticias recibía Alfaro en la pequeña ciudad centroamericana. La comunicación –dar y recibir– entre él y su pueblo era perfecta. De repente, le alcanzó una idea: ya nada podía hacer en Centro América, en el Perú vivían muchos exiliados ecuatorianos, dispuestos a reiniciar la batalla. Estaría más cerca.

Pues a crear, otra vez de la nada, la expedición y cruzar la frontera. Se golpeaba la frente porque estaba pobre y no tenía cómo obtener recursos. Sin embargo, la voz de confianza le salían tan recta que sus íntimos le creían. Lo haría, lo haría de todos modos.

Y un buen día llegó la nueva inesperada: el mismo dinero de “la argolla” caamañista serviría para la revolución. La buena sociedad burguesa de Guayaquil se había conmovido con un escándalo. Sólo un diario “El Telégrafo”, defendió a ese joven audaz Llamábase Modesto Ribadeneira y era empleado de la Tesorería de Hacienda de Guayaquil. Le ordenaron aquel día ir al banco a hacer efectivo un cheque por diez mil pesos. Cuando los vio en sus manos, se sobrecogió. La idea le venía torturando días y noches. Era honrado. Nada había en su vida que pudiera afrentarle. Pero, antes que nada, era patriota y su adolescencia estaba enamorada de la figura de Alfaro. Vaciló, meditó entre los portales, caminando sin orientación. Robar al gobierno era, sin duda, un delito; robar para la revolución, para la libertad, era de una tremenda heroicidad moral, sobre las leyes y sobre su propia reputación de hombre limpio. Los tenía en el bolsillo: introducía la mano para palparlos. Los amigos le acabaron de decidir. ¡Tanto

* Antonio Flores, Para la Historia, pág. FF, en sección de documentos. Ejemplar sin pie de imprenta ni fecha.

cómo hubiera deseado que le hicieran desistir! Por eso los buscó y les pidió consejo. De un solo golpe, se resolvió, como quien, enloquecido, en un segundo cegador, da muerte a un hombre.

Cuando Alfaro recibió aquella suma, inclinó la cabeza y los ojos se le preñaron de lágrimas. La libertad es dura de conseguir, bien que lo sabía, y el sacrificio, parejo a toda acción para transformar la vida de los pueblos. Pocos minutos después, no pudo ocultar su regocijo y se echó a reír. Encontradas emociones le sacudieron, pero se hinchó de esperanza y salió para el Perú. Le acompañaron en el viaje Roberto Andrade y el anciano comandante italiano. José Ronca, que fuera teniente de Garibaldi. Alfaro no se negó ante la conmovedora solicitud del viejo soldado.

–Lléveme usted, general. Terminaré mis días luchando por la libertad de su país. Soy viejo, pero mi pasión es joven, tan joven como usted.

Miró la romántica figura que tenía en su delante, con toda la gloria delicada y fina de su pueblo. Le tendió la mano en silencio.

En el Callao, lo esperaron compatriotas. Entre ellos, el coronel Vargas Torres. Poco después, llegaba a Lima Pedro Martiz, otro joven de alto corazón idealista, llevándole íntegra la herencia que acababa de recibir.

¡Podría acaso decir una palabra aquel hombre, trocado en un gesto tembloroso? Un largo, un misterioso silencio llenaba su habitación de hotel. Era como si los ademanes se le hubieran congelado de repente. Sólo después, mucho rato después, tanto que se hubiera asegurado que ya el tiempo había rodado largos, insondables años, la recia voz de su garganta creció de palabras:

–Nuestra patria se ha salvado ya. La están salvando los hombres jóvenes como usted. En este momento,

* Antonio Flores, ob. cit., pág. HH, sección documentos.

como nunca, experimento un orgullo inmenso de ser ecuatoriano.

Le tendió los brazos y lo mantuvo así, contra su pecho, igual que si estuviera abrazando a la misma tierra ausente.

Apresuró los preparativos. Le llegaban noticias halagadoras. Vargas Torres estaba listo a partir. El dinero afluía. Los liberales de los cuatro lados del país enviaban lo que podían: voz de consejos, promesas, noticias, auxilios materiales. Al fin, un día, el joven Ribadeneira llegó a Lima, prófugo de la justicia. En Guayaquil, quedaba la madre sufriendo el vilipendio de los señores del orden, los ataques de los diarios conservadores, que hablaban de aquel delito del "corrompido alfarismo", y afirmaban que sólo querían "poner en transparencia la inmoralidad de las doctrinas socialistas que viene difundiendo Alfaro, y desagraviar a la moral universal de la ofensa que le ha inferido un discípulo de Proudhon y Bentham..."*

Alfaro permaneció pensativo. Algo, algo por esa madre desconsolada. Era fuerte como un roble cuando le temblaba en el alma la necesidad de confortar. A más, la moral del partido podía sufrir y su obligación era rehabilitarlo. Osado, como siempre, escribió: "Respetada señora: Motivo de grata satisfacción ha sido para mí el encontrar en esta ciudad a su estimable hijo, el señor Modesto Ribadeneira, salvado providencialmente del encono de los implacables enemigos de la juventud y del progreso de la Patria. Mucho tiene que agradecer la causa liberal a su digno hijo: el paso dado por él merece grande encomio, porque con él ha demostrado la firmeza de los principios que en tan temprana edad posee, y hace concebir grandes esperanzas para él porvenir. La honradez conque ha procedido, entregando para el servicio de la causa liberal hasta el último centavo del dinero que supo conseguir con su atrevida empresa, es la defensa más brillante que pue-

de presentar ante la sanción de los hombres de bien, para demostrar la pureza de su patriotismo...”

El escándalo en Guayaquil se infló con la publicación de la carta. “¿Y el hombre que suscribe esta carta es quien habla a la juventud de progreso, de patria, de honradez, y de justicia? ¿Y es este hombre quien invoca la causa liberal para cobijar sus crímenes?” Así lo diría, poco tiempo después, Antonio Flores.* Y así lo decían todos los señores del gobierno y lo coreaban los famélicos parientes y amigos que rodeaban en tomo del presupuesto de “la argolla”.

De todas suertes, se había cometido un delito, sancionando en el Código Penal, y Alfaro lo había amparado y usufructuado de él.

Mire usted, decían, ese bárbaro montonero de Alfaro, ¿para qué vendría a turbar la paz y la tranquilidad de los hogares?

Por su culpa, los zambos se habían tomado altaneros, el mal ejemplo cundiría y los hombres sin zapatos, de cualquier color de piel, gritaban su descontento.

III
Lo que siembra la muerte

El triunfo del general Cáceres en el Perú favorecía, en cierto aspecto, la causa de los liberales ecuatorianos, que podían conspirar sin ser molestados por la policía peruana. Dinero para la revolución no faltaba. El mismo coronel Vargas Torres, hombre de fortuna, había entregado, nuevamente, apreciables sumas a Alfaro, que, junto con otros donativos, las depositó en un banco de Lima. Una expedición, un barco, amagar por tierra y por el mar. Había, entonces, que obtener más dinero. Para devolver algún día las contribuciones a los que sacrificaban sus capitales y para levantar más fondos, Alfaro ordenó emitir Bonos de un mil y de quinientos pesos fuertes de plata. Curiosos documentos, impresos cuidadosamente, que expedía el Consejo Supremo Provisional y que más abajo, antes del Escudo patrio, tenía esta leyenda: "Deuda de la Revolución Ecuatoriana". Eran títulos al portador, al seis por ciento de interés anual, y se amortizarían de conformidad con un decreto supremo de Alfaro expedido en diciembre de 1884, antes de Jaramijó. Llevaban la fecha en Lima, el 6 de abril de 1886, y los firmaban Eloy Alfaro, como Encargado de Mando Supremo de la República, cuatro vocales –Felicísimo López, Francisco Hipólito Moncayo, Jacinto Nevares y Luis Vargas Torres, vocal tesorero–. La emisión total alcanzaba a quinientos mil pesos fuertes, cuatrocientos bonos de quinientos y trescientos de mil. Al respaldo de la hermosa litografía, el artículo cuarto disponía que la amortización se efectuase "dentro del primer año de pacificada la República por

consecuencia del triunfo de la causa liberal y sin perjuicio de que en ese tiempo sean ellos administrados en las oficinas recaudadoras del Estado, como dinero sonante y por todo su valor nominal, en pago de derechos fiscales”. Verdes los de quinientos, grises los de mil, empezaron a venderse y a circular. Si no toda la emisión pudo ser colocada, con lo vendido bastaba.

Porque la negociación se había realizado con rapidez cuando las noticias de la patria indicaron que el momento era propicio. Por el sur, los fuegos se habían roto en Célica sabedores de la llegada de Alfaro al Perú. Y en las provincias litorales del Norte, los hermanos Cerezos, ambos coroneles, se batían ya durante meses secundados por valerosos oficiales y continuando la leyenda de los “chapules”, rifle al aire, sueltas las riendas, la bolsa de tiros golpeando contra el pecho, corriendo por las colinas, vadeando los ríos, galopando por las sabanas calcinadas... Por todas partes, surgían las montoneras, inflamando el entusiasmo y debilitando la estabilidad del gobierno. En el Congreso de 1886, se quiso intimidar a los revoltosos: un Obispo senador, llamado León, pidió en el parlamento establecer Consejos de Guerra y la pena de muerte para escarmiento de los revoltosos. La mayoría de los legisladores, a pesar de que la Constitución de la República prohibía expresamente la pena de muerte, opinó por la tesis del prelado. En un momento de silencio, desde las barras una voz lo rompió en nombre del pueblo: protesta por la

---

* Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, Guayaquil, Edit. Jouvin, 1937, pág. 99.
** Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 100.

crueldad de lo que se proponía, protesta por ser inhumana y por inconstitucional. Era un joven de veinte años, después notable general de la República, Julio Andrade. Fue arrestado por irrespetuoso y, entonces, el gesto altanero, digna la figura, lanzó su exclamación de hombre libre:

–¡Protesto en nombre del pueblo! ¡Eso es un crimen! ¡Viva el Partido Liberal!

Entre las heladas y negras paredes de piedra del panóptico fue sepultado. Así ordenó pintarlas García Moreno, y aún, por su orden, se paseaban por los corredores aquellos negros de "El Chota", vistiendo rojo, guardianes infernales, con el látigo de varias puntas en la mano. A oscuras, con la noche de la piedra contra los ojos, dejó Andrade grabada su rebeldía en las paredes de su celda:

–¡Viva el partido Liberal! ¡Viva Alfaro!

Era que una sola actitud heroica había enderezado al Ecuador. Ansia de sacrificio se leía en los ojos. Seguros del triunfo, todos aportaban personas o bienes. En Lima se hallaba un señor acaudalado, Lorenzo Ruffo Peña, por cuyo intermedio llegaban los giros para los gastos de la expedición y la adquisición de los bonos. Alfaro había dispuesto que Vargas Torres incursionara por tierra, apoyando por el otro extremo del país, la magnifica hazaña de los Cerezos, mientras que él mismo buscaría el mar con un buque. Otra vez –tenaz y bravo– cazaría la oportunidad en la batalla naval. No era para eso, pero quería probarlo nuevamente. Aprendería, acumularía experiencias y acaso Jaramijó fuese una escuela. Estaba equivocado: carecía de práctica y conocimientos para pelear en el mar y no

* Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 108.

tenía oficiales expertos. ¿Pero quién le quitaría de la cabeza sus ideas y resoluciones? Ya el barco estaba comprado y sólo restaba entregar el último pago, por el cual Ruffo Peña había otorgado su garantía. Vargas Torres había partido. Detenido en Piura, por influencias de Caamaño, pudo liberarse y continuar la empresa. Alcanzó territorio ecuatoriano y a pesar de que sus camaradas habían sido derrotados en Célica, abrió operaciones sobre Loja.

Nadie supo cuándo la desgracia empezó a acercarse. Lorenzo Ruffo tembló: tenía ya en sus manos el último giro por ochenta mil pesos, y retiró su garantía. Le venció la cobardía, aguzada por continuas amenazas. Habíanle convencido de lo riesgoso de la empresa, de lo seguro del fracaso y de la responsabilidad que contraía. En la misma Legación del Ecuador le convencieron. Simplemente, tuvo miedo de perder su dinero. Alfaro no pudo obligarle. Ruffo daba plazos, pedía esperas, pero jamás cumplía.

Años más tarde le pedirían a Alfaro que utilízase en alguna cosa los servicios de Ruffo Peña. Repuso airado:

–Con cobardes, a ninguna parte. Hacen más daño que los perversos.

La situación, con todo, no era desesperada. Las esperanzas en las campañas de Vargas Torres y de los Cerezos estaban vigentes. Pero había incertidumbre por la falta de noticias. Inactivo, esperando, Alfaro sentía caer las horas con la tremenda responsabilidad ante la vida y la muerte de los suyos. El buque, “El Vilcanota”, no llegaría a sus manos. ¡Ah, la buena estrella me guiará!, se decía,

* Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 108.
** Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 129.

para no abatirse del todo.

***

En tanto. Vargas Torres había lanzado su primera acta de pronunciamiento en Catacocha, firmada solemnemente en la Casa Municipal. Era un 28 de noviembre de 1886. Anochecía el primero de diciembre, cuando, sabedor que las fuerzas del gobierno se concentraban en Celica, amagó por los alrededores de Loja. En la madrugada, se rompieron los fuegos. Audaz y rápido fue el ataque y Loja cayó en manos liberales. Felicitó a las tropas, llamándose representante del “egregio caudillo general Eloy Alfaro”.*

Poco habría de durarle el gozo del triunfo. El coronel conservador Antonio Vega, al mando de numerosas y veteranas tropas, se acercaba a Loja. Los efectivos liberales apenas si alcanzaba a trescientos hombres. Se enfrentarían asÍ a todo un ejército. Sin dinero, con pocas armas, los sostenían la esperanza de que Alfaro, con “El Vilcanota”, estuviera amagando las costas. Clérigos y fanáticos de la provincia manifestaban su odio a los invasores liberales. Para los malditos masones, ni un auxilio. Mala sombra agorera les perseguía por las calles y por los campos. A las primeras luces del 7 de diciembre se encendió el combate. Cinco horas resistieron, ya crecido el sol. La batalla se libraba, poco después, en las calles. Fortalecidos en la torre de la iglesia de San Francisco, viéronse rodeados. El asalto enemigo fue vigoroso. Silenció la defensa que se hacía desde la Sala Capitular de la Catedral. El desastre rápidamente: Vargas Torres, prisionero, compareció ante

*Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 129.

el coronel Vega:**

–Coronel, aquí tiene usted a su víctima.

–No, coronel Vargas Torres. Su vida está asegurada mientras yo tenga el comando de las fuerzas –repuso Vega.

Pero, pocos días mas tarde, el gobierno daba sesenta días de licencia al coronel Vega. Vargas Torres y otros prisioneros fueron engrillados y conducidos a Cuenca. Allí, el calabozo, allí las amenazas, allí el largo martirio que habría de sufrir. Jurado obediente y sumiso se celebró, dormidos el fiscal y los vocales cuando el defensor hablaba. Quince horas mentirosas de deliberaciones, formalidades legales. Autorizado a hablar, su rostro juvenil, que llegaba a los veintisiete años apenas, se extendió de elegante firmeza:

–Señores jueces... Me presento ante vosotros, no a defenderme del Decreto expedido por la Legislatura pasada, que, violando los artículos 14, 22, 122 y 129 de la Constitución, convierte al gobierno en victimario de los ecuatorianos... Tampoco vengo a justificarme de los cargos y recriminaciones que cobardes y ruines enemigos me han hecho... Sólo puedo y debo levantar mi voz para que, tal vez, pueda servir de protesta contra las leyes que, por desgracia, rigen hoy al pueblo ecuatoriano y contra ciertos actos del Gobierno que la humanidad y la civilización condenan...

Hizo una pausa, envuelta en dulce y clara sonrisa:

–...Hemos visto amordazar la prensa liberal y disolver nuestras asociaciones: nuestros derechos han sido pisoteados e ilusorias nuestras garantías... ¡Conque no creéis que tenemos sobradas razones y muchos derechos para

*Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., pág. 142.

defender con las armas en la mano lo que tiene de más caro un ciudadano republicano?... Os repito, señores jueces, que no trato de defenderme... Estoy bajo la sanción de vuestras leyes. Juzgad, fallad, que yo he cumplido con mi deber".*

La sentencia fue breve. Se cumplía la consigna del gobierno: escarmiento y exterminio. Luis Vargas Torres, Pedro José Cavero, Jacinto Nevares y Filomeno Pesantes fueron condenados a la pena capital. De los que rezaban, uno más, escogido por la suerte, sufriría la misma pena. El azar señaló a Manuel Pinares.

El año nuevo había llegado entre las sombras de la muerte próxima. Los condenados hicieron solicitudes de gracia, salvo Vargas Torres. Encerrado en un silencio digno, escribió a su madre una carta conmovedora: "Por mi defensa que le incluyo, verá usted que no he temido el hacha del feroz ultramontano... Tampoco me he humillado, solicitando la conmutación de la pena, pues siempre he creído indigno de un hombre implorar el perdón del enemigo.* Madre querida, con los ojos prontos a mojarse, la misma que perdiera a otro hijo, casi un adolescente. Clemente Concha, caído en Esmeraldas en manos enemigas. La carta del hijo prisionero y sentenciado le trajo, por caminos raros y viejos, el recuerdo del otro: echado, pálido, con un cigarrillo en los labios, mientras le cortaban una pierna sin la más elemental anestesia. Se lo habían contado con detalles; cuando el médico dijo: ya está, lo miraron y notaron que ya no tenía vida. La misma sonrisa fría y los párpados entreabiertos, y ni una queja le había perturbado la agonía.

---

*Jorge Pérez Concha, Vargas Torres, ob. cit., págs. 143-146.

El general Sarasti, ministro de Guerra, era el único que el gobierno intercedía por la vida de Vargas Torres. Los otros condenados fueron perdonados. El principal no se había humillado y la soberbia había que castigarla. Empero, sus abogados suscribieron, sin su autorización, la petición de gracia. No la tomaron en cuenta. Después, amigos en nombre del partido liberal, doblegaron la voluntad de Vargas Torres. No se negó pero el documento, en cierto modo, era como una nueva provocación: "Luis Vargas Torres, preso en esta ciudad a consecuencia de haber caído prisionero... pide, conforme a un derecho que le concede la Constitución, que Vuestra Excelencia y el Honorable Consejo de Estado le conmuten la pena".**

"No debemos dar lugar a nuevas solicitudes", decidió el Presidente Caamaño.* Restaba aún un recurso: la fuga. La planearon amigos. En casa de una señora manabita. doña Carolina Zambrano de Zevallos, se atendían las necesidades de los procesados y se planeaban los detalles de la huida. Carlos, el pequeño de ocho años de edad, mas tarde soldado en la campaña libertadora de 1895, llevaba las noticias a la cárcel, enviado por su madre, doña Carolina. Le dejaban entrar en razón de su corta edad. Así, habían comprometido a un oficial. A la medianoche del 15 de marzo los proyectos se cumplieron. Debía llegar a casa de la señora Zevallos, y luego, acompañado de un guía, seguir el camino de Paute y Gualaceo, hacia el Oriente para ganar el Amazonas y continuar al Brasil... Salió de la celda... No iba contento. Vacilaba un tanto. Atravesó la calle. De súbito, se detuvo. No, así, sin los compañeros, sin los subalternos, no se marcharía. En ellos cobrarían su evasión. Regresó, sin parar en las razones de los amigos. Al oficial que le facilitara la fuga le pidió que huyera con él, dejando salir a todos sus camaradas. Y como no lo lograra, entró a la celda y él mismo avisó para que lo colocaran nuevamente los grillos.

Hasta le llegó la liberación definitiva. El 19 de marzo, se entretenía charlando con el amigo infantil, Carlos Zevallos. Sonaron los goznes de la puerta. Una a una, pasaron por el marco corroído las figuras de un militar, de un cura y dos personas en traje civil. Vargas Torres se incorporó. Luego, inclinó el rostro hacia el niño:

–Vas a oír mi sentencia de muerte, y mañana me vas a ver fusilar para que aprendas cómo mueren los hombres.

Una sonrisa liviana se le escapaba del rostro pálido. El niño no entendía. Arrugaba la frente, los ojos redondos, la boca entreabierta. Se acercó y prendió la mano de aquel amigo increíble, hecho carne y hueso de repente como si hubiera salido de las páginas de los cuentos.

La voz tímida y extraña del que leía la sentencia llenaba la celda sin dejar eco, sin ninguna esperanza, sin ninguna sílaba perdida en el aire denso y frío. Concluida la lectura, se marcharon llevándose al niño. Permaneció el sacerdote, que se agarró de su turno, hablando despacito, cálidamente, como el ruido de los pasos sobre una alfombra.

–Es inútil, señor Obispo.

Tenía el fraile la palabra fluida y sentía pena. Su ademán era dulce y era hábil. Los ojos, inteligentes y translúcidos.

–No, señor Obispo, ustedes ven la luz de un lado, y yo del opuesto. Pierde usted su tiempo y me lo quita a mí, inútilmente.

Incansable y armoniosa la voz continuaba.

–La repetición me fatiga, señor Obispo, me fatiga mucho...

Horas de capilla, las últimas. ¡Qué extraño nombrar esta palabra!

El tiempo se alargaba primero y luego se encogía. De repente, cuando la pluma rasgaba el papel. Primero, a la madre: "...Mucho sufrirás con mi partida. Yo también sufro

con dejarte. Pero allá, libre de la ferocidad de los hombres y en unión de nuestro querido Clemente, te esperaré para darte el abrazo de que me privan aquí en la tierra los hombres inhumanos, separándome de ti... Aquellos insensatos que me matan por satisfacer una ruin venganza, creen contener el vuelo de la revolución con este crimen, y no saben esos infelices que lo que hacen es darle más aire y más espacio... No puedo más... Mi corazón desfallece... Adiós...".*

Pero también la Patria. Por su salud, haría un esfuerzo, lo venía haciendo desde que le apuntó el bigote y el cuerpo se quedó firme. Aquellas palabras tituladas "Al Borde de mi Tumba", le aliviaron. "...Es imposible callar. Sería eso antipatriótico y la sociedad tendría derecho para inculparme semejante falta". Hacía un relato de su prisión, de la comedia del juicio, de todo lo que había vivido en aquellos meses. Sólo una hora le restaba. Se apuraba con las últimas palabras... "...que no desmayen en el sagrado propósito de salvar la Patria y en la Eternidad los recordaré con gusto. ¡Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el Patíbulo enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven a nuestro pueblo!"*

Rompía el alba. La fúnebre procesión atravesó la calle. El insomnio empalidecía su rostro y destacaba el negro bigote y la severa luz de los ojos. Erguido, la frente pulcra entre el cabello ondulado, muy alto el cuello, todo él exclamación de orgullo.. Ajustaba los labios como quien violenta las palabras. Traje negro cubriéndole, más austera así la figura, símbolo de una revolución en marcha. Bajo el arco de la Casa Municipal hizo alto. Entre la penumbra helada, el brillo del mármol rosado hacia más tristes y más ceñudas las sombras. Sus camaradas, aún prisioneros, obligados a presenciar la ejecución, lloraban en la galería del cuartel vecino. Allí se levantó su voz:

–¿Dónde debo colocarme?

Con la punta de la espada un oficial le indicó el sitio. Entre dos columnas, frente a la puerta del cuartel. Un fraile dominico le seguía mascullando rezos. El oficial cumplía órdenes: después de hacer que el sacerdote se retirase –era imposible lograr la confesión–, pidió al reo que se pusiese de espaldas y de rodillas.

–¿Yo, arrodillarme? –exclamó con la voz temblando de cólera–. El fuego se recibe de frente.

¿Una venda para los ojos? No hacía falta. ¿Algo en qué apoyarse? Tampoco. Firme sobre los pies, levantó el pecho como un gimnasta, ajustó los puños y dejó caer las miradas sobre los soldados... Un sargento, se acercó, le miró un segundo y le dio el balazo de gracia porque advirtió en el cuerpo caído estremecimientos ligeros y un hilo de respiración suspendido en el pecho.

El comisario de policía intervino. Cuatro indios cargaron el cadáver, de pie y manos, la cabeza en escorzo, conducido, por haber muerto sin confesión, ante la expectación pública.

Hora de la misa mayor. Las campanas de la católica Cuenca llamaban a los frailes. El aire se llevaba hacia los campos dulces los tañidos. La mañana se prendía de luces tímidas y por la altura de los cerros los jirones de niebla viajaban a diluirse en el inmenso espacio.

***

De codos en la mesa de trabajo, Alfaro se ajustaba las mejillas con ambas manos. Levantó después la derecha y la estregó con rabia contra la cabeza. Tenía los ojos rojos al ponerse en pie. Miró a los amigos y les dijo:

–Luis se ha inmortalizado... Estoy orgulloso de él, aunque mi alma se sienta traspasada de dolor... Sus palabras... Esas palabras ante el Consejo de Guerra de sus verdugos son un documento inmortal... Ha hecho gala de dignidad y valor.

Quiso quedarse solo, náufrago de la propia ilusión colocada en el tope de cada aventura. Seguiría acosándole la desgracia, hasta el punto de que temía leer su correspondencia. Pronto supo que la sed de sangre no se había apaciguado. Pesantes y Luna, combatientes liberales, también habían sido fusilados. Probada la venganza, nada hartaba el vientre de "la argolla". Cazados en las selvas, muchos dejaron la vida. Otros, asesinados en los suburbios, en el recoveco de una esquina oscura. Y Amador Viteri, joven de tantas esperanzas, pasado por las armas en pleno día, en Guayaquil. De paso al patíbulo, al ver asomado al balcón de la comandancia de armas al general Reynaldo Flores, le había gritado:

–¡En breve irás adonde me envías, pero hasta que llegue esa hora, tu vida será la de un miserable!

En una callejuela del cerro Santa Ana, la pintoresca colina donde pusieron bandera y plantas los conquistadores españoles para edificar una ciudad, bajo los árboles cargados de ciruelas rojas y amarillas, lo mataron. Sintió, como Vargas Torres, muy hondo la dignidad de la muerte. Rió cuando le ofrecieron la venda para los ojos. Fijose en que los soldados estaban muy cerca y amargamente irónico les ordenó:

–Están ustedes muy inmediatos: es contra la ordenanza. Retrocedan.

Le obedecieron y apuntaron. Entonces, habíase desabrochado el blanco chaleco de piqué y gritado como un oficial en combate:

–¡Apunten! ¡Fuego!

---

* A. T. Barrera, Eloy Alfaro y la Gran Colombia, Guayaquil, Imprenta Mercantil, 1921, págs.15-16.

***

El abatimiento no venció a Alfaro. No podía enviar auxilio a los partidarios y esto le angustiaba. Derrotas y crímenes. ¿Qué hacer contra ellos? Vivía entonces en Lima un general mexicano, aventurero –según decían– en algunos países centroamericanos. Le ofreció sus servicios, que Alfaro aceptó. En abril de ese año de 1887 el mexicano abrió campaña, junto a los hermanos Cerezos. La guerra todavía permanecía encendida en el litoral. Malas horas eran aquéllas: vino la noticia del desastre. A orillas del río Quinindé, entre las provincias de Esmeraldas y Manabí, las fuerzas de Sandoval fueron destruidas. El coronel Crispín Cerezo y varios de sus oficiales rindieron la vida, batiéndose hasta el último cartucho. Algún tiempo después, regresó el mexicano a Lima –se llamaba Ruiz Sandoval– y un rumor, acaso de calumnia, afirmaba que había depuesto las armas de acuerdo con Caamaño. Alfaro, como quiera que fuese, no le volvió a hablar.

General de tantas derrotas, Alfaro superaba el dolor encerrándose en la Biblioteca Nacional de Lima, cuyo director, el célebre don Ricardo Palma, le dispensaba su cálida amistad. Nutríase de historia de América y buscaba documentos para esclarecer el asesinato de Sucre. Se valió de un joven Delegado para la publicación en folletos de "La Dinastía Mastuerzo", vivisección de la familia Flores. Y proporcionó documentos al escritor ecuatoriano Nicolás González, para que escribiera una obra titulada "Cuestión Histórica. El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho", en la cual aparecía comprometido el general Juan José Flores. Servía a la historia de su patria y logra-

* A. T. Barrera, ob. cit., pág. 20

ba fines de agitación política contra los amos del país, la generación Floreana. Diole los apuntes a Nicolás González, trabajo casi terminado, diciéndole:

–Pon esto en tu estilo.

Porque el que sabía manejar era para las batallas o para las grandes concepciones políticas. Escribía fácil, ágilmente, como quien nada tiene que ocultar, con el sentido directo y simple de los grandes espíritus Hubiese cometido grave equivocación de estadista si hubiera pretendido, por esa común vanidad a los hombres mediocres, ser también un escritor o un artista. Su fina sensibilidad, su extraordinaria intuición indicábanle siempre el sitio digno, austero, el de un hombre que tiene una misión a la cual debe entregar íntegras todas las potencias de su alma. El mismo era una inmensa y sola batalla jamás concluida. En dondequiera, el combate estaba presente, hasta en el asesinato que le perseguía como una sombra astuta. También en Lima, en su propia habitación del Hotel Maury, quisieron victimarlo, Una noche, mientras trabajaba frente a su máquina de escribir, cuando ya el reloj había sonado las diez con su canto de cuclillo, de repente penetró un hombre. En el salón vecino, conversaban algunos amigos. No se había detenido el intruso por ello.

–Buenas noches, general Alfaro. Necesito hablarle. Desde su sillón, Alfaro le indicó el asiento. El desconocido comenzó a hablar. Dijo ser colombiano y liberal. Demostró conocer en sus mínimos detalles las operaciones militares en el litoral ecuatoriano. Exageraba su pasión por la causa y terminó ofreciendo sus servicios.

Alfaro le clavó los ojos, sospechando con el extraordi-

---

* A. T. Barrera, ob. cit., págs. 16-18.
** A. T. Barrera, ob. cit., pág. 19.

nario conocimiento que de los hombres tenía. De repente, el desconocido con las manos nerviosas, hizo un movimiento casi imperceptible. Y luego introdujo una mano en el bolsillo, con el gesto habitual de quien busca una arma. Alfaro saltó como un resorte de su silla y llevó también la derecha al bolsillo trasero del pantalón.

–Continúe usted –le dijo con tal énfasis, que el otro se desconcertó, se puso en pie y dio dos pasos atrás. Pálido, balbuceó unas excusas y desapareció.

Pocos minutos más tarde, subía un compatriota. Había encontrado en las escaleras al colombiano y venía sorprendido de que Alfaro le hubiera recibido. Un vulgar malhechor, le dijo, que antes había servido en el ejército de Reynaldo Flores.

Alfaro dudó. Se acercó al velador y extrajo del cajoncillo el revólver.

–No lo tenía en el bolsillo. Uno nunca sabe... Debe ser sólo un infeliz que quería dinero...

Nada de estas cosas interesaban de verdad. Lo grave era que la campaña se estaba liquidando. Había llegado a Lima, derrotado y herido, el coronel Juan Manuel Triviño, que combatiera junto a los Cerezos.

–Otra vez será –comentó Alfaro– no podemos abandonar la lucha. El país entero quiere la revolución. Y nuestro deber es agotar el último medio de combate.

–¿Cómo, mi general?

No respondió. Sus tenientes respetaban sus silencios, porque los sabían preñados de angustias. Y, sin embargo, en aquellos ojos iluminados de sueños, una pequeña luz parecía vivir.

***

Había recibido un saludo del general Antonio Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela, reconociéndolo como jefe de la revolución liberal ecuatoriana. Otra circunstan-

cia acabó de decidir a Alfaro a procurar la más querida ilusión: la reintegración de la Gran Colombia. Guzmán Blanco había convocado en 1883 un congreso internacional en Caracas, a fin de delimitar las fronteras de las vecinas Repúblicas, suscribir una alianza defensiva y convenir en el arbitraje obligatorio para conciliar las diferencias que pudieren surgir. Momento de americanidad que todavía podía ser aprovechado. Su hermano más querido, el doctor Marcos Alfaro, residía también en Lima. No lo pensó mucho. Le acreditó como embajador del Partido Liberal ante el jefe de Estado de Venezuela. Diole instrucciones y credenciales. Escribía esta carta al estadista venezolano:

> "...El señor general Aizpuro tuvo la dignación de trasmitirme desde Panamá el atento cuando interesante recado con el que usted se ha servido honrarme... Cuando en 1883 una parte de mis compatriotas me honró encargándome del Mando Supremo de una de las secciones más liberales de mi Patria, elevé a la Asamblea Constituyente, reunida en Quito, un mensaje concerniente a la forma federal y a la reconstitución de la Gran Colombia. Mas no siempre ni en todas las regiones son acogidas las grandes ideas, o para hablar con más franqueza, en aquella Asamblea predominaba el partido sin luces ni virtudes, formado por los tiranuelos de mi Patria. Y yo, desde entonces, he tenido que morar en el destierro, donde no he dejado de luchar un solo día, a brazo partido, y seguiré luchando... Los actos recientes de usted, como primer Magistrado de Venezuela, sus conatos en favor de las naciones hermanas... me han suministrado la suficiente claridad para apreciar las nobles propensiones del ilustre americano a favor de mi Patria... Mi hermano Marcos hablará a usted como si yo le hablara y espero que usted se dignará prestarle su benévola acogida..."*

Pero todo en orden. Marcos querido. Vamos a redactar la credencial. 1887, año de muertes y derrotas, de esperanzas y de sueños. “Como jefe de la Revolución ecuatoriana, y en virtud de los plenos poderes de que estoy investido, tanto por actas públicas y privadas en el Ecuador, como por actas de los emigrados en Colombia y el Perú, expido a usted la presente credencial, para que, en representación del Partido Liberal de nuestra Patria, pueda pactar con el Ilustrado Presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, una alianza ofensiva y defensiva, que sirva de fundamento para la reconstitución de la Gran Colombia, bajo las bases del sistema federal, o de la Confederación, y en guarda de la dignidad y recíprocos intereses de ambos países. De sus gestiones se servirá darme oportuno aviso para mi aprobación por escrito –Dios y Libertad–. Eloy Alfaro”.*

*Marcos partió. Su fino talento, su sagacidad, sus simpatías le abrían los caminos de la diplomacia, Hacia abril escribía a Guzmán Blanco, desde la misma Caracas:

> “...me permitirá su excelencia que le dirija la presente, acompañada de los documentos que adjuntos encontrará S.E.... Debo manifestar... que ajuicio de la persona y del partido liberal ecuatoriano que represento, jamás ha habido una época propicia para la realización de la Unión Colombiana como la presente, ni nunca, después del Libertador, ha habido un hombre capaz de llevarla a cabo como S.E.... El Perú, que antes de la guerra con Chile, podría o–ponerse a la Unión Colombiana, receloso de nuestra grandeza, hoy precisamente está interesado en ésta...: porque el poder de Colombia... es o será su garantía contra la probable y cercana desmembración de su territorio por Bolivia apoyada por Chile... Lo propio que con el

> Perú, sucede con nuestro vecino del Norte, la República de Costa Rica. segregada de la comunidad política de Centro América: tiene que ser colaboradora naturalmente interesada en nuestra causa y, acaso, algún día, abierto el Canal de Panamá, venga a ser, movida por voluntad propia, parte integrante de Colombia, por razones de mutua conveniencia y seguridad... Será éste un gran día para la América. porque de este modo la Unión Colombiana hará de hecho la Unión Centroamericana, con las cuatro repúblicas restantes. Quien sabe si después Dios moverá el patriotismo de los centroamericanos, y éstos hagan que el poder de Colombia parta límites con México...”*

Calidad pura y generosas de los sueños sin fronteras. Marcos rebosaba de alegría. Al escribir, procuraba ser parco, pero se entregaba. “Mi querido Eloy –decíale en una de sus cartas–. Por otra parte, a Guzmán Blanco le convendría darle mayor ensanche a la política, pensando en que, abierto el Canal de Panamá, Costa Rica tiene que ser parte integrante de la Unión Colombiana, por razones de seguridad y conveniencia propia de esa República... La compañía inglesa, dueña de una parte de la Guayana venezolana, naturalmente llamará la atención del gobierno venezolano, hacia sólo ese asunto con perjuicio de los demás: el desenlace de la cuestión sabe Dios cuál será. De Guzmán se dice que no aceptará ninguna transacción sobre aquel territorio”.**

Los afanes por estructurar políticamente el Nuevo Mundo, de suerte de asegurar su grandeza estaban, siempre, enredados en las conveniencias de los países imperialistas. El anhelo de los mejores hombres se rompía contra los intereses de los grandes capitales. Esto en lo exterior, que de lo interno, reflejo del tráfico comercial de la política de cercanos y remotos vecinos, y de un poder público ato-

mizado y caudillesco, herencia funesta de la jerarquía centralista del gobierno español, la situación, con cualquier motivo, estallaba en rivalidades a punto de transformarse en bélicas, con mucho de guerra civil, aunque los contendientes se llamasen, sin serlo, naciones. Por otra parte, el fracaso de la revolución liberal en el Ecuador debilitó el negocio. Y Guzmán Blanco se vio frente a graves dificultades internas. Se hablaba, por entonces de una intentona de asesinato contra el Presidente, que debía efectuarse un jueves santo entre las solemnidades religiosas. Marcos empezó a detenerse. Quiso continuar, y algo como un viento poderoso le negaba el avance. No podía continuar las gestiones y entonces pasó a Centro América, donde, por lo menos, había esperanza de adquirir un barco para reiniciar hostilidades. La tenacidad de Alfaro obtuvo otras donaciones de partidarios y creó la nueva esperanza para la revolución.

La terrible noticia le sorprendió como un ciclón en mar desamparado. No lo quería, no lo podía creer. Midió la habitación con sus pasos, deslizándose como en el aire. Habíale servido como padre, en los años prósperos de Panamá vigiló su educación y atendió a todos sus deseos, vio cómo crecía su talento. Doctor en leyes lo había hecho para gobernar con él cuando llegara la decisión de su buena estrella. ¡Buena estrella, general de cien derrotas! Y ahora se le moría. Le escribieron, en el maldito papel de duelo que le hizo temblar las manos al rasgar el sobre. Marcos Alfaro había sido envenenado en Guatemala. ¿Quién? ¿Por qué? Jamás podría averiguarlo. Enemiga sin apelación, la muerte le salía al paso: Vargas Torres, Cerezo, Viteri, Marcos, cien más... Nada podía hacerse, como no fuera rebelarse. Fervoroso obediente del destino, respetó el tránsito. En las Logias masónicas de Lima se celebraron ceremonias, a las cuales asistió, maestro reverente y silencioso, Después, comenzó a ir a sesiones

de espiritismo. La inquietud del más allá le torturaba. Acaso así hallaría la explicación a tantas cosas y fortalecería su alma con la más inmediata presencia de Dios. A la verdad, lo buscaba siempre.

***

Las horas lentas en los períodos de amargura transcurrían como si el tiempo jamás hubiera tenido otra alternativa que la del mal. Si miraba el mañana, era lo mismo que extender y acrecentar el mal. Si echaba las miradas atrás en el pasado no encontraba otra cosa que mal. Seguridad terrible y quemante de un presente horro, infinito, perturbador de los sentidos.

Parecía, en veces, irritado. Endeudado, pobre ya sin recursos, todo lo esperaba de las ideas que un día cualquiera tomarían cuerpo físico como las sombras de los muertos en la eternidad. Por las noches, se lo veía dar un paseo de sonámbulo. Recordaba a los hijos, a sus pequeños ausentes. A su Anitilla dulce y abrigada A la buena y valerosa madre, que vivía también su destierro voluntario en una pequeña ciudad de Costa Rica. Cierto día, tuvo algunos centavos pobres y pudo comprar una muñeca negra, una chomba para la menor de sus hijas. El mismo la empaquetó y la depositó en el Correo. Cuando le respondieron que no le había gustado, forzó el buen humor en estas líneas: “Aquí no hay otras. Anda a Jamaica para que consigas una más grande y más bonita, que cante y que baile”.

Por entonces llegó a Lima el general Antonio Maceo, pobre como él. El encuentro le fortaleció como una madrugada plácida en el campo. Volvió a sentirse joven y audaz. Largos diálogos con el valiente campeón de la libertad de Cuba. Juraron ayudarse mutuamente. Ya el entusiasmo le inundaba como antes. Con su amigo, Nicolás de Piérola, el

estadista peruano, trazaba planes para una vasta confederación sudamericana. ¡Ah, la memoria de Bolívar! ¡Cómo le ajustaba y le expandía el corazón en un alto sueño de gloria! Servíale entonces de secretario privado don José Madriz, que más tarde llegaría a la Presidencia de Nicaragua. Y en un pequeño cuaderno de notas iba dejando las ideas concretas de su futuro gobierno. La letra corrida, descuidada, con la pluma de corte inglés, escribía cuando algún proyecto le venía en mente, "inconveniencia de los Monopolios"–. "Medidas contra los Trusts o monopolios perjudiciales a la comunidad"–. Aplicación de las riquezas de cada provincia para el pago de sueldos a sus empleados respectivos, de preferencia a cualquier otro gasto fiscal"–. "Asegurar renta propia el servicio de los establecimientos de Beneficencia y de Instrucción Pública"–. "Protección a las fábricas e industrias nuevas del país"–. "Hospicios para mendigos... y prohibición de pedir limosnas por las calles..."–. "Telegrafía inalámbrica"–. "Escuelas de Minas, de Agricultura"... Tantas cosas que había por hacer: Casa de Moneda en Quito, protección a las plantaciones de caucho, gusano de seda en la cordillera, nuevos cultivos. Lotería reglamentada para Beneficencia, beneficio del tallo del plátano para la fabricación de papel, etc., conservación de los bosques en los grandes cerros y terrenos elevados para atraer las lluvias, ferrocarriles, camino, ostionales, fomento de esta industria para surtir a la Costa Sur del Pacífico, médicos rentados para curar gratis a los menesterosos...

Así, estudiando, preparándose, luchando contra la adversidad, las miradas clavadas en el destino de la Patria, le sorprendió el año de 1888. El periodo constitucional de Caamaño terminaba y se debían celebrar elecciones "La Argolla" candidatizó al doctor Antonio Flores. Se aprestaron a la lucha los liberales, a pesar de la desventaja contra el oficialismo opresor. El fraude electo-

ral se hizo en un clima de violencia v de persecuciones. El primer día del sufragio, Alfaro ganó la votación, mas se adulteraron las actas, se colocaron votos anónimos y fue elegido Flores. Los diarios liberales estaban clausurados y los mítines eran sometidos a balazos. El pueblo de Guayaquil con el pretexto de que el Vicario de la Diócesis del Guayas había excomulgado al canónigo Pedro Pablo Carbo, se lanzó a las calles gritando su protesta. Carbo era querido por sus amplias ideas y su amor al pueblo. Muchos cadáveres quedaron después de la lucha, pero los conservadores tuvieron que escuchar el grito, el único grito popular de ¡viva Alfaro!, hasta la medianoche, entre le fuego de los fusiles y el galopar de los caballos.

***

Se acercaba a los cuarenta y seis años. Algunos hilos blancos cruzaban su barba y los cabellos, que se hacía recortar mucho. La madurez le había alcanzado y de tan sobria manera, que nadie podía sustraerse a su influencia. Sus mismos enemigos le respetaban, pues no era ya para ellos el vulgar guerrillero de la montonera ambiciosa. Así lo entendió Flores, sagaz, inteligente, listo a manejar los resortes de la buena diplomacia. Previamente había lanzado manifiestos llamando a la unión a los ecuatorianos y después hizo la gestión ante Alfaro. El cónsul del Ecuador en el Callao lo visitó a nombre de Flores. Pedíale que se olvidasen pasadas ofensas en aras de la paz.

–¿Es una cesación de hostilidades lo que se me propone? –preguntó Alfaro.

–Sí, señor general.

---

* Ensayo biográfico de Montalvo por Agustín Yerovi y prólogo de Rufino Blanco Fombona a los “Siete Tratados”, París, Edit. Garnier. Citas hechas por Gonzalo Zaldumbide en su prólogo a “El Espectador”, París, Edit. Garnier, 1927.

Y le explicó que el Presidente quería trabajar por el progreso nacional y por la unión. No enarbolaba ninguna bandera política.

–Lo principal de mi encargo es preguntar a usted las condiciones indispensables para llegar a un acuerdo de sólida amistad:... Las trasmitiré por cable. Y como una demostración de los sinceros propósitos del Gobierno, debo decirle que éste se halla listo a designar a usted inmediatamente Plenipotenciario en la Nación que elija o nombrarle a usted en el puesto que usted mismo quiera escoger.

La respuesta fue tan calmada, que pareció dulce:

–Conteste usted al doctor Flores que el olvido de las ofensas es lo de menos, ya que el principal objeto es la felicidad de la Patria; que la amistad sólida también puede efectuarse, si concurren todas las circunstancias a ella encaminadas; pero que me es muy doloroso se me propongan estas cosas, anteponiendo ofrecimiento de empleos.

Dio excusas apresuradas el Cónsul. Y quedaron –Alfaro quería, antes que nada, ganar el respeto para su Partido –en que consultaría a los liberales que se hallaban en lima. Después de un día, vino la respuesta, no obrando individualmente, como había advertido. Alfaro, sino en nombre de una agrupación política:

–La condición que hemos acordado es la de que, como el doctor Flores no es liberal, entregue el poder al Partido Liberal, ya que el objeto de todos es la felicidad del Ecuador. Que no me entregue el poder a mí, sino a la persona a quien él elija, con tal de que sea de mi bando.

Tenía las manos cruzadas a la espalda y una pequeña sonrisa le salía del rostro.

–Esa no es propuesta, general.

–Si no lo es, no hay otra que dar. Cuando el Cónsul se marchó Alfaro se puso a reír alegremente.

***

Aquella tarde, el propietario del hotel tuvo un gesto conmovedor. No podía soportar que Alfaro usase esos muebles tan viejos. Y quiso cambiarlos por otros nuevos.

Cierto que el cambio resultaba costoso, pero un cliente de tanto prestigio como el señor Alfaro no era cosa de todos los días. Lo pensó aún medio minuto. Luego, abotonóse de un golpe la americana y trepó a la habitación del general, apresurado, pero sin perder la dignidad. Con ancha sonrisa cortés, le expuso el motivo de su visita.

–No –repuso Alfaro, el calor encendiéndole las mejillas–. No señor Lecaro. Por ningún caso... Cuando yo le pague lo que le debo, señor, cuando yo le pague todo...

Y los muebles –los amaba, después de todo–, continuaron así de viejos. En esos días de 1889, la pobreza le acosaba con mil exigencias diarias. No apuntaban soluciones por ninguna parte. Un día, abrió nuevamente las alas del entusiasmo. Había llegado a Lima, y le buscaba, el general Joaquín Crespo, que había ejercido la Presidencia de la República de Venezuela. Viajaba de incógnito, con el nombre de coronel Torres. Largos diálogos fueron aquellos, fraternales y decididos. Una vez, Alfaro le dijo:

–Yo voy a llenarme de gloria fácilmente, dando a los liberales colombianos todo el material de guerra que necesiten para triunfar.

Crespo le interrumpió vivamente:

–Compañero, yo voy a arrebatarle a usted esa gloria, porque hay más probabilidades de que yo triunfe primero en Venezuela, que usted en el Ecuador.

Alfaro le extendió la mano y en tanto apretaba la del general Crespo, le dijo:

–Quedamos convenidos en que aquél que triunfe primero cumplirá con ese sagrado deber

Sellada la alianza, siguieron visitándose. Crespo sentía

la angustia de la pobreza de Alfaro. Y un día le mandó a ofrecer un cheque por diez mil soles peruanos. Alfaro lo devolvió con sus agradecimientos Crespo, esta vez, personalmente, insistió:

–Escúcheme, compañero. Usted necesita: a mí no me hacen ninguna falta esos pesos. A usted no le humillo, porque conozco el origen de su situación, y sé que no puede haber otro más noble y elevado.

Se conmovió Alfaro, sin ofenderse. Pero, ¿cómo aceptar dinero de un extranjero, él que era caudillo de un Partido?

–Yo le voy a hacer un proyecto de ayuda a la causa, general Crespo. Espérese un poco.

Hizo números y cálculos. El precio de un buque, equipos, armamentos. La suma pasaba de los ciento setenta mil pesos.

–Bien, compañero –repuso Crespo cuando tuvo el presupuesto en sus manos–, le proporcionaré esa suma en Venezuela. Lo único que aquí puedo darle es lo que le tengo ya ofrecido, y serán para sus gastos personales.

–Yo no pido nada para mí, buen amigo. Pido para mi país y como préstamo. Mi deber es buscar dinero para la libertad de mi Patria, con la seguridad de que ella ha de reembolsarlo muy en breve. Mis asuntos personales, son otra cosa, una cosa solamente mía.

Cambió la conversación sin dar sitio a la réplica. Lentamente, desenvolvió sus proyectos revolucionarios y aquéllos tan queridos de la Gran Colombia. Crespo tuvo que marchar, siguiendo su viaje por América. Alfaro, acosado por las necesidades, no tenía, en veces, ni cómo comprar sellos de correo para escribir a su Anita. ¡Cuánto hacia

---

* Carta fecha en Lima el 22 de julio de 1886. Archivo del autor.

para que no faltaran sus cartas! Tierno, enamorado, perder un correo le costaba harto pesar. “Anita idolatrada de mi alma –empezaba casi todas sus cartas–,... en el vapor del día 6. que marcha para esa un pasajero conocido, te mandaré mi reloj, sintiendo no tener una joya de más valor material que mandarte, para que en un caso de extremo apuro la empeñes, mientras que te hago remesa para que la recojas... Ese reloj tiene algunos meses más de la edad de nuestra hijita Colombia. Lo he llevado siempre. Ha hecho todas mis campañas: ha estado preso conmigo, y se ha parado en el mismo momento en que me hundí en el mar en el combate de Jaramijó. El horario y el minutero, no hay, pues, que tocarlos, porque marcan un momento supremo de mi vida. Ese reloj, sabiéndose de quién es, refinado en Guayaquil, produciría miles de pesos, pero yo lo reservo para obsequiarlo al Museo de Quito, a su debido tiempo... Ahora, a mí no me hace falta ya, porque lo que necesito es un reloj que ande. De vez en cuando hay que hacerlo aceitar para que el óxido no destruya las piezas de acero de la maquinaria. Me causa impresión hacerte tanto encargo por una cosa que no vale dos cominos; pero no puedo evitar ser simple con cualquier cosita que le tenga cariño...”

¿Qué hacer aún? Esperar, y nada más. ¿Quién preguntaría al dueño del hotel si Alfaro pagaba puntualmente sus pensiones? El señor Lecaro había respondido que sí, pensando que se trataba de algún enemigo político.

–Siento mucho que se vea usted obligado a mentir. No debe ser ningún enemigo... Sospecho que se trata de Macay, viejo amigo de la infancia. Está desagradado conmigo por no haberme querido retirar de la política. Después del combate de Jaramijó, me vi precisado a girar una letra a su cargo. No la quiso cubrir...

Pocos días más tarde, recibió carta de Macay. Autorizando por la intimidad, hacíale reproches, echándole en

cara el abandono de su familia y el que viviera tan pobremente en Lima. Lo sabía todo. Hacía tiempo que Alfaro había escrito a doña Anita diciéndole que le parecía bien retirar a su hijita Colombia del colegio “Por ahora no se puede hacer ese gasto...” mientras tanto, que estudiara en la casa y que tuviera mucho cuidado en corregirle las planas. Macay, al final de la carta, confesábale que sus riquezas habían aumentado y las ponía a su disposición. Alfaro, con la carta entre las manos, no acertaba a hacer nada. Saltó de su silla, abrazó a Roberto Andrade que le visitaba, y se puso a decir lleno de gozo:

–Ahora si que marchamos, Andrade. ¡Viva la libertad del Ecuador!

La casualidad, la buena y maravillosa casualidad venía en su auxilio. Le repuso: “Te espero con el fusil al hombro... El triunfo, te lo garantizo, es nuestro desde ahora. No te puedes negar. Algo tienes qué hacer por el Ecuador, y es este el único momento en que podrás hacerlo”.

El tiempo iba transcurriendo. Esperaba la llegada del correo fuera de si. Y cuando cierta tarde, en aquel invierno tan húmedo de Lima, tuvo en sus manos el sobre de filos negros, le dio vueltas y vueltas sin abrirlo. Se acercó al escritorio. El corazón apresurado, comenzó a leer. Tenía abiertos grandemente los ojos y el labio inferior, como nunca caído. Aturdido, largos minutos estuvo así, sin entender nada, sin hacer nada, impasible, inmóvil como una hoja solitaria cuando el viento ha muerto. De súbito levantó las manos al cielo y exclamó desgarrándose la voz:

–¡En qué he delinquido, Dios mío!

Macay había muerto. Dejó que los minutos vagaran en su cuarto como ideas sueltas y extrañas. Después, buscó sus papeles, los enrolló debajo del brazo y marchó, los ojos duros y la cara en sombras, en busca de Nicolás de Piérola, a seguir discutiendo las bases de la confederación sudamericana.

***

Las desgracias seguían cayendo sobre él como hambrientos pájaros oscuros. Fue Montalvo, después, el 17 de enero de 1889. No le llegaban cartas del amigo admirado. Sabía que se hallaba en París, enfermo y sin recursos. El presentimiento no le daba sosiego. Le desesperaba no poder auxiliarle y constantemente decía que la situación de Montalvo tenía que ser mucho peor que la de él.

Y supo de su muerte elegante. Le habían operado de un derrame pleural. Rehusó la anestesia. Cierto día aseguró sentirse mejor. “Toda mi vida se concentra en mi cerebro...” Cuarenta y ocho horas después, comprendiendo el fin inmediato, se vistió de frac, diciendo a un amigo “El paso a la eternidad es el más serio del hombre. El vestido tiene que guardar relación”. Teatral como siempre, empezó a morir, pero antes pidió que le comprasen flores, porque “un cadáver sin flores me ha entristecido siempre...” No poseía más que cinco francos y con ellos, apenas cuatro claveles se pudieron comprar.*

***

Terminaba el 1889. Los amigos más queridos habían muerto. Era como una siembra en el alma. Desfalleció en el principio, sacudido, roturado, pero, después se llenó de florecimientos. Una rabia tranquila le ganó. ¿Y por qué la derrota? La batalla continuaba: un cambio de frente, un flanqueo y todo podría remediarse. Buena siembra la de la muerte...

Y estaba así, ya encendido, cuando cierto amigo de Centro América le escribió noticiándole que Macay le había dejado un legado en su testamento. Debía ir personalmente para los arreglos judiciales, pero veíase obligado a dar la vuelta por el Atlántico para no caer en manos del

Gobierno a su paso por Guayaquil. Y aprovecharía para llegarse a Caracas, reclamar las ofertas de Crespo, conocer muchos países, abrazarse de la tierra americana... irá por el Continente, nuevo Colón de la libertad, de país en país, en procura de auxilio para la batalla. Pudo reunir algún dinero con los amigos. Y partió. Nunca en sus ojos se adivinó más dolor y nunca tampoco más tremenda resolución de vencer.

IV
La deuda Gordiana

Escaso equipaje y muchos recuerdos. No podía tolerar las cebollas en las comidas. Se levantaba de la mesa malhumorado y quedábase largas horas en cubierta, fijo el espíritu en el hogar. Días perdidos y dulces. Años que se fueron despacio, entre horas de cólera cuando le robaban la correspondencia en el Correo de Lima, porque los enemigos le perseguían hasta en la vida privada. Horas también de sana alegría, como cuando tocaron en su delante el valse que compusieran en su honor: "Alfaro en Lima". Mirando ahora los horizontes marinos, reía, la memoria fresca en las bromas que hacía a doña Anita. Como aquella vez que le escribiera: "...He comprado anteojos. Tengo que pedir a usted mil perdones porque los estoy usando sin su permiso, en razón de que no le agradará que parezca

viejo siendo apenas muchachón..." Y cuando, medio serio, medio en risas, al hablar del cojo Proaño, de quien decía que se había trocado en enemigo rufián, agregaba: "por el fruto se conoce el árbol, dijo mi hermano mayor. Jesús".

* Roberto Andrade, ob. cit., pág. 212 (Reproduce, además, Andrade este despacho telegráfico de El Salvador a El Comercio, de Lima, publicado el 21 de agosto de 1890: "Mediante los esfuerzos de las Legaciones de Costa Rica y Nicaragua, y del General Alfaro, los Gobiernos de El Salvador y Guatemala están en camino de celebrar un tratado de paz").

** A. T. Barrera, ob. cit., pág. 21.

Anita querida del alma ¿podría llegarse al istmo antes de seguir a Centro América? Muchas cartas había escrito y seguiría escribiendo a sus hijos, en pequeños papeles, adornados de flores, a todo color, y en ellos les mandaba besos y advertencias. Todavía vivía su hermano Marcos, cuando doña Anita, en una carta, le dijera, algo colérico:

"...ya estarían tú y Marcos con sus elucubraciones que a nada conducen, sino al sufrimiento de ustedes y de los suyos". Y él, entre bromas, le había dicho: "Aún cuando tú me dices que no tenga esperanza de que se suavice tu carácter, yo creo que sí lo conseguiré, porque todos los días le voy a poner una esperma a Santa Rita, que no puede por menos que hacerme ese pequeño favor, siquiera por temor a mi enojo..."

Él tenía sus cosas y ella por sus hijos, no podía seguirle, sin protestas por los caminos de la aventura. Sí, tenía sus cosas, y era tozudo en las ideas. Sustentaba por esa manera su fe. Un caballero ecuatoriano le visitó, acompañado de su esposa, en Lima. Y había dicho a la señora:

–Mi esposa pagará a usted su visita en Guayaquil.

Pero cómo se había puesto de pena cuando su Anita cayó enferma. Lo recordaba, las manos descansando sobre la borda, sin ningún ruido que le cortase la evocación. Una leve sonrisa le cruzaba la cara. Palabras confortadoras le había escrito, orgullosas también: "...No creas que te vas a morir, porque tienes que vivir para que cuides de nuestros hijitos. A la vuelta de algunos años, lo probable es que me muera yo, porque la tarea que me ha impuesto Dios debe tener su término, y estoy seguro de que los sufrimientos han de continuar hasta rematar con mi vida. Pero sufrimientos y vida glorioso que han de llenar de justo orgullo a los míos, especialmente a ti y a mi prole... Y sobre todo, nadie muere la víspera, a no ser que tenga la debilidad de abreviar sus días imaginándose que debe vivir como Matusalén... Cuando yo me muera, que,

entre paréntesis, debo advertir que no puede ser pronto, porque todavía tengo mucho qué hacer en esta bendita tierra, entonces sí seguirá tu turno, después de muchos años. Llegarás a ser una viejita muy regañona, pero siempre muy respetable; y cuando la gente te vea pasar dirán con respeto señalándote: ésa es la viuda del héroe, y tú, más orgullosa, con justo título, que la generalidad de las mujeres, vivirás resignada y confortada con mi recuerdo y siempre protegida por Dios y cuidando de nuestra ilustre prole. Ya ves, pues, que no debes ni puedes morirte antes que yo... Mucho te encarezco que dejes temores a un lado para abreviar la convalecencia de Colombia; en la demora está el peligro".*

***

Cuando estuvo en Chile –pocos días–, lo primero que hizo fue no comer en el hotel. Hacíalo en casa del periodista Juan Murillo, exiliado también, cuya esposa disponía, en honor de Alfaro, las comidas sin cebollas.. Prosiguió a la Argentina, deteniéndose en Mendoza, para recordar mejor la figura de San Martín. Bella y larga carta escribió a un amigo, evocando la memoria del prócer. En Buenos Aires, doña Carolina, la esposa del compatriota Moncayo Avellán, también le sacó de apuros, ofreciéndole comidas sin cebollas. Detúvose más tiempo aquí, porque se halló sin recursos. Hizo amistad con Bartolomé Mitre, como la había hecho en Chile con José Balmaceda, pero, cuando Mitre le preguntaba en qué servirle, ¿cómo descender a pedirle dinero? Esperó el auxilio de los íntimos y se entre-

* Sólo por la coincidencia entre la observación empírica de un aficionado a las lecturas históricas como Alfaro, y la teoría de un gran pensador, recuérdese los periodos generacionales de quince años de Ortega y Gasset.

tuvo en su correspondencia, gran escritor de cartas como era, hasta que le dieron las señas de un comerciante italiano por el que indagaba. Hombre rico ahora, le era deudor de una apreciable suma desde los tiempos prósperos de Panamá. Le buscó. Y recibió lo necesario para llegar a Caracas.

De todas partes donde hubiera una estación de correos escribía a su Anita y a los suyos. Informábale que en Buenos Aires tenía parientes por parte de su padre, pero "como estoy haciendo el viaje de incógnito... dejo ese reconocimiento para después. Entiendo que son ricos y por delicadeza debo proceder como hago". En Venezuela también tenía parientes: entre los primos, cuatro generales. Y lo más importante de todo, por ahora, para la tranquilidad del hogar, decíalo en cada carta: el legado de Macay. Es positivo... No lo dudes... Es muy positivo y debe ser fuerte... Tónico para la ausencia... Porque el general Villegas, que se lo había escrito desde San Salvador, estaba bien informado. El propio hijo de Macay era el albacea. "Ese legado es tuyo y de nuestros hijitos. Te voy a mandar un poder para que tengas mi propia personería..." Y en otra vez: "el legado del pobre Pepe tiene que ser fuerte, porque él decía que la mitad de sus bienes me pertenecía... Por supuesto que si Pepe me hubiera legado todo, estará muy distante de haberme indemnizado ni la décima, no digo de mis sufrimientos, pero ni de mis perjuicios..."

Conoció Uruguay y Brasil. Y cuando llegó a Caracas, quedó sorprendido: jamás imaginara el recibimiento que le hicieron. Hombre sin complicaciones oscuras en el alma y aunque las tuviera, sabía ocultarlas–, a pesar de su ambición, permaneció absorto. Sus ambiciones se ajustaban a las ambiciones nacionales. Con él viajaba la propia tierra, barro de ella él mismo, naturaleza completamente telúrica, llena de su trágica textura. Si admiraba a Bolívar, nunca –salvo en lo íntimo– salieron para oídos aje-

nos las habituales palabras del Libertador: “mi gloria”. Por eso, se sobrecogió cuando le trataron como a un héroe. Silencioso y tímido, las flores, los elogios y los vítores lo dejaron con el alma recogida. Se publicaron poemas en su honor. Las mejores columnas de los diarios enaltecieron su figura. En la noche de aquel día, la juventud de Caracas desfiló con antorchas y cantos. Algo tan poderoso le dominaba, de suerte que vivió esas horas como en el aire, suspenso de todo lo que oía y veía. Cuando quiso analizarse el corazón, no pudo. Fracasó en su empeño y, encerrado en su habitación, fugó escribiendo: “Me hallo en la gentil Caracas: cuando después del aplauso y de la pompa, vinieron la soledad y el silencio nocturnos en mi cuarto, me admiraba de haber sido yo el objeto de tantas efusiones afectuosas en una de las principales ciudades de la historia hispanoamericana”.

Nunca olvidaría esos días.

Le visitó el general Ignacio Andrade, en representación del general Crespo, que hallábase ausente, y le hizo entrega de un primer aporte para la revolución. Crespo empezaba a cumplir sus promesas que hiciera en Lima.

Apenas pudo llegarse a Panamá. Luego, halagado por las cartas y las promesas, enrumbó a Nueva York. Allí contaría con el apoyo de la firma comercial J. M. Larralde y Compañía, de liberales venezolanos, que sirviera de centro de aprovisionamiento a los rebeldes de Venezuela. Le ayudaron, sí, en todo lo que pudieron. Hizo amistad estrecha con Larralde y después, en mucho tiempo, no dejarían de escribirse comunicándose los sucesos de ambos países. No desesperó cuando le fue imposible reunir todos los fondos necesarios a la expedición. La sagaz diplomacia del Presidente Flores no fue ajena a los obstáculos que halló para negociar a crédito un buque. En tanto, alimentado de fracasos, conoció a exiliados de países hermanos e hizo perdurable amistad con el gran

José Martí. Y a pesar de no haber tenido éxito, sus voces interiores le avisaban que pronto habría de gobernar en el Ecuador: así, tuvo conferencias con personas que más tarde le podrían ayudar en la construcción del Ferrocarril de Guayaquil a Quito, exigencia vital, fisiológica de la Patria.

Marchó, por fin, a Centro América. Detúvose en Costa Rica, junto a la anciana madre. Llegaba con los cabellos y la barba casi blancos. Aún no contaba los cincuenta años, y aparentaba tantos. Era su hijo, y era distinto: se había conformado de adentro hacia afuera, hasta la voz llena hoy de acentos maduros. Y cómo no se transformara, si ella misma le había dicho en toda ocasión, cuando se lanzara a sus salidas de quijote: "Anda hijo, anda y cumple con tu deber".

Conversarían de esas horas inquietas como las aguas turbias de un torrente sobre las piedras. Recordarían los años remotos y campesinos, en el pueblo manabita, hasta donde llegaba el aire salado del mar. Se unirían las manos y estarían así, hablando, hablando hasta muy tarde, hasta mucho después de que se hubieran muerto las luces en la casa.

Y luego, a buscar el legado de Macay. Cartas y cartas a su Anita, dándole razón de las gestiones. Cuando las minas de El Corozal se incendiaron, cuando todo se liquidó en un día, cuando vino la quiebra, Alfaro perdió sus capitales. Macay trabajó después y reflotó la empresa, ya él solo. ¿Y lo que había sacrificado el otro? Con el legado le compensaría en algo... pero he aquí que nada

---

* Eloy Alfaro. Deuda Gordiana. 2.ª Edición, Quito, Imprenta Nacional, 1896.

pudo hacer. Abogados, tinterillos, familiares interesados, todo lo enredaron. Remate de los bienes, prohibiciones legales, sabe Dios cuántas cosas rabulescas se invocaron... Nada le dieron. Y eran todos aquellos bienes para su mujer y sus hijos. "Cuando más –decía una carta–, tomaré una pequeña parte a título de préstamo". Como la suma habría de ser fuerte...

Hallábase en el Salvador aún cuando las relaciones con Guatemala y Honduras se perturbaron. Los ejércitos fueron movilizados. Y uno que otro combate se había producido. Alfaro, amigo personal de los tres presidentes, generales Ezeta, Sarillas y Bográn, se puso a trabajar en favor de la paz. Todo se lo contaba a doña Anita: "...Quizás mi permanencia en esta capital sea muy útil para la paz de Centro América. Nuevamente estoy haciendo valer el prestigio de mi nombre en tal sentido, y ya los beligerantes están en vías de arreglo. Ya ve usted, pues, que sin embargo de ser lo que te digo doña (¿cómo se llama la viejita aquella que fuiste a visitar?) sin embargo de ser... sé también hacer el papel de buen obispo, cuando hay ocasión para ello. En el caso presente, para mí es un timbre de gloria... Yo vivo en el Hotel Alemán que se encuentra situado a media cuadra del cuartel de artillería... "Y se ponía a contarle los apuros en que se vio cierto día cuando estalló una sublevación. No podía salir del hotel, pues sería el blanco de los tiros, y allí se estuvo, en su habitación, sin agua y sin comer, hasta que, valiéndose de una estratagema, pudo salir y refugiarse en casa del Cónsul de Venezuela, Rafael Reyes, cuyo nombramiento había sido conseguido por Marcos Alfaro. "...Todas las circunstancias que ocurrieron –por poco fue detenido–, me hacen creer que hubo intrigas violentas contra mí, pero como Dios me lleva siempre de la mano, no hay cuidado".

Era un pequeño incidente sin importancia. Sublevacio-

nes en Centro América eran muy frecuentes. Lo que valía era que las gestiones de paz habían dado frutos. Los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica mediaron y designaron plenipotencias en El Salvador. La presencia y los consejos de Alfaro iniciaron el éxito. Después, un Congreso logró el tratado. Se le rindió al caudillo ecuatoriano calurosos homenajes de gratitud. El Plenipotenciario de Guatemala escribíale: “Querido amigo: a la paz que acaba de sustituir a una guerra, que habría sido la más sangrienta y desastrosa de cuantas han ocurrido en Centro América, usted ha cooperado noble y eficazmente, y merece bien de las cinco Repúblicas, que van a reportar grandes beneficios de tan feliz desenlace. Yo, en nombre de mi Patria, en el de mi Gobierno, y en el mío lo declaro así, y doy a usted las más expresivas gracias”.* Y el parlamento de El Salvador declaró que Alfaro merecía bien de los cinco países centroamericanos a los que había servido noble y eficazmente.

No se detuvo allí Alfaro. Si era de soñar en sus viejos temas, no perdía ocasión. Se puso a escribir y a someter a la consideración de prestigiosos centroamericanos el ideal de Morazán y Justo Rufino Barrios, la Unión de Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Honduras y el Salvador, en un Estado Federal. “Unión hermana –decía– de la que debería alzarse más al Sur, sobre el solar de la Gran Colombia, preludios ambas uniones de otra más vasta, la Continental”.**

***

Terminaba 1890 y se dirigía apresuradamente a Panamá. Era su rostro impermeable a las emociones, pero ahora no podía ocultarlo: la ansiedad era tal, que parecía faltarle, el aire; y los ojos, inquietos y móviles, eran los de una persona que, de súbito, hubiera perdido la orientación. Nada podía hacer para imprimir mayor velocidad

a los medios de viaje. Malos caminos, buques que no garantizaban itinerarios, deteniéndose en cada puerto... A las seis de la tarde del primer día de 1891, llegaba a su casa. Había casi corrido por las calles, el rostro húmedo, reventándole el sudor en la frente, desaliñado, con los brazos agitados. Una hora antes había nacido su último hijo. Contempló con los ojos velados a su Anitilla buena, y luego tocó al niño, inclinó la cabeza, puso su mejilla contra la pequeña frente, pálido, pero con risas en todo el rostro. ¿Cómo llamarlo? doña Anita, esta vez, reclamó insistente:

–Eso sí que no. Ahora, déjame a mí. Se llamará Eloy.

–Bueno, Anita, pero Colón también. Le pondremos los dos –Colón Eloy, saboreó letra por letra– y firmamos la paz, ¿quieres?

Y los días tomaron a ser dulces. Ella había conseguido el permiso de residencia y casi no había dificultades para que pudiera "salir y volver. Aquellos días cuando se quería expulsar a los extranjeros de Panamá estaban lejanos". Querido Panamá de los mejores días de mi vida. El amor le envolvió otra vez en su magia imponderable. Halló a los hijos crecidos y muy sabios. Pequeñas sorpresas milagrosas de todos los días en el hogar, después de tantos años de ausencia. Era feliz. Nadie pudiera imaginar que ese hombre apacible era el mismo de las luchas a muerte y de las gruesas palabras de soldado cuando estaba ordenando un ataque. Y ambos, en los atardeceres, cuando los niños habían ya cenado y podían quedar solos, empezaban a hablar sin fin, de todo, de lo más importante y de lo baladí, de lo trágico y de lo alegre, de las menudencias y de los grandes problemas de la política, para los que doña Anita tenía silencios expresivos que él pasaba por alto. En veces, en aquellas pueriles y deliciosas horas, hacíase exámenes de conciencia. No, en realidad, no había faltado a su mujer. Su vida errante no había tenido

sitio para aventuras de amor. Era fuerte. Se enjuiciaba, pensando en las horas de soledad. Tal vez en una esquina cualquiera dejó algo de sí, pero no el espíritu. Nadie sabía de eso ni lo sabría nunca. Ni sus íntimos conocieron nada que pudiera dañar el austero sentido que de la moral poseía. Y pensando en estas cosas se quedaba, hasta que se sumergía en la pura ternura para lavarse las malas ideas.

Sólo que no podía olvidar su tarea: escribía cartas políticas. Por entonces, muchos jóvenes se dirigían a él en demanda de consejos. He aquí cómo respondía cierta vez:

> "...Acuérdese usted de los períodos históricos de quince años que invariablemente han venido ocurriendo en el Ecuador y que señalan las transformaciones fundamentales: el año de 1830 se adueñó Flores del país, y duró hasta 1845, quince años, en que cayó; degenerado el partido vencedor, sucumbió en 1860, a los quince años, y se apoderó del solio García Moreno, hasta 1875. Ahora tocamos ya los limites de otro período histórico, bien corrompido por la iniquidad floreana... Tengan presente estos antecedentes los amigos desalentados, recuperen el vigor y procedan con entera confianza en sus resoluciones redentoras. La tarea de reaccionar a los desanimados le toca a usted...".*

Y como se acercaban nuevas elecciones y se habrían de repetir los antiguos atentados, daba sus consejos:

* Roberto Andrade, ob. cit., pág. 209

"...Deben protestar en favor de la dignidad de la Patria; y esto hay que hacerlo en la escala en que se pueda. En el acta respectiva, que es indispensable formular, debe constar que se abstienen de proclamar caudillo o Gobierno plural, hasta tanto se conozca la voluntad de la mayoría de los ecuatorianos. Nómbrese un jefe civil y militar de la Provincia; y cuando otra provincia secunde el movimiento inicial, acuérdese, también por acta, la designación de un Director de la Guerra o General en Jefe del Ejército... A mi llegada allá se terminarán los demás arreglos que sean necesarios para asegurar el triunfo..."

Un año más y terminaría el período presidencia de Antonio Flores. Era, pues, el momento de preparar la transformación. Con singular habilidad, Alfaro manejaba su correspondencia, grabando en el corazón de sus partidarios las consignas más fáciles y más claras.

Porque, si no podía usar de las balas de plomo, emplearía "las balas de papel". Y las empleó certeramente cuando la opinión ecuatoriana estaba debatiendo una cuestión fundamental: el arreglo de la deuda externa. Antonio Flores había repetido hasta la saciedad que era indispensable restablecer el crédito del país para lograr el progreso nacional. Y para ella, era urgente el arreglo definitivo de la deuda que había heredado el Ecuador al separarse de la Gran Colombia en 1830. El origen de tal deuda estaba en

---

* Véase esta carta de agosto 6 de 1891, a Francisco Grau y Cot, de Lima. "Notando en el libro Estudios Históricos, de don Roberto Andrade. que ha sido editado en la imprenta de usted, he recomendado a un amigo remitiera a usted $200,00, y después le he prevenido mandarle $300,00 más. La cantidad que usted reciba de mi cuenta, le ruego ponerla a la orden de mi citado amigo, señor Andrade". Archivo del autor.

los empréstitos que Colombia levantó en Europa para consolidar su independencia de los españoles, empréstitos que Colombia levantó en Europa para consolidar su independencia de los españoles, empréstitos perdidos en gran parte en Londres, entre comisionistas, intereses usurarios y negociaciones inhábiles. Hacia 1834 un congreso de plenipotenciarios acordó la distribución de la deuda, pero el Ecuador, bajo el mando del general Juan José Flores, harto ocupado con los menesteres de casa, no concurrió a la discusión. Le tocaron veintiuna y media unidades –cincuenta a Nueva Granada, después llamada Colombia, y veintiocho y media a Venezuela–. Aquello equivalía a cerca de un millón y medio de libras esterlinas. No obstante haberse argumentado en favor del Ecuador que fue el primer país en dar la voz de independencia el 10 de agosto de 1809, que en su territorio, liberado prontamente, no se emplearon las sumas que en los otros, que era un país pobre y que, a más, no había recibido en herencia otra cosa que una vieja e inútil fragata, la "Colombia", y la miserable cantidad de dieciséis mil pesos; no obstante todas esas razones esgrimidas por amigos el arreglo fue aprobado. El congreso extraordinario ecuatoriano de 1837 aceptó para siempre el compromiso que tanto había de pesar en la desorganizada economía nacional.

Muchas oportunidades de buen arreglo se perdieron, unas por negligencia, por rapacería de malos ecuatorianos otras, hasta que en 1852 se celebró el contrato Mocatta-Espinel. Mocaría, enviado por los tenedores de bonos, propuso enviar colonos si a los acreedores se adjudicaban territorios. En 1854, el contrato quedó perfeccionado. Se condonaban un millón de libras en intereses, pero se aumentaron al capital cuatrocientas mil libras también de intereses, y por la mitad de los que estaban vencidos se emitirán otros bonos, llamados bonos ecuatorianos provisionales, los que se debían amortizar, parte, con una apre-

ciable cantidad que adeudaba el Perú, y que justamente acababa de reconocer un año antes, y parte, con terrenos baldíos. Derivaban del acuerdo una verdadera donación de extensos territorios en la provincia de Esmeraldas y luego una fuente de especulaciones y manejos turbios.

Por 1857, apareció en el Ecuador un señor llamado Jorge Santiago Pritchet, nuevo comisionado de los acreedores, a solicitar que se le adjudicasen terrenos baldíos, en conformidad con el contrato Mocatta-Espinel. La conversación de los bonos, hasta entonces, no se había efectuado como lo prescribía el contrato, sino como lo ordenara la voluntad de acreedores desconfiados. Pritchet marchó a Esmeraldas, reconoció los terrenos y firmó un contrato, por el cual se daba a los acreedores, por bonos y provisionales, o sea, por intereses vencidos, doscientas mil cuadras de terrenos en Esmeraldas, cuatrocientas mil en las provincias del Azuay y del Guayas, y dos millones en el territorio oriental. Pero ocurrió que el Perú reclamó, aduciendo que los territorios orientales se hallaban en disputa y la concesión no pudo hacerse efectiva. Fue entonces cuando el Ecuador hubo de gastar dinero y energías para oponerse a la invasión peruana que organizara el general Castilla, Presidente del Perú, y fue entonces también cuando se derramó tanta sangre en la guerra civil que llevara al poder a García Moreno.

A pesar de todo, en 1860 un señor James Wilson fue autorizado por Mocatta, que era Cónsul inglés en Guayaquil, a apropiarse de cien mil cuadras en Esmeraldas. Un ingeniero francés, Onflroy de Thoron, autor de un libro titulado Amenque Equatoriale, y que acompañara a Wilson a hacer las mediciones, decía de éste que era un “sujeto palurdo y tacaño”. Ya habíalo denunciado como un aventurero y delegado sin poderes bastantes. Pero García Moreno, que tan severo solía ser con los picaros, se engañó y creyó en el extranjero, protegiéndole, hasta que unos

años más tarde presentose en Quito otro enviado. Miguel Parys Moreno, desautorizó a Wilson, se revocó la escritura anterior, y nuevamente se hizo la adjudicación de los terrenos, esta vez a Parys Moreno.

Mientras tanto, el inmenso ovillo de los intereses se enredaba y aumentaba la deuda. Antonio Flores fue enviado a Londres por García Moreno, como agente diplomático, en 1860, y después nombrado Comisionado Fiscal para que se entendiera con los acreedores, pero su desempeño no fue aprobado por el Gobierno del Ecuador. Desde entonces. Flores creía que él podría terminar con el viejo compromiso, y se propuso hacerlo cuando llegó al poder. Hacia 1869, García Moreno había ordenado la suspensión del pago de las amortizaciones hasta lograr un acuerdo equitativo. Y así estaban las cosas.

La gente no entendía nada de esos asuntos. En todo, naturalmente, veía malas mañas y ni siquiera leía con atención las informaciones oficiales. Casi nadie se enteró por eso de que, según el contrato Mocatta-Espinel, los tenedores de bonos tenían sólo el plazo de veinticinco años para pedir y tomar posesión de los terrenos baldíos que se les hipotecaban, vencido el cual perderían sus derechos y los bonos quedarían cancelados. Pero Flores en el poder, hacia 1887, obtuvo un decreto legislativo por el que se facultaba a su Gobierno a invitar a los Tenedores de Bonos para que constituyesen en Quito un comisionado con plenos poderes. El plazo estaba vencido y los bonos aquellos deberían haber quedado cancelados. La deuda, por consiguiente, había, en realidad, bajado mucho. Cierto que se habían producido dificultades para los arreglos, pero ¿justificaba eso que el Ecuador se apresurase, sin aprovechar de las ventajas obtenidas ya, a complacer a los acreedores? Un sindicato francés ofreció un empréstito al Ecuador, construcción de ferrocarriles y de muelles, establecimiento de un banco, la consoli-

dación de la deuda inglesa... Y ésta era la explicación de que se hubiera removido tamaña cuestión– En 1890 llegaron enviados, comercialmente relacionados con una firma, cuyos dueños eran "sobrinos del jefe de Estado", según lo denunció Alfaro publicamente.* Apoderado de los comisionados franceses, fue nombrado Lorenzo Ruffo Peña, aquél que no había sido leal con Alfaro cuando la negociación del buque "Vinacota" en Lima, y por cuya culpa fracasara la expedición naval, fuera vencido y fusilado Vargas Torres y todo se lo llevara el diablo. Peña era ahora un orondo senador de la República.

Alfaro decía: "...por los actos ejecutivos de uno y otro (Caamaño y Flores), comprendemos que ha prevalecido el nefando propósito de la cancelación de los intereses, sin cuenta ni razón, por las tierras baldías en el número de cuadras señaladas por Urbina y Flores. Mr. Mocatta se habría manejado con más delicadeza".

Alfaro era un estudioso de los asuntos de la Patria. No olvidaba que había sido hombre de números. Poseía documentos y conocía a fondo el problema de la deuda inglesa. Y sobre todo, con tanto como había visto en Centro América y en Panamá, conocía muy bien los peligros de la penetración extranjera. Empalidecía de rabia y de temor por el futuro de la Patria. Él, tan sereno de ordinario, anduvo esos días con los nervios tendidos como una cuerda a punto de arrancarse. Y de repente, se lanzó sobre el escritorio y empezó a escribir, a disparar sus "balas de papel". A poco, en 1891, publicó la primera parte de su trabajo, con el título de Deuda Gordiana. Era un latigazo en pleno rostro de la reacción y de los cómplices del imperialismo. Los folletos circularon clandestinamente en el Ecuador. Los tiros demoledores estaban bien dirigidos. Los ecuatorianos leyeron una a una esas páginas valientes, y el nombre de Alfaro se repitió como el de un estadista que demostraba pleno saber en los asuntos vitales del país.

Hombre de Estado, preparaba en el estudio su gobierno.

Estilo sobrio, hacía el análisis histórico de la infortunada herencia. Y después, uno a uno, enjuiciaba los contratos, como un enterado procurador de buena fe. Recordaba, en el momento preciso, que Antonio Flores, años atrás, había tratado de resucitar los bonos cancelados. Después de la toma de Guayaquil, en 1883, en su mensaje a la Convención, Alfaro destruyó los planes financieros de los conservadores, afirmando que, por el bajo precio de los bonos, cotizados nominalmente, pues no había compradores, se podría arreglar la deuda inglesa quizá por un millón de pesos. Arreglar, no pagar de contado. Y terminaba encareciendo a los legisladores que tomasen providencias “para ponerse a cubierto del espíritu de venal especulación”. Pero después había gobernado Caamaño y Flores era designado Ministro Plenipotenciario en varios países de Europa. La pluma de Alfaro denunciaba cómo entonces la política de “la argolla” quería llevar a feliz término la negociación: un hermano del Presidente –Carlos Caamaño–, celebró contrato con cierto caballero francés, de nombre Landreau, por el cual el primero se comprometía a obtener para el segundo un privilegio para establecer una línea férrea del Pailón, en Esmeraldas, a Ibarra, bajo ciertas condiciones. Landreau ofrecía pagar a Caamaño ciento cincuenta mil sucres de comisión. Pronto surgió la codicia, y Landreau publicó en El Nacional y El Comercio, de Lima, la escritura y la correspondencia cruzada entre ambos. En una de esas cartas, que reproducía Alfaro, Caamaño pedía un adelanto de ocho a diez mil sucres para atender los gastos de su apoderado en Quito y dar algunos convites a los diputados que conviniera atraerse. Los documentos del negocio también fueron publicados en el mismo folleto de Alfaro. Era el primer golpe de gracia a los señores del poder, “No hay, pues, que sorprenderse de que, por medio de persecuciones, saqueos públicos,

asesinatos... incendios, confiscaciones, destierros, prisiones, confinamientos, en fin, levantando el patíbulo y difundiendo el terror y la corrupción, haya preparado el titulado gobierno de Caamaño el terreno no solamente para que hiciera a su sabor el diplomático Flores los arreglos preliminares de la Deuda Exterior, sino para que le reemplazara en la primera magistratura, ¡Infortunado Ecuador!"

Como un general que sabe que la iniciativa de ofender encierra ventajas inapreciables, Alfaro extremaba sus ataques, sin descuidar ninguno de los frentes: "La opinión pública, la opinión honrada e independiente del Ecuador acusa a don Antonio Flores de tener interés y parte principal en los siniestros manejos de esa especulación, cargo, por desgracia, justificado con su pertinaz empeño en favorecer a todo trance la legalización de ese monstruoso convenio". Referíase al contrato Icaza-Pritchet, resucitado por Caamaño. "Floréanos de escuela, de pura sangre, viene a ser a los principales protagonistas de ese siniestro y monstruoso peculado".

Alfaro no tenía pruebas al canto contra Flores. Los manejos eran ilícitos, pero acaso no de parte de Flores, sino de los suyos. Los mismos sobrinos famosos, lo eran de Caamaño, y de él, sólo por su parentesco con Caamaño. Tal vez, sabedor de los beneficios a los parientes, dejaba hacer, envuelto en los intereses de su círculo político y social, con el único que le era posible gobernar. Y esto ya constituía una tremenda responsabilidad, un delito y una farsa. Flores, inteligente y con buena proporción de provechosas intenciones para el país, se destruía porque no le era posible oponerse a su propia clase.

El Congreso obedeció. El decreto legislativo del 21 de agosto de 1890 autorizaba el nuevo compromiso. Alfaro escribía: "analizada la situación económica del país, no parece sino que Mr. Mocatta y sus socios utilizaron la carne y dejaron el hueso: sobre ese hueso es que el hábil

financista don Antonio Flores ha clavado sus aguzados dientes, primero como agente fiscal y después como Presidente, y verificado esto con una audacia que le honra a él; pues nunca ha dejado de condenar los malhadados contratos de Mocatta y Pritchet, a la vez que de favorecerlos por todos los medios que han estado a su alcance. Por la manera como han marchado las cosas, ya alardea hasta de héroe: ¡valiente candidato del presidio!"

El obstáculo para la realización del arreglo no tardó en presentarse: los comisionados del Sindicato Francés, no podían tomar posesión de los terrenos orientales, por el litigio con el Perú. Hubo que apurar el arreglo diplomático. Bien lo habían advertido los europeos con tiempo. A fines de 1889, se celebraron las primeras conferencias en Quito, entre los plenipotenciarios Herrera, por el Ecuador, y García, por el Perú. En mayo de 1890, se suscribía el tratado de demarcación de límites, que satisfacía las aspiraciones peruanas sobre las provincias de Tumbes, Jaén y Mainas; el Ecuador obtuvo la tranquila posesión –no perturbada hasta entonces– de Quijos, Macas y Canelos, y la devolución del sector amazónico comprendido entre la desembocadura de los ríos Chinchipe y Pastaza.

Alfaro, en su folleto, no impugnó el tratado. Acaso pensó que seria mejor una transacción que la perduración del pleito. No querría hacerlo mientras las cancillerías negociaban. Su fino sentido realista le indicaba que, después de todo, el Ecuador necesitaba terminar su litigio. Posiblemente, Flores tuvo razón, por más que exagerase calificando el tratado de "página de oro". Y la tuvo porque el arreglo si bien significaba para el Perú sus máximas pretensiones territoriales confesadas hasta entonces, para el Ecuador no equivalía a otra cosa que a la línea de la mínima concesión. Tal vez Alfaro tuvo una intuición del futuro, y se calló. Sólo que por esos días los ecuatorianos se llamaron a fraude y lanzaron su protesta, contenida, en

lo posible, por el oficialismo.

En tanto. Flores, indignado y temeroso al mismo tiempo por las acusaciones de Alfaro, obtenía del Gobierno colombiano que lo expulsara de Panamá, por considerárselo "peligroso para las relaciones entre Colombia y el Ecuador".

Alfaro salió desterrado, por segunda vez, de Panamá. Viajó a Costa Rica, a Alajuela, donde vivía su madre. Tampoco se dio treguas: pasaba las horas estudiando documentos, hasta que tuvo listo el segundo folleto sobre la Deuda Gordiana, que publicó en 1892.

El Congreso ecuatoriano se había apresurado en aprobar el tratado Herrera-García, y se esperaba la decisión del Congreso del Perú. Roberto Andrade se equivocó, habló con diputados peruanos y denunció ante ellos, utilizando los ejemplares del trabajo de Alfaro, el pretendido fraude en el arreglo de la deuda inglesa, que incluía la donación de territorios disputados. Andrade se vanagloria de haber logrado que el Congreso peruano no aprobase el tratado de límites, en parte, a lo menos, a causa de sus gestiones.* El rechazo de la Legislatura peruana ocurrió en 1893. Colombia, por su parte, veía con buenos ojos que el Perú no ratificara el convenio: interesábale arreglar primero su cuestión de límites con el mismo país. La verdad es que, también y principalmente, al Perú no convenía liquidar el pleito, y, con pretexto de modificarlo, reprobó lo pactado, porque así quedaría con manos libres para continuar sus penetraciones hacia la cordillera oriental ecuatoriana. Necesitaba tiempo, y entorpecía las negociaciones Andrade –pobre iluso– calificaría a los peruanos de gene-

* El Cordero, Balido primero, Guayaquil, noviembre 16 de 1891, Archivo del autor.

rosos, mientras que la indignación ecuatoriana crecía por el rechazo y la guerra estuvo a punto de producirse.

Cosas de Andrade, a quien Alfaro ayudaba para sus publicaciones como bien podía,* cosas de ese aturdido, exclamaría, llevándose las manos a la cabeza. No diría una palabra. Sufrió, como el que más, la afrenta hecha a la Patria. Y se envolvió en el silencio de siempre, ante los dolores que le daba el destino. "pobrecita hermana menor", había dicho del Ecuador cierto colombiano, durante las negociaciones en Lima. De todo aquello, saldría la proposición de someter el pleito al arbitraje del Rey de España. Alfaro lo vio todo perdido, seguro de que los asuntos internacionales del Ecuador seguirían al desastre. Lo dijo y lo repitió durante muchos años, hasta que la verdad lo sacó garante.

Correspondía, en tanto, con Larralde de Nueva York. En últimas cartas le informaba que el general Crespo estaba con un ejército de veinte mil hombres muy cerca de Caracas, que todo el oriente, desde ciudad Bolívar, se hallaba en manos de la revolución, y que él mismo se embarcaría pronto en un vapor, conduciendo ocho mil armas de fuego y dos millones de tiros, cañones... Alfaro había mandado a Larralde una carta para Crespo solicitándole ayuda. Larralde respondía: "Entregaré su carta... Pero francamente le diré que lo creo incapacitado para poderlo ayudar, porque la presente guerra ha aniquilado los recursos de nuestra querida y desgraciada Patria... le acompaño una carta de don Nicolás de Piérola que recibí de París, preguntándome por usted..."

Pero cuando tuvo en su poder el lacónico parte: "Cres-

* Federico González Suárez, ob. cit., pág. 51.

po entró a Caracas", se decidió. Estaba en comunicación con los liberales colombianos, por intermedio del coronel Sergio Pérez, que vivía en Tumaco, y ahora les avisaba que enviaran un agente a Caracas donde se encontraría con él para disponer del armamento que hubiere menester.

Crespo, triunfante, había indagado por Alfaro. Apenas lo supo, embarcó en Puerto Limón. En Caracas no encontró al delegado colombiano, pero Crespo le informó que al mismo había despachado a Bogotá un emisario para tratar de las posibilidades de la revolución colombiana. Un plan de operaciones en Colombia y Ecuador... Cien mil pesos oro... Armamento, ya lo tenía contratado en la costa del Pacífico... Crespo le autorizó sencillamente a que girase a su cargo hasta por quinientos mil bolívares, en el mayor plazo posible, y, en último caso, a la vista.

Se abrazaron con sentimientos fraternos. Y se embarcó en La Guayra con destino a Nueva York. Otra vez allí, con dinero prestado, mientras podía hacer efectiva la primera letra por cincuenta mil bolívares que había girado contra Crespo, inició sus trabajos. No se detuvo mucho: nuevas ofertas prácticas le llevaron a California, deteniéndose en México, donde Porfirio Díaz, de quien fue huésped, le habló con admiración de la hazaña de Jaramijó. Trató de buscar auxilios y, por lo menos, afirmaba su fe, conociendo otras realidades, necesarias algún día para la unión de todos los países hermanos. El futuro común no era una locura allí donde la gran Patria de las antiguas colonias españolas poseía los elementos primeros para la hermandad: lengua, historia, raza. Le obsesionaba el

---

* Juan de Dios Uribe, en el prólogo de Somatén, compilación de artículos publicados en "El Pichincha", primer diario radical parecido en Quito, Imprenta de El Pichincha, Quito, 1896, pág. VII.

derecho público americano. Y siempre la presencia rectora del espíritu de Bolívar le conducía en la búsqueda de la fórmula y la táctica del porvenir.

Luego estuvo en California. Por entonces, el istmo de Panamá obstaculizaba las comunicaciones del Pacífico con el Atlántico y desde California podían transportarse armas con más economía y rapidez al Ecuador. Un compatriota le ayudó. No morían sus afanes en su cabeza como los sueños, otras veces, con las primeras luces intrusas. Pensaba despacio, probando cada pensamiento igual que un viejo catador de tragos lentos de un vino de buena cepa.

***

En Alajuela tenía listas también algunas cosas para la expedición, y marchó hacia allá. Costa Rica le era querida. Allí vivía su madre. Por toda Centro América se movía como en su Patria.

Entraba un día en la casa, y se detuvo sobrecogido, como si un repentino viento helado le hubiera golpeado en la nuca. Hasta se llevó una mano atrás. Inclinó la cabeza, contrajo todos los músculos, y entró al dormitorio de doña Natividad. Todavía ella le miró desde el lecho, con los ojos lejanos, pero no pudo hablarle, levantó dulcemente su mano de cera, cruzada de gruesas venas azules, apretó la de su hijo.

Momentos después, telegrafiaba a doña Anita:

“Dios se ha llevado a mi madre”.

V
Agonía de "La argolla"

Algunas personas –delgadas muchachitas de ajustadas cinturas o grandes plumas blancas en los sombreros alones o finas mantillas de randa conque solían adornarse para la misa de los domingos– se mostraban nerviosas por la cercanía del fin del siglo. Abundaron profetas que anunciaron la destrucción del mundo y el juicio final. Los sueños de las románticas eran intranquilos porque al siguiente día, muy temprano, tendrían que rendir confesión ante el director espiritual, casi siempre un cura gordo, que las habría de asustar con el pecado y la maldición eterna. A lo mejor, aquellas predicciones de apocalipsis iban a cumplirse de repente, con un cataclismo que lo sepultaría todo. Faltaban pocos años, pero ¿por qué no se podría precipitar el tiempo, o bien se pagara algún error del calendario, sobre el que también se disputaba? El sentimiento de culpa, especialmente en las mujeres atormentadas por las inhibiciones de una educación convencional, ponía en las mejillas un cándido arrebol y en los ojos, una bella tristeza. Y acaso,

---

* José Martí, Obras Completas, Carta al General Máximo Gómez, Jamaica, junio 25 de 1894, Cuba – Política y Revolución, tomo VII, La Habana, Edit. Trópico, 1937, pág. 65.

** José Marti, Obras Completas, vol. II, Pág. 54 (Del articulo "Federico Proaño, periodista", publicado en "Patria", Nueva York, el 8 de diciembre de 1894), La Habana, Edit. Lex, 1946.

por eso mismo, se aturdían un poco en los saraos elegantes, los bailes de etiqueta, donde las inmensas colas de los vestidos femeninos recogían el polvo de las alfombras, y la tiesura del frac, y más que nada, la dureza del alto cuello hacía de los hombres figuras un tanto marciales, reverentes y solemnes.

La verdad es que había dinero. El buen cacao resultaba una maravilla; los hombres iban a París hasta ya bien cumplida la mayoría de edad, y las mujeres permanecían soñando en el regreso de los apuestos jóvenes que sabían hablar francés y traían el sortilegio pecaminoso y excitante de los bulevares, de las mujeres malas que perdían a los hombres y de los poemas perversos. Después de todo, y a pesar de tanto, los cuatro años de la Presidencia de Flores habían transcurrido en paz. El comercio habíase aprovechado. La burguesía ganaba terreno. Y la historia se apresta a señalar, de un momento a otro, el instante en que culminaría la crisis para la vieja estructura política del Estado.

Era cierto que Flores había gobernado en paz. Era cierto también que algunas obras materiales habíanse realizado. Flores imaginó una nueva combinación política: el progresismo, que agrupaba a conservadores tolerantes y a ciertos liberales tibios, que creían en la declaración de los derechos del hombre y en nada más. Así. se ufanaba el magistrado, había logrado la unión de los ecuatorianos. No cesó de llamar a la concordia. No vaciló en procurar por todos los medios que el país entero aplaudiera la serenidad de su Gobierno. Sólo que la misma clase feudal, como siempre, era la que mandaba. Flores no era un transformador y no podía liquidarla, ni siquiera mermar sus privilegios. El clero continuaba en su papel de rector de la vida espiritual, y en muchos aspectos, material, del Ecuador. Y si algún patrón, algún jefe de la provincia era faltado por el peón o robado en pocos pesos, entonces la

justicia, a la manera de los grandes señores, se hacia en casa: el martirio del trapiche y doscientos palos, o el cepo y el calabozo a pan y agua. Claro que había bondadosos, con cierto sentido de perdonavidas, pero ya en el castigo o en la benevolencia, la calidad del acto era paterno, sin reconocimiento de derecho alguno. Los peones conciertos vivían como antes esclavizados por las deudas heredadas de padres a hijos. Y el hombre de la calle, analfabeto y miserable, no tenía nada que ver con el país –no era tomado en cuenta–, con su propia tierra ecuatoriana que ni siquiera conocía en la cartilla de la geografía elemental.

Fue por entonces en los últimos meses del periodo de Flores, que se suscitó el escándalo del Obispo de Portoviejo, un alemán llamado Schumacher, que prohibió la circulación de periódicos y revistas liberales impresos en los Estados Unidos. El Ministro de Justicia aprobó la medida y dio orden al Administrador de Correos de impedir la entrada al país de aquellos periódicos y de entregar al Ilustrísimo señor obispo los ejemplares decomisados. Flores, así, cuidaba de respetar los privilegios de la clerecía. Hubiera requerido de extraordinaria energía para que el progreso respondiera a las bellas promesas de libertad. Y el haberlo hecho, hubiérale ocasionado su caída. Empero, se quejó de los conservadores, de quienes afirmó haberse opuesto a su gobierno por haberle combatido en los famosos contratos acerca de la deuda externa. Los Obispos de la República protestaron por la acusación.

Con todo. Flores fue, sin duda, un buen administrador. Nada tenía en común con la vulgar trapacería de Caamaño, su antecesor. Poesía inteligencia y facultades de estadista, si no de vuelo íntegro, cuando menos de realizador. Su peculiar sentido de organización dábale, aunque remota, alguna semejanza con Rocafuerte. Su mala sombra, su aspecto negativo, fue la figura de Caamaño, y el círculo de intereses personales que le hacía coro. Supo administrar,

pero no pudo realizar sus dos más grandes ambiciones de gobernante: el arreglo de la deuda inglesa y la negociación definitiva de límites con el Perú.

Antes de abandonar la Presidencia, dejó estas palabras:

"Nadie ha llevado luto, nadie ha llorado persecución ni destierro". Y había desterrados, como Alfaro y muchos otros liberales, a los que nunca hubiera permitido retomar a la Patria. Los últimos tiempos de su gobierno los dedicó a buscar sucesor. Ninguno mejor que el general Francisco Salazar, Ministro en el Perú por muchos años ya. Era el Ministro de la Guerra de García Moreno, aquel de los fusilamientos de Manabí cuando Alfaro se levantara en armas al madrugarle los veinte años. Venía aspirando a la Presidencia sin conseguirlo y ya iba a colmar sus deseos –hombre necesario a los círculos aristocráticos–, cuando, al llegar a Guayaquil, fue sorprendido por la fiebre amarilla. Muerto Salazar, la combinación política se desarticuló. A buscar otro hombre, y con prisa, a uno que protegiera la retirada de "la argolla" o su permanecía entre las sombras, no por eso menos directoras. Se fijaron así en Luis Cordero, sin tomar en consideración –y acaso por igual razón conciliadora con los liberales– que en 1875, a raíz de la muerte de García Moreno, había fundado y presidido en Cuenca la Sociedad Anticonservadora. Era un cuencano, de vida pulcra, honesto, poeta a ratos, pero débil de carácter. Las elecciones, como ocurría habitualmente, hízolas el gobierno y Cordero resultó Presidente. Plácido Caamaño había apuntado bien. Se hizo nombrar Gobernador de la Provincia del Guayas –el cargo político, entonces y por mucho tiempo, más importante después de la Presidencia de la República–, y obtuvo la designación de Intendente General de Policía en favor de su hermano Rafael, y de Comandante General de Armas –jefe del ejército en la zona– para su cuñado, el general Reynaldo Flores. Todo

en familia, decían con sorna.

De esta suerte, el verdadero amo del Ecuador resultaba Caamaño. Tres diarios –El diario de Avisos, La Nación y El Tiempo– aseguraron que Caamaño dictó condiciones a Cordero: continuación del progresismo, con los mismos empleados públicos; llevar a realidad el contrato del Ferrocarril del Sur, según sugerencias de contratistas de Europa, en las cuales tenía fincadas sus esperanzas de negocios privados... Verdad o no. Cordero se doblegó de todos modos a las demandas de Caamaño.

Y ocurrió que el grupo político gobernante se descompuso rápidamente. A diario se advertían los síntomas de la caída inevitable. Junto al pueblo, poderosamente intuitivo, una aguerrida juventud preparaba el campo político, que presentían los suspicaces. Naturalmente que la verdadera fuerza operante era la burguesía. Muchos hombres, enriquecidos en los negocios, con o sin pergaminos o árboles genealógicos, estaban prontos a favorecer la transformación, en la que serian los rectores de los asuntos públicos. Los jóvenes, eso sí, combatían. Si no había montoneras, había en cambio escritores, como aquéllos que redactaban “El Perico”, periódico satírico, que desde hacía tiempo rompiera los fuegos contra “la argolla”. Dirigíalo un reputado cirujano, Francisco Martínez Aguirre. Era en la época en que para cortar una pierna bastaban un serrucho y un vaso de coñac para el enfermo. Lo demás, cuestión de sujetarlo entre varias personas, en tanto el cirujano hacia de las suyas con músculos y huesos. Contaban que el doctor Manuel Aguirre si encontraba a un amigo sufriendo de

---

* Esta y otras citas sobre el asunto del Esmeralda se han tomado del libro Proceso del Esmeralda, por José A. Castillo, 2.ª Edición corrida y aumentada, Guayaquil, Imprenta de “El Tiempo”, 1896.

algún pequeño tumorcillo, conducíalo al zaguán más cercano, sacaba su cortaplumas y en un santiamén, con un par de buenos tajos, dejábalo sano y grato. Pero Martínez era un artista de vuelo. Dibujante y grabador de extraordinaria valía, a la par que ágil escritor de fina ironía, su periódico era arrebatado de las manos de los voceadores. Las coplas políticas eran hechas por otro hombre de talento, José de Lapierre, cuñado de Marietta Veintemilla. Y secundando un grupo de idealistas liberales, pronto a usar de la pluma como del fusil.

“Cada pájaro taje su propia pluma y en ristre”, decía el lema del periódico. Y a seguido, repetían las palabras de Lapierre “...Si algunas caricaturas se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele”. Venía después el magnífico grabado en madera, firme, recio, de hondura psicológica y perfección técnica. Si era tiempo de elecciones. “El Perico” publicaba, con el juego sobrio de las sombras, las figuras de un soldado, un indio y un cholo, luciendo el mismo rostro, y con esta leyenda: “Tres electores distintos y un solo soldadito”, no se iban a conceder facultades extraordinarias al Ejecutivo, nada mejor que el anuncio de una nueva industria: “P. P. Patricio y Cía., fabricantes de montoneras, títeres, fantoches y demás. Bueno, bonito y barato”. Y al pie, las coplas de Lapierre, firmadas por Ruiseñor.

¡El Penco, que está interesante! ¡El Penco! El pregón de los muchachos se regaba por las calles y la gente comenzaba a reír. Nada se atrevía a hacer el Gobierno, porque la opinión que defendía a los redactores era muy fuerte. Alguna vez, sin embargo, fueron perseguidos y tuvieron que cambiar de imprenta o buscar otro nombre, como “El Califato”, que apareció en 1890. Cierta vez que se había asegurado que Martínez Aguirre iría a la cárcel, muy donoso se puso a escribir: “¿Me enjaularán al fin?

He aquí la pregunta que me ha venido al pico desde hace algunos días y allí la tengo pegada como parche de trementina de Venecia, sin que pueda despegarla. Espera, pues, resignado la respuesta este pájaro triste, triste y flatulento”,

Algunos frailes abrieron campaña contra “El Perico”. El inquieto humor de esa gente no les daba paz. Sección especial mantenía abierta para el clero: “Sermones del loro Predicador”. Allí un viejo loro con sotana, la pata derecha levantada; la izquierda sobre el apoyo del pulpito. ¡Y qué sermones!

Y así, la revolución cobraba vuelos. El humor y la polémica de esos jóvenes hicieron tanto como los teorizantes o los pronunciamientos militares o las montoneras.

Al finalizar 1891, calló “El Perico” y apareció “El Cordero”, con esta declaración: “periódico de propaganda ovejuna. Órgano de los intereses de “La Argolla”... El Cordero está en venta. Hostigado por el foete del oficialismo progresista, me he de ir allá... arriba, al Calvario, donde, sobre el sillón presidencial se padece el dolor de los dolores, en vista de la crucifixión de la Patria; y entonces mi programa será: por el pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Es decir: por el pueblo he de ser rico, pues él con contribuciones llenará mis arcas; para el pueblo todos los gravámenes y con el pueblo en el bolsillo me he de mandar a cambiar hasta... Soy un pillo como todos mis coargollistas, y aunque un día balé plácidamente –¡cómo rabiaría Plácido Caamaño!–, ante el pienso de dulces esperanzas, hoy estoy puesto en el caso de aullar, como los lobos con quienes he contraído alianza”.

Los fuegos del liberalismo contra Cordero estaban rotos, aun antes de haberse posesionado del cargo y todavía antes de las elecciones. Era el pecado de origen que traía a la Presidencia.

Propósito original

muy propio de quien delira
trocarle a don Luis la lira
en sillón presidencial.
Gobernará en madrigal,
al expedir un decreto,
lo hará de fijo en soneto;
y en medio de tanta endecha
hará la "argolla" cosecha
dejando al Tesoro escueto.*

***

Dos años ya de gobernar Cordero. Los peculados de Caamaño, cometidos a su sombra benevolente y cándida, tenían convertida a la administración en hacienda desorientada. La intolerancia religiosa, por otra parte, aguzaba las situaciones de beligerancia. Fue por entonces cuando el obispo Pedro Schumacher fulminó sobre el doctor Felicísimo López la censura canónica ad hóminem. López era escritor liberal radical de intachable conducta. Reunido el Congreso de 1894, López concurrió como Senador por la provincia de Esmeraldas. Le expulsaron por haber sido excomulgado. Era también Senador el notable historiador, después arzobispo de Quito, Federico González Suárez. El prelado se abstuvo deliberadamente de votar, censurando así la conducta de sus compañeros legisladores. Según lo dijera después, en sus Memorias Intimas, publicadas años más tarde de su muerte, la excomunión de López fue impuesta.* González Suárez fue injuriado. El populacho fanático le gritó insultos. Y un zapatero le calificó de hereje y advirtió, como un predicador, que todo aquel que votase por él para diputado al próximo Congreso incurriría en pecado mortal...

El partido liberal se exasperó con el castigo impuesto a López. Caamaño acudió a socorrer a Cordero, cuya cabeza sufría la tormenta, y para ello le sugirió que designase a un liberal de sólida reputación. Alejandro Cárdenas,

como su Ministro de Relaciones Exteriores. Los liberales aconsejaron a Cárdenas que aceptase, sobre todo, porque otro liberal, Luis Felipe Carbo, iría a la cartera de Hacienda. Creían poder alcanzar el poder por medios pacíficos, herederos beneficiarios de la crisis del progresismo. Nombrado Cárdenas, la oferta para Carbo no se cumplió. López, escribió a Cárdenas, aconsejándole la renuncia y advirtiéndole que, de no acoger su indicación, haría de su carta un documento histórico. Cárdenas se indignó, y permaneció en el Gobierno, sin alcanzar a comprender que había caído en una trampa.

Se estaba preparando el fraude más vergonzoso de la historia de la Patria.

Alfaro era consultado y hallábase presente siempre en las alternativas de la política centroamericana. Algunos ecuatorianos exiliados eran militares en Centro América: así Leónidas Plaza, así Plutarco Bowen, que había alcanzado, también muy joven, el grado de general. Bowen era rústico pero de valor temerario. Con frecuencia. Plutarco Bowen escribía a Alfaro cartas de deliciosa ortografía y vanidad infantil: “Tengo un año de campaña, me he distinguido de todos en valor y puericia no obstante mi conducta sin rival. Yo he sido el alma de la revolución de Honduras y en quien tienen todas sus esperanzas. Pienso continuar hasta mi predestinado fin, que es el más grandioso del mundo, libertar a mi patria.... No tenga cuidado por mí, porque sé reprimirme de lo malo y escoger lo bueno: mi herida está completamente cicatrizada...” Y en otra: “Mil

---

* Semejante misterio es el de este 1986, con la compra del avión Fokker: los 250 mil dólares para el Club de la FAE poco significan. El “caldo gordo” del negocio es el de los tres millones y tantos dólares que nadie puede explicar. Como entonces, el pueblo ya sabe la verdad.

gracias por sus consejos buenos y sanos, que serán practicados: no sólo eso, sino que seguiré sus huellas para llamarme su discípulo...”

Y un buen día, fue llamado a Nicaragua por el Gobierno, que hallábase en dificultades con el dictador de Honduras. Pedían sus servicios. Finalizaba 1893, cuando Alfaro emprendió viaje, en compañía de Juan de Dios Uribe, escritor colombiano. Con voz amarga de perseguido, al contemplar el Océano Pacífico, había dicho a Uribe:

–Amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la Patria.*

Más tarde –lo presentía y más, lo sabía– tendría derecho a pedir para su Patria lo que él daba ahora al extranjero, con el sentido fraterno de los luchadores idealistas. Nicaragua estaba ya en lucha armada y los enemigos eran conservadores. La solidaridad americana vivía en su corazón como los elementos fundamentales de la vida en la naturaleza.

La multitud salía a su encuentro. La fe nacional de Nicaragua crecía Músicas guerreras acompañaban el desfile. Su llegada a Managua resultó solemne. El coche presidencial le condujo al Palacio de gobierno entre los vítores de una muchedumbre.

Después, los asuntos tomaron la vestidura de la reserva oficial. Desde su habitación –contaban– Alfaro estudiaba el movimiento de las tropas y daba sus consejos de viejo combatiente. No debía presentarse en las batallas, pero las dirigía como un experto jugador, entre mapas y señales. Y triunfó. Colocaba banderitas en las posiciones de defensa. Discutía con altos oficiales los planes militares.

Se había radicado en la ciudad de León, donde su rico amigo, Femando Sánchez, le brindó hospedaje, y otra vez tenía colocadas las miradas en la Patria, cuando recibió la noticia: su hijo Bolívar, el segundo de este nombre, ape-

nas de diez años de edad, había muerto. Se cubrió de sus propias sombras. Meditó despacio en aquella traición del nombre tan amado desde la infancia ya neblinosa en los recuerdos. Hijo bien amado, se le iba. Su llanto viril cayó en largas noches solitarias y empapó las cartas para doña Anita, desesperada y triste, despiadadamente triste.

***

Buenas cosas llegaron del Ecuador. Le relampaguearon los ojos y se vio un día en el espejo: su cabeza tenía el volumen recio que se logra en el claroscuro del carbón. Y se enamoró de sus canas, por suyas y por fuertes.

Los desaciertos de Cordero le dieron nuevas oportunidades de batir al enemigo. Por lo pronto, se puso a gestionar la firma de un célebre tratado, que perduró en la historia como el Tratado de los Cuatro. Representantes de Nicaragua, Venezuela, Colombia y él se comprometieron a la mutua ayuda por la causa liberal. Venezuela ya había dado por medio de su jefe. Crespo, su contribución. El Presidente Zelaya de Nicaragua puso a sus órdenes el buque Momotombo. Estaba feliz.

Habíase trasladado a Costa Rica, donde acumulaba armamento y municiones. Y llegó un día Antonio Maceo, de vuelta de la guerra antillana de los Diez Años, cubierto de cicatrices gloriosas. Hablando se pasaron los días de aquello que les obsesionaba: el destino de América. Cierta vez, Alfaro le propuso una acción conjunta para libertar al Ecuador y a Cuba. Maceo se enamoró del proyecto, al parecer fácilmente realizable: Alfaro prometía poder desviar numerosos contingentes de nicaragüenses y colombianos sobre la isla. Mediaba 1894, cuando se reunió con ellos José Martí y le dieron a conocer los planes. Martí, con su mirada profunda, con esa misma mirada que seguramente lanzara cuando afirmaba que “la fatalidad ha venido oscureciendo a Dios”, los contempló unos segundos y

no aceptó.

–Demasiado vasto y demasiado lento es el plan... Alfaro, usted esta ocupado con asuntos más inmediatos, los de su Patria. Cuba estará en guerra dentro de pocos meses.

El genio de Martí no olvidaría más a Alfaro. Alguna vez, afirmaría, como para que nadie pudiera contradecirle:

"Alfaro es uno de los pocos americanos de creación".**

***

La campaña de prensa, la agresividad juvenil de "El penco", la postura rabiosa del Ecuador joven, hacían vacilar a Cordero. A ratos, algunos liberales creían que el poder llegaría a sus manos sin verter sangre. Y el bueno de don Luis, fortalecido, realizaba un nuevo esfuerzo por llegar hasta el fin de su período constitucional. Así, las noticias que llegaban a Alfaro eran contradictorias: tan pronto le hablaban del inmediato triunfo, como le decían que era indispensable aplazar los preparativos. Y él, listo ya, tenía que esperar, sin que el coraje se lo oxidase.

En cambio, la revolución liberal en Colombia parecía venir sin que nada la contuviera. El Tratado de los cuatro le obligaba: tuvo que ceder los pertrechos de guerra acumulados con tanta paciencia... Tenía ganas de golpearse el pecho y acaso lo hizo al filo de una noche de insomnio. Pero, después de todo –siempre alcanzaba maneras de consolarse–, el triunfo de la revolución en Colombia facilitaría la del Ecuador.

No había contado con ciertos acontecimientos que, de súbito, tomaron rumbo inesperado. Los sucios manejos de Caamaño culminaron en una espantosa afrenta nacional. Estaba Alfaro en su residencia habitual de Costa Rica, cuando le llegaron las noticias. Antonio Maceo diole un millar de pesos que había podido obtener para él, y con

esa suma partió a Nicaragua en demanda de ayuda.

Comenzaba 1895. Amaneció de fiesta la ciudad de León. La romería popular llegó hasta la casa de Alfaro. En las ventanas de todas las casas flamearon las banderas de Nicaragua y el Ecuador. Un cañón disparaba salvas de honor, en tanto el desfile militar se acercaba a colocar la bandera de Nicaragua en el balcón del caudillo ecuatoriano, que ya lucia la tricolor. Una comisión de diputados venía a entregarle un mensaje de la Asamblea Legislativa: le otorgaba el grado de general de división del ejército nicaragüense, la más alta jerarquía militar de Nicaragua, en mérito a sus grandes servicios a la causa de la democracia en la América Latina... Oyó leer tantas palabras de elogio... Y después, él que no conocía la elocuencia, tuvo que pronunciar un discurso. Sus palabras fueron recogidas por el pueblo como una declaración de guerra a los tiranos.

Adoleció después de silencio, como solía ocurrirle, hasta que el desembarco de tropas inglesas en Corinto (Nicaragua) le renovó el ímpetu. Se hallaba en su campamento de Amapala, trabajando en sus planes de expedición sobre el Ecuador. Americano orgulloso, se presentó al Gobierno de Nicaragua a ofrecer su espada para batir a los invasores. El presidente Zelaya estuvo de acuerdo, pero no pudo vencer la intriga diplomática, y tuvo que ceder. Las concesiones hechas a los ingleses irritaron a Alfaro y más porque debía callar. General de división del ejército nicaragüense, era, no obstante, un extranjero...

Era ya largo el viaje de sus cincuenta y tres años tempestuosos. Los períodos de calma sólo habían servido para prepararle nuevas tormentas. Viejo lobo de todos los mares, jamás tembló su mano durante los vientos malos y las rutas perdidas. Pródigo sembrador, ni siquiera tenía la certeza de cuándo los pámpanos verdes crecerían para la fiesta de la buena cosecha. Entre las más interiores vacila-

ciones, trabajador muchas veces para lo incierto, su hora de puerto estaba llamándole, desde la vigía de una costa en penumbras.

VI
El pueblo en armas

En la capital de la República, los conservadores conspiraban y hacían intentonas para sublevar el ejército. La crisis iba a estallar de un momento a otro, y los bandos políticos se aprestaban a no dejar perder la oportunidad. La gente vivía ahíta de Caamaño y del progresismo. Y todos, a una, señalaban la ineficacia de Cordero, cuya renuncia procuraban producir por cualquier camino que fuera.

Finalizaba 1894. Al principio, circuló la noticia, apagada, como un rumor distante, subterráneo, que iba creciendo de amenaza. La gente trasmitía el eco oscuro, como el anuncio de una catástrofe. En Guayaquil, sobre todo, la agitación ya no podía disimularse. Nadie se explicaba nada con exactitud: era como el súbito obscurecer de un día cargado de sorpresas. Hasta que la prensa liberal acusó.

Vivía en Chile, el general Ignacio de Veintemilla, el papá Ignacio de aquella inquietante Marietta de la batalla de Quito. Marietta poseía bienes en el Ecuador, heredados de su marido, Antonio Lapierre, fallecido a poco antes de casado, y hermano del humorista poeta de “El Perico”;

por ello, hacía frecuentes viajes al país. No se había resignado a la derrota que sufriera cuando lució en el combate la frescura altanera de sus veinte años. Durante los once que habían transcurrido, el empeño de la revancha manteníalo como un tesoro bajo las siete llaves de su gracia. Papá Ignacio tiene que regresar, se repetía, así como regresaron otros, entre el aplauso reparador. Apenas cru-

zados los treinta años, su belleza acariciaba aún las miradas masculinas. Aquéllos que se habían quedado con el poder del tío, iban a caer. La oportunidad volvía, con una promesa así de cegadora que no alcanzaba a ver dificultades en la empresa.

Vivía en Guayaquil, en la misma casa de José Lapierre, cuando llegaron las primeras noticias en una carta del general Veintemilla, cuyas relaciones adquiridas en Chile, en mérito de haber sido Presidente del Ecuador, le pusieron en dominio del secreto extraordinario. Veintemilla estaba muy lejos de ser el mudo que retratara Montalvo en sus "Catilinarias". Ni torpe ni ignorante, tirano sí, y de los fuertes. Pero así era Montalvo, apasionado mentidor con harta literatura.

Lapierre, cauteloso, empezó a hacer averiguaciones. Y de allí surgió el rumor de que aquel peculado que no vacilaba en afrentar la bandera de la Patria con tal de obtener unos miles de libras esterlinas.

Un joven liberal, Alberto Reina, empleado de la oficina del Cable, obtuvo copia de los telegramas cifrados enviados a Caamaño por el Cónsul del Ecuador en Nueva York. Intervenían en el negocio unos parientes de Caamaño, propietarios de la casa comercial que tanto había tenido con ver el ciertos contratos con el Estado, ya denunciados por Alfaro, y cuyos corresponsales en los Estados Unidos eran unos señores Flint. Naturalmente, la propuesta, hábilmente insinuada, tenía que venir del extranjero. Y así ocurrió. Los cables sustraídos fueron descifrados en el despacho del director de "El Diario de Avisos" –después "El Telégrafo"–, José Abel Castillo. El primero contenía una propuesta oficial a nombre del gobierno de Chile. El segundo rezaba: "Traduzca con mucho cuidado. Flint ofrece dos mil doscientos cincuenta libras en privado para nosotros. Procure conseguir resultado favorable".*

Pasaba que Chile tenía interés en vender al Japón el

crucero de guerra “Esmeralda”, pero, como había declarado poco antes su neutralidad en la guerra que ese país sostenía con la China, quería sacar las castañas del fuego por mano ajena. En un principio, buscaron un país centroamericano, pero ninguno quiso aceptar. Luego, valiéndose de un vago ofrecimiento de apoyo moral y materiales de guerra, en caso de conflicto con el Perú, se pensó en el Ecuador. Caamaño no tardó en convencer a Cordero y sus ministros de lo ventajoso de la negociación, que daría al país un aliado poderoso en el momento en que las relaciones con el Perú hicieran crisis, y estaban haciéndolo a cada instante. Cordero nada sabía de la gratificación a Caamaño, por más que debió sospecharlo. “Estamos de acuerdo en que se le preste a Chile el servicio que desea –decía el Presidente en un telegrama a Caamaño–, pero hay que buscar una forma decente de prestárselo”. Por desgracia, la honra no admite formas para la indecencia. A renglón seguido, se volcaba toda la ingenuidad del Presidente:

“...telegrafíese a nuestro Cónsul en Valparaíso para que, en nombre de nuestro gobierno, consienta en que el buque de guerra “Esmeraldas” haga un viaje de ensayo a Honolulú, para que podamos conocer sus condiciones marineras y perfeccionar negocio si éstas nos satisfacen. Comisione a quien convenga, aunque sea chileno, para que al fin del viaje a Honolulú opine si le parece o no que las condiciones del buque son adecuadas para la costa y ríos del Ecuador... ¿Qué le parece esta forma? Si la tiene usted por aceptable, entiéndase por cable con Solórzano y Noguera (los cónsules en Nueva York y en Valparaíso). De lo contrario, indíquenos sin demora lo que le parezca mejor”. Un Presidente que tenía la ñoñería de firmar semejante telegrama... ¡bueno! Ya tenía cerrada toda posibilidad airosa.

El gobernador Caamaño de hecho quedó investido

de la facultad de proceder. Chile creyó conveniente que el buque saliera de un puerto ecuatoriano y se señaló la isla de San Cristóbal (Chatham), de las Galápagos. Allí recibiría la bandera del Ecuador y continuaría viaje para ser entregado al Japón. En tal estado lo convenido, el Congreso de Chile autorizó la venta en la suma de doscientas veinte mil libras. En tanto, el Gobierno ecuatoriano autorizaba al cónsul en Nueva York para que firmase el contrato con el Ministro de Japón. Caamaño saboreaba ya su fácil triunfo, prevalido además de las profundas simpatías que el pueblo ecuatoriano tenía para Chile. La fiesta nacional chilena se celebraba en el Ecuador como de casa, a toda pompa. En las calles, se gritaba, con fervor, ¡Viva Chile, mi... hermosa Patria! Todo lo chileno era amado con sangre. Caamaño estaba muy contento. Ansioso, como un mercader avaro, se frotaría las manos esperando la propina. Reiría del país, de Cordero, de los imbéciles compatriotas que todo lo ignoraban, de Cárdenas a quien había colocado en el Gabinete para guardar las apariencias de un Gobierno democrático... ¡Qué torpes eran los otros! El Ecuador le pertenecía.

Pero Solórzano no le enviaba el dinero y empezó a desconfiar. Lapierre, en tanto, había ofrecido a “El Tiempo”, diario del que era redactor, sus informaciones privadas. Y ya estaban llegando los cablegramas del extranjero que afirmaban que Chile había vendido al Ecuador un buque de guerra. La noticia se deslizaba, aseverando maliciosamente que el buque no llegaría nunca al país comprador... Al comenzar diciembre “El Diario de Avisos” se dirigió públicamente a Cordero, pidiéndole que calmara la ansiedad pública con una declaración categórica. La respuesta fue ambigua. Entonces, un grupo de ciudadanos liberales invitaron al pueblo a una reunión cívica. La crisis estalló.

Aquel día, amanecieron cubiertas de mantos negros las estatuas de los próceres. ¡Duelo sobre la Patria! ¡Due-

Este libro La hoguera bárbara I
de la Colección Media Luna
se terminó de imprimir en el mes de
julio de 2003
dentro de la Campaña Nacional
Eugenio Espejo
por el Libro y la Lectura.